





TIERRA SOÑADORA

John Brunner



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



John Brunner

TIERRA SOÑADORA

Título original: *The Dreaming Earth*
John Brunner, 1963

CAPITULO I

El plan original preveía que debía de cambiar de avión en Topeka, dirigirse a Pueblo, hallarse en el Instituto hacia las dos y media, tomar de nuevo el avión y estar de regreso en Nueva York la misma noche.

Pero anularon el plan de marcha establecida para, Topeka-Pueblo inmediatamente después de que partiera él de Nueva York. No dijeron los motivos, pero cualquiera se los podía imaginar. Probablemente algunas piezas esenciales o bien cargamento de combustible habrían tenido que ser desviados de su rumbo en cualquier parte del continente para hacer frente a una emergencia. Siempre surgían emergencias.

En Topeka, el representante de la Racionalización de Transporte resultó ser un individuo de desapacible carácter cuyo empleo teníale exasperado. La mejor solución que se le ocurrió fue ofrecer al viajero para realizar el recorrido un viejo coche conducido por un tipo de rollizo rostro llamado Mitchell, un hombre que tenía una granja por aquella parte y por tanto gozaba de los privilegios de la vital-producción. Pero, mientras marchaba, el coche producía unos extraños ruidos.

Y, a unas pocas millas de la línea limítrofe de los Estados de Kansas y Colorado, se detuvo en seco con una explosión que sacudió todo el coche.

Desde el momento en que la azafata del avión le advirtió que no debía esperar el avión en Topeka, Nicholas Greville experimentó una irritación que crecía por momentos en su pecho, una irritación que era fruto de su amargura, de su decepción. Y, cuando se produjo la explosión en el motor del viejo coche, sintió desbordársele la contenida furibundez cual volcán entrando en erupción.

¡Todo el mundo traidor conspiraba contra él!

Sin más comentario que un prolongado suspiro, Mitchell apagó el

encendido del coche y se recostó en su asiento, extrayendo un cigarrillo del bolsillo,

—¿Es que no va a hacer nada? —rugió Greville,

—¿Qué? —dijo Mitchell despreocupadamente, encendiendo su cigarrillo.

—¡Esto es intolerable! —fue todo lo que Greville pudo encontrar como respuesta. Abrió la portezuela de su lado y se apeó, llevándose consigo el maletín oficial encadenado a su brazo como una especie de placenta de plástico.

No se veía un alma a lo largo de la soleada carretera. Ningún vehículo se aproximaba en ambas direcciones. El único movimiento —aparte de la imaginaria ondulación del calor— era una columna de humo que se elevaba detrás de una elevación del terreno que señalaba el lugar en donde se hallaba la pequeña ciudad que habían atravesado.

El sudor impregnaba su rostro y cuerpo bajo la oscura camisa de uniforme y los pantalones que usaba. El maletín pesaba objetivamente unas pocas libras; subjetivamente, tanto como una pelota de hierro. La abrazadera de la cadena había escoriado con el roce su muñeca. El sol relucía cegadoramente en las insignias de agente de sus hombros y Greville respingó con disgusto como si quisiese quitarse de encima el peso de la deslumbradora luz. ¡Al diablo con todo!

Se acercó al motor y se inclinó sobre él, estudiándolo. Los cierres de su cubierta estaban rotos y habían sido reemplazados por trozos de retorcido alambre. Por su aspecto, el alambre no había sido tocado desde que se ajustó allí.

Greville quitó el alambre con nerviosos dedos, obligado por la tirante cadena del maletín a trabajar con una sola mano. En su apresuramiento se rompió una uña y se recriminó con acrimonia su propia torpeza mientras levantaba la tapa del motor.

Salía humo, una emanación acre que le ahogaba y cegaba al principio y luego vio que todo el mecanismo estaba cubierto de una gruesa y negra película de sucio aceite. Tosiendo, limpiando la sucia capa de grasa que ocultaba a su vista las piezas del motor, pudo al fin darse cuenta de lo que debía haber ocurrido. El aceite en los rodamientos faltaba desde hacía mucho tiempo y en esta condición se debían haber estropeado provocando que la nafta se filtrase a través de la cámara de combustión y la explosión había sido el anuncio de que la nafta se había puesto en contacto con ¡la chispa.

Dejó caer la tapa del motor y, sin molestarse en ajustarlo de nuevo con los alambres, giró sobre sus talones con ceñudo gesto y extrayendo del bolsillo su pañuelo empezó a frotarse con él las manos.

—¿Encontró la causa? —preguntó Mitchell sin moverse de detrás del volante.

—Necesita usted un motor nuevo, eso es todo —replicó Greville ácidamente.

—Me lo figuraba —convino Mitchell fumando tranquilamente.

—¡Se lo figuraba! ¿Es esto todo lo que tiene que decir?

—¿Qué otra cosa puedo decir? —contestó el granjero—. ¿Acaso cree que puedo encontrar otro motor buscando bajo las piedras?

Greville no replicó. Sus febriles ojos estaban fijos en el rostro de Mitchell, pero realmente no veía al hombre. Estaba pensando lo que debía hacer. Eran ahora más de las cuatro de la tarde. Debía llegar de un modo u otro al Instituto a fin de desembarazarse del maletín... su cerradura sólo podía abrirla el doctor Barriman. (Tal como se le presentaban las cosas podría resultar que el doctor se hubiese muerto esta tarde y no tendría otro remedio que ir en busca de un cerrajero para que le librara de su carga). No podía por tanto volverse de nuevo a Nueva York. Todavía no se veía ningún vehículo por ninguna parte. Tendría que volver caminando a la pequeña población, localizar un teléfono, llamar al Instituto y rogarles enviaran un helicóptero a recogerle... si había alguno disponible.

Y luego tendría que llamar a Leda y decirle que no llegaría a tiempo al día siguiente. No esperaba poder hacerlo de ningún modo.

La furia que se reflejaba en sus ojos estaba colmando la paciencia de Mitchell. Ahora el granjero se movió nerviosamente en su asiento y dijo en tono desafiante:

—¡ No me eche a mí las culpas, Greville! No fui yo quien le dijo que montara en mi coche, recuérdelo... sólo cumplí lo que manda la Ley y comuniqué a la oficina de la Racionalización del Transporte de Topeka que seguía hoy este camino.

—¡Debió usted poner aceite al motor! —rugió colérico Greville—. ¡En estos tiempos hay que cuidar adecuadamente los coches!

Mitchell suspiró.

—Ustedes, los agentes de la ONU parece que no viven en el mismo planeta que los demás. Hace más de un mes que espero aceite lubricante, y no solamente para el coche, sino también para mi máquina de segar.

—No le censuro —dijo Greville haciendo un esfuerzo—. Es que... ¡diablos, usted lo sabe! —Sentía ahora decrecer su ira.

—Sí, todo el mundo lo sabe —dijo Mitchell, e hizo una pausa, mientras el humo de su cigarrillo se enroscaba en el quieto y cálido aire. Continuó luego abruptamente—: ¡Yo no lo planeé! Hay personas

capaces deliberadamente de estropear un coche por el solo placer de paralizar a un agente de la ONU en medio de un descampado y verle furioso. Yo no soy así. El hombre de Alimentación y Agricultura para quien trabajo es un buen chico y hace cuanto puede para distribuir los abastecimientos. Cuando las cosas escasean, no tengo más remedio que conformarme ¡Ya es hora de que también usted aprenda a conformarse, me parece!

Greville sacudió los hombros para despegar la tela de su camisa de su pegajosa piel.

—Lo siento —dijo—. No le echo a usted las culpas. Me refiero a todo el mundo en general. —Levantó la muñeca en la que estaba encadenado el maletín—. Estos documentos debía entregarlos en el Instituto de la ONU en Sandy Gulch esta tarde a las dos y media. Son más de las cuatro y aquí estoy yo.

—Si es una misión, tan urgente, como usted dice, ¿cómo es que no le destinaron en la ONU un avión para llevarlo directamente?

—¿Quién es ahora el que vive en un planeta diferente? — exclamó Greville—. ¿Por qué cree la gente que las ONU están sobradas de todo cuando todo el mundo anda escaso? No malgastamos combustible ni el tiempo de los pilotos en asuntos de poca importancia como éste.

—Bueno, pues si tiene tan poca importancia, ¿por qué tanta prisa entonces? —inquirió razonablemente Mitchell. Greville abrió desconsolado los brazos.

—Es preciso le diga... que mañana es el aniversario de mi boda y que juré a mi esposa que esta noche estaría en casa.

Mitchell gruñó:

—Debería enseñar a su esposa lo mismo que yo enseño a la mía. Ya está acostumbrada a estas cosas... ¿Qué va usted a hacer? ¿Volverse andando a telefonear?

—Creo que tendré que hacerlo.

—Hum. Bien, cuando lo consiga, le agradecería llamara a mi esposa de mi parte. Dígale que estaré de vuelta cuando me sea posible. —Extrajo un trozo de papel en un compartimento del salpicadero y escribió un número en él

—Claro, me cuidaré de eso —dijo Greville. Se había estado frotando mecánicamente las manos sin cesar con el pañuelo. Ahora se guardó en el bolsillo el ennegrecido pañuelo y cogió el papel que Mitchell le daba.

—¿Y usted? —preguntó, guardándoselo.

—¿Yo? No tengo ganas de caminar con este calor. Si pasa alguien le pediré que me remolque a Pueblo... o adonde sea. Caso contrario,

me iré caminando cuando refresque un poco.

Arrojó por la ventanilla la colilla de su cigarrillo—. ¡Qué remedio! —terminó diciendo.

Greville titubeó:

—¿Pero y su coche?

—Si pasa alguien por aquí y puede remolcarlo, estupendo. Si no, tendré que abandonarlo hasta que alguien me encuentre un motor. Lo que puede no ocurra nunca.

La amargura que había en su voz hizo que Greville dijera:

—¿Quién es el hombre de Alimentación y Agricultura que mencionó antes… el que dijo es un buen chico? Tal vez yo pudiese decírselo cuando llegue al Instituto.

Mitchell frunció los labios.

—No quiero que nadie se moleste por mí por asuntos particulares, aunque gracias de todos modos. Como dije, trato de respetar a las agencias de la ONU. Sé que en ellas hay gajes e influencia, como en todas partes. Pero…

—Eso no es lo que quiero decirle —le interrumpió Greville—. Quiero decir… bueno, digamos que cerca de aquí hay un equipo del servicio de granjas en este momento. Alguien podría venir aquí con piezas de recambio. Así al menos podría llegar usted a su casa con el coche.

Mitchell gruñó:

—Es razonable. Bueno… hágalo. Pero no quiero estarme aquí sentado hasta que oscurezca esperando a alguien que tal vez no llegue nunca.

—Deje pues la llave del encendido. Nadie podría mover esto tal cual está. Les pediré que le remitan a usted la llave cuando hayan terminado la reparación. Si hay por aquí un equipo, naturalmente.

—De acuerdo. Mi dirección figura en el fichero del Instituto, como es natural.

Se estableció un momento de silencio.

—Será mejor que empiece a caminar —murmuró luego Greville—. Adiós. Gracias por llevarme en su coche.

—Poco favor le he hecho con ello —dijo Mitchell palideciendo—. Hasta luego.

CAPITULO II

El calor era increíble. El asa de plástico del maletín parecía estar fundiéndose con sus dedos; el polvo se acumulaba en sus zapatos a cada paso que daba, y en sus pantalones, hasta las mismas rodillas, formando una película amarillo-grisácea. El ondulante penacho de humo de detrás del promontorio que indicaba su objetivo parecía no acercarse nunca.

En un mundo superpoblado como éste era casi ridículo pensar en hallarse vagando solitario a millas de cualquier sitio poblado. Intentó aliviar sus pensamientos considerando el hecho como una graciosa paradoja, pero falló. Se imaginó las embarcaciones-vivienda apiñadas en los Grandes Lagos; se imaginó las cabañas de troncos de los advenedizos en Westchester County y las conejeras de las ciudades californianas y luego contempló las millas cuadradas de soledad que le rodeaban.

La población aumentaba constantemente,, pero se luchaba para poder alimentarla. No lejos de donde se hallaba ahora había buena prueba de ello. Un cuadro verde se destacaba entre el polvoriento y yermo paisaje. Eran un par de millas cuadradas en donde la ciencia luchaba para la regeneración de la tierra, tratando de producir por todos los medios la necesaria producción. Cuando estuvo más cerca vio un letrero que decía:

ISOLATION - KANSAS - ALTURA 2721 - POBLACION

Pero alguien había tachado el número de habitantes con pintura. Apenas se había fijado en la pequeña ciudad cuándo la atravesó una hora antes en el coche de Mitchell, excepto que representó para él una interrupción de la monotonía del viaje. Ahora que la veía a conciencia no vio en ella nada de extraordinario, una pequeña ciudad superpoblada... como en todas partes. Se veían muchos niños jugando en sus calles; las escuelas debían seguramente funcionar en tandas, como ocurría generalmente. Las casas que había en las afueras de la ciudad estaban llenas de gente y su aspecto era miserable y sucio. En el centro, las cosas estaban en este aspecto aún peor... casas desvencijadas, agrietadas y con exceso de inquilinos. Las miradas seguían a Greville mientras caminaba Un grupo de muchachos emergieron de un coche abandonado en la calzada y se fueron tras él, gritando:

—¡Ladrón de la ONU! ¡Ladrón de la ONU!

Bueno, uno se acostumbra a eso.

Tal vez, reflexionó Greville, sería mejor que los agentes de la ONU no fueran uniformados. Y, sin embargo, seguía persistiendo la tradicional asociación del uniforme con la autoridad.

Poco después del incidente con los jovenzuelos vio un bar y se introdujo en él. Estaba lleno de polvo. Las botellas que se ofrecían a su vista estaban vacías, y la heladora también lo estaba, con la tapa levantada para demostrarlo claramente. Nadie servía en el mostrador, pero cuando dejó caer con un golpe seco el maletín sobre el mismo, el ruido atrajo la atención de alguien. Entreabrióse una puerta enfrente de él y se asomó una cabeza... la cara de un individuo de grisáceas sienes y regular estatura.

—¿Qué desea?

—Un refresco —dijo Greville—. Y algunas fichas de teléfono.

El hombre salió lentamente de su escondrijo y cerró la puerta tras él. Durante un momento permaneció callado observando el uniforme de Greville. Luego dirigió la vista a la ventana y dijo:

—No me interprete mal, señor, pero si le sirvo aquí, esos chicos van a romper los cristales de las ventanas. ¿Usted lo sabe, verdad?

Greville miró a su alrededor. Afuera, los jovenzuelos se habían agrupado, vigilantes, esperando impacientes, y ahora no eran solamente niños sino individuos que frisaban los veinte años, los rostros sombríos pegados contra los sucios cristales.

Se pasó una mano por la cara, sintiendo el polvo acumulado rozar su piel cual si fuese papel de lija. Y con la garganta reseca como el Valle de la Muerte, dijo:

—Bueno, al diablo con el refresco. Vengan esas fichas.

El dueño del bar titubeó. Luego dijo con afligida voz:

—¡Perdóneme! ¿Por qué no va á la oficina del agente de la ONU y telefonea desde allí?

Asombrado, Greville dejó que su mano cayera sobre el maletín.

—¿Hay aquí un agente? No lo sabía

—¡Claro que sí! —dijo el del bar con ansiedad—. Ahí enfrente. ¡No puede perderse!

Greville recogió su maletín.

—¡Gracias, señor! —respiró el otro—. De verdad que se lo agradezco. No me lo tome a mal, pero...

—Nadie se lo podría tener en cuenta —dijo Greville ácidamente y salió del local.

Los jovenzuelos apiñados afuera se apartaron cuando él empujó la

puerta. Eran chicos y chicas de catorce a dieciocho años al parecer, delgados, cuyos ojos se bordearon de arrugas cuando contrajeron las pupilas ante el resplandor. La mayor parte de ellos usaban faldas y pantalones de descolorida tela azul, guarnecida en algunos casos con desafiantes pedazos de material de chillones colores, como azul celeste, rojo y amarillo.

Un apagado murmullo se extendió entre el grupo cuando Greville desvió la vista para estudiar la calle. No cabía duda para él. En una ventana se veía un letrero que decía: ISOLATION - OFICINA DE LA ALIMENTACION Y AGRICULTURA.

Y mientras él permanecía pensativo, los muchachos tomaron su decisión. Cuando hizo ademán de emprender la marcha, una muchacha se destacó del grupo y lie cortó el paso; era de más edad que la mayoría de sus compañeros y su actitud evidentemente retadora.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Un momento, señor!

Greville clavó en ella su fría mirada sin pronunciar palabra.

Entre el grupo de expectantes jóvenes se elevó un murmullo sibilante.

—Señor, sólo queremos que lo sepa usted. Nos robaron ustedes todo lo mejor de la vida. Ya no tenemos dulces de ninguna clase ni tampoco coches. Pero queremos que sepa que no nos importa nada.

Greville no sabía qué responder y se limitaba a mirar el rostro desafiante de la muchacha cuyos pardos ojos chispeaban de indignación y cuyos adultos senos subían y bajaban con la respiración agitada de una persona que acababa de efectuar una larga y dura carrera.

—¿No? —preguntó ella moviendo negativamente la cabeza—. ¿No lo comprende, verdad?

Greville hizo un gesto negativo, vigilando con cuidado á los compañeros de la joven al mismo tiempo que a ella. No parecían dispuestos a hacer nada, pero siempre existía tal riesgo.

—¡Pues mire aquí! —dijo la joven con súbita vehemencia y con rápido movimiento, desnudó sus piernas a la vista del forastero.

—Los de la ONU no nos dieron esto, señor. ¿Para qué sirven entonces las Naciones Unidas?

Casi antes de que sus ojos miraran hacia abajo, Greville comprendió con triste certidumbre lo que iba a ver.

Hasta esta población tan apartada había llegado ya aquello.

Y resultó ser lo que él esperaba. En la atezada piel de las piernas de la joven, hasta casi las rodillas, aparecían una y otra vez las pequeñas cicatrices redondas.

Los del grupo esperaban su reacción: un comentario, una excusa, algo. Pero él permaneció en silencio y luego se separó de ellos y cruzó la calle sin volver la cara.

La puerta de la oficina de la agencia de la ONU estaba cerrada, naturalmente. Pulsó el botón anunciador y dijo su graduación e inmediatamente le contestó la voz de un hombre, diciéndole que entrara. La puerta giró sobre sus goznes, se detuvo un momento para dejarle pasar y luego se cerró tras él con un ruido absorbente.

Aquella casa amenazaba ruina, pues las paredes del *hall* tenían grietas por todas partes y cuando él intentó abrir la puerta del ascensor se dio cuenta de que no podía moverla.

La misma voz que había escuchado a través del anunciador le dijo desde el rellano superior:

—¡Tendrá que usar las escaleras! El ascensor está detenido entre dos pisos.

Greville agradeció el consejo y empezó á subir lentamente los escalones. El hombre le estaba esperando en el piso segundo, frente a la abierta puerta de su oficina. Era joven, pero sus ojos expresaban al mirar un gélido resentimiento. Llevaba el uniforme de la OAA (Organización de Alimentación y Agricultura) con los distintivos de su categoría en las hombreras de la camisa, que presentaba manchas de sudor a la altura de las axilas.

—Soy Lumberger, representante en esta ciudad de la OAA —dijo, ofreciendo su mano—. ¡Cielos, qué solo me siento aquí! Es un placer ver á alguien de los nuestros.

Greville estrechó la mano del representante y le siguió al interior de la oficina. Era una habitación pequeña y desaliñada.

—¿Y qué es lo que le ha traído a usted a esta ciudad? —preguntole luego Lumberger—. Le vi pasear por la calle… y no podía dar crédito a mis ojos cuando observé que entraba en el bar. Especialmente con esos endiablados jovenzuelos pisándole los talones. Pero… ¿a santo de qué se hizo esa representación de *strip-tease*? ¿No se estarán pervirtiendo esas chicas, verdad?

—La muchacha no hizo nada deshonesto, no se vende —contestó Greville con una voz extrañamente dura para sus propios oídos—. Alguien le está vendiendo algo.

—¿Qué es lo que le venden? —dijo Lumberger y se sentó, indicando a su visitante una silla. Luego dejó sobre la polvorienta

mesa un paquete de cigarrillos.

—Sueños felices, naturalmente.

La mano de Lumberger se detuvo en el aire, abierta, con el paquete de cigarrillos encima.

—¿Aquí? —inquirió con incredulidad.

—¿Quiere decir que no lo sabía? —dijo Greville con voz cuyo tono era más bien sarcástico que incrédulo.

—¡No! ¡Lo juro! ¡Debe ser reciente! Yo...

—¿Nuevo? ¡Quiá! —le interrumpió con violencia Greville—. Esa joven debe andar con eso al menos desde hace seis meses... pues tiene cicatrices en las piernas, de arriba abajo. Y, a juzgar por el modo de comportarse, no es probablemente la. más perdida del grupo. —Cogió un cigarrillo del paquete de Lumberger y la caja de cerillas de encima de la mesa—. Si es que lo ignoraba, demuestra usted no estar a la altura de su cargo.

—¡Un momento! —espetó Lumberger, enrojeciéndosele el rostro—. Es muy fácil eso de venir aquí como usted hace y decirme que no valgo para mi trabajo. Pero usted no sabe lo que es mantenerse en un lugar como éste. ¡La palabra NU es un vocablo odiado! Apenas me atrevo a salir a la calle, porque los jovenzuelos me asedian; y cuando voy en mi coche para acudir a algún sitio donde reclaman la presencia de la autoridad, me arrojan piedras. Ellos dicen que soy yo' el culpable de que escaseen las bebidas en los bares, y el combustible para los motores y todo lo demás... ¿y qué puedo contestarles? ¿Acaso debiera volverme y decirles que deberían estar agradecidos porque no hay, golosinas que les estropeen la dentadura? ¿Explicarles tal vez que gracias a personas como yo pueden caminar derechos, sin ser unos desgraciados patiestevados a causa del raquitismo ni tampoco unas víctimas de la pelagra con los vientres abotagados por dicha enfermedad...?

—Cálmese —dijo Greville con tono aburrido—. Lo siento. Es el calor. Este bochorno y el hecho que pertenezco a la División de Narcóticos de Nueva York tal vez haga que crea que esto es más importante de lo que en realidad es.

Un gesto de hosquedad reemplazó en el rostro de Lumberger la actitud desafiante de antes.

—Oh, es muy importante —dijo—. Pero mi misión concierne a la Alimentación y Agricultura y no comprendo por qué alguien de otro Departamento viene a decirme que no valgo para mi trabajo.-—Si no esperaba que alguien le dijera eso, ¿por qué salió con tanta ligereza en su propia defensa? —demandóle Greville.

—¡Le estoy diciendo que no es culpa mía! —estalló Lumberger—. ¡La situación existente aquí es terrible!

En la voz chillona del hombre había un gemido, como el grito de un rodamiento falto de aceite en el corazón de un motor lleno de ruidos. Este pensamiento hizo a Greville recordar a Mitchell sentado estólidamente en su estropeado coche. Exhaló un suspiro y quitó la primera ceniza de su cigarrillo con el dedo.

—No vine aquí a insultarle —dijo—. Lo que deseo es marcharme cuanto antes. Viajaba en un viejo coche camino del Instituto de Sandy Gulch .cuando él cacharro se averió y nos quedamos detenidos al otro lado de la ciudad.

—¿Y bien? —dijo Lumberger.

Greville contuvo con esfuerzo su irritación. Dijo:

—En primer lugar, ¿tiene usted a alguien por aquí que pueda llegar hasta el coche y repararlo? Lumberger movió negativamente la cabeza. —Hay un equipo destacado en esta zona, pero tienen pendientes llamadas de emergencia de ocho días atrás.

—Bueno, entonces no me queda más que servirme de su teléfono y dejarlo en paz —dijo Greville encogiéndose de Hombros. Sin duda, el bueno de Mitchell se las tendría que arreglar solo.

—Ahí lo tiene —dijo Lumberger frunciendo el ceño y empujó hacia atrás su silla—. Estaré en el laboratorio contiguo terminando un experimento sobre la tierra. Llámeme si me necesita.

Abrió y cerró en seguida la puerta, que rechinó sobre sus goznes.

CAPITULO III

Greville se humedeció los labios con una lengua que estaba casi demasiado seca para gustar el salobre polvo de su rostro. Deseaba ardientemente lavarse, o mejor aún, bañarse echándose de cabeza a un río. Luego, más tarde lo haría. La imagen de la muchacha con las piernas llenas de cicatrices surgía fantasmagóricamente ante sus ojos.

Cogió el teléfono y se acercó a la pantalla. Marcó el número cifrado interestatal del Instituto y esperó hasta que la señal de atención llegó a su oído y luego añadió la clave interna de la oficina del doctor Barriman. Vio cómo la imagen iba apareciendo en la pantalla de cuatro pulgadas, temblorosa, pero clara.

—Soy Greville, doctor Barriman —dijo sin que fuese necesario decirlo—. Me encuentro paralizado en una población llamada Isolation. ¿Podría proporcionarme un helicóptero para sacarme de aquí?

—¿Dónde diablos ha estado usted? —preguntó Barriman con frialdad—. Hace dos horas que debía haber llegado aquí.

—Suspendieron los vuelos entre Topeka y Pueblo. Hasta mañana no se reanudarán. El representante de la Racionalización del Transporte de Topeka me preparó un coche para el viaje, pero se estropeó antes de que alcanzásemos la línea divisoria interestatal.

—Muy bien. ¿Isolation dijo? Procuraré encontrarle un helicóptero, pero no puedo prometerle nada hasta últimas horas de esta noche. Es un lamentable contratiempo. Supongo que sabe lo que lleva.

—No puedo olvidarlo... ¡está encadenado a mi muñeca! —replicó Greville ácidamente. Luego, haciendo un esfuerzo, añadió:

—No. No me lo dijeron. Me imagino que se trata de documentos. Pero usted sólo puede abrir la cerradura.

—¡Documentos! ¡Yo no esperaba documentos! — La imagen de la pantalla temblaba ahora y en el rostro dé Barriman se dibujó un gesto de contrariedad que estaba acorde con el tono de su voz.

—En este viaje no soy más que un simple correo —explicó Greville.

—¡Ah! Entonces alguien de Nueva York ha hecho el ridículo. Lo que usted debe llevar es media libra de sueños felices.

Greville sintió como si una gélida mano se le acercase a la garganta. Reflexivamente palpó el maletín para asegurarse de que todavía seguía allí.

—¿Qué?

—Lo que dije —espetó Barriman con tono irritado—. Eso es lo que espero y lo que probablemente. ha traído usted. Compruébelo ahora mismo, pues nada me extrañaría que ya no estuviera dentro de su maletín... Parece que los adictos son capaces de oler la droga a través de cualquier clase de envoltorio. Por eso la trae usted en vez de hacerlo mediante el correo.

—¡Jesús! —exclamó alarmado Greville—. Bueno, pues si llevo aquí sueños felices, entonces ha estado usted a punto de perder la droga y también a mí. Hace apenas unos minutos que me vi rodeado por una banda de jovenzuelos anti-NU enfrente de un bar. ¡Adictos!

Barriman permaneció silencioso durante un momento. Luego dijo con una voz extraña;

—¿Adictos? ¿Dónde dijo que se encontraba?

—Sí, lo sé... también me vi sorprendido. Pero no hay duda posible. Una de las muchachas me enseñó las señales de las piernas.

La imagen de la pantalla volvió a estremecerse. Esta vez la expresión de Barriman fue de desaliento.

—¡Isolation! —exclamó Barriman—, Pero la OAA tiene ahí un agente... ¿no es cierto? ¿Cómo es que no se nos ha informado al respecto? ¿Hace mucho que dura esta situación1?

—Seis meses al menos, tal vez más. No me detuve a contar las cicatrices, pero vi muchas. —Greville dio una chupada a su cigarrillo y arrojó la colilla—. Le estoy hablando desde la oficina del agente de la OAA. Se llama Lumberger. Dice que no sabía una palabra de esto hasta ahora.

Barriman exhaló un suspiro.

—Entonces hay que señalar en el mapa otra zona afectada —dijo —. Le conseguiré el helicóptero tan pronto pueda y también un par de agentes rurales si es posible. ¿Alguna posibilidad de encontrar el foco de origen?

Greville consideró unos instantes la pregunta. Finalmente asintió con un movimiento de cabeza y cuando habló su voz era más clara que antes.

—En una ciudad como ésta... a pesar de que hayan borrado el número de habitantes, que no debe pasar de unos pocos millares... ¡es posible! Para ello tendremos que aislar los adictos de los no adictos... si es que hay no adictos.

—De acuerdo —dijo Barriman—. Le veré en cuanto llegue usted aquí.

La imagen de la pantalla se desvaneció. Greville permaneció sentado ante el teléfono abstraído en sus pensamientos. Barriman

tenía razón. El identificar el foco original de adictos podía ser muy factible en una pequeña ciudad como ésta, aunque, como Greville sabía por amarga experiencia, en una gran ciudad era siempre invariablemente infructuoso. Estuvo meditando sobre ello durante un rato.

Luego se movió de mala gana. Tenía que llamar a Leda y... darle explicaciones.

Pero todavía le quedaba otra oportunidad de aplazarlo durante unos preciosos momentos. Había prometido llamar a la esposa de Mitchell. El trozo de papel en que había escrito el número se hallaba en él bolsillo de su camisa. Lo extrajo y vio que el sudor había impregnado la tela, manchándolo. Pero todavía era posible leer el número. Efectuó la llamada.

—¿Sí? —Era una voz aguda, nerviosa; la pantalla mostró una mujer de mediana edad, de agradables facciones, aunque su boca dibujaba un gesto de contrariedad. Greville se estremeció a pesar del tórrido calor.

—Soy Nicholas Greville —dijo—. Su esposo... ¿es usted la señora Mitchell, supongo?

—En efecto. ¿Qué le pasa a mi esposo?

Su coche se averió cerca de Isolation, camino de Pueblo. Me pidió que la llamara ¡' ara decirla que estaría en casa lo más pronto posible.

—¡Pero me prometió...! —La señora Mitchell exhaló un lamento y luego dijo suspirando—: Bueno... ¿qué le ha pasado al coche?

—Se le estropeó una pieza. Le faltaba aceite.

—¡Ya le dije que se estropearía! Le dije que cogiera el aceite cuando se lo ofrecieron... —Se contuvo—. Gracias por llamarme, señor...

—Agente Nicholas Greville del Departamento de Narcóticos de las Naciones Unidas, señora —dijo Greville con tono oficial. La imagen de la pantalla se esfumó, no sin antes mostrar a la señora Mitchell llevándose una mano a la boca con gesto de horror—. No se preocupe usted por eso, señora — añadió Greville—. Su esposo no lo aceptó, y lo hizo muy bien, a pesar de todo.

¿Podía hacer todavía algo por Mitchell? Greville consideró todas las posibilidades y las fue rechazando una a una. El granjero tendría que arreglárselas como él mismo propuso.

Ahora ya no existía ninguna razón pata diferir la llamada a Leda.

Marcó el número clave interestatal de su domicilio y esperó la señal de atención. Pero se oyó un chasquido y la voz de una mujer, sin que apareciera imagen en la pantalla.

—Supervisor transcontinental —dijo la voz despreocupadamente —. Hay un retrasa de cuatro horas en las comunicaciones con el Este de Chicago, lo siento. —Pero no parecía en verdad sentirlo.

—Compruebe su línea —dijo Greville con acidez. No le gustaba hacer uso de los derechos de prioridad de la ONU para, efectuar llamadas particulares; sin embargo, las consecuencias que se podrían derivar de no llamar a Leda podrían ser peores para él que lo que esperaba si hablaba con ella.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la voz extrañada.

—Quiero decir que llamo desde la agencia de las Naciones Unidas de Isolation, Kansas, Organización de la Alimentación y Agricultura. Y que soy el agente del Departamento de Narcóticos de las Naciones Unidas, Nicholas Greville. Quiero prioridad de llamada… ¡y no debía ser necesario decirle que las llamadas desde las oficinas de las Naciones Unidas tienen derecho á ello!

—¡Oh —dijo la operadora con tono indiferente—. Bueno, veré lo que se puede hacer.

Greville oyó a sus espaldas una risita irónica.

—Debí decírselo —comentó Lumberger, que se le había acercado silenciosamente—. Esta es una de las cosas que me han hecho aquí. Me han borrado el número de la lista de prioridad. Hace ya de esto tres meses. A veces me veo obligado d esperar dos días para conseguir comunicarme con el exterior.

—¿Quién borró su número? —demandó Greville.

—¿Quién sabe? —contestó Lumberger, encogiéndose de hombros —. Seguramente alguien de la oficina central de teléfonos. No pude averiguar nada al respecto. Me he quejado de ello una docena de veces sin conseguir nada efectivo.

Antes de que Greville pudiese contestar, la voz de la operadora dijo:

—Dentro de siete minutos puedo conseguirle su llamada de prioridad. En estos momentos todas las líneas están ocupadas. Le volveré a llamar.

—Hágalo usted, señorita —dijo Greville con ironía y cortó la comunicación.

Lumberger sé sentó tras su mesa, secóse las manos con un trapo y cogió un cigarrillo—. No sé cómo hay gente que se las arregla para ir saliendo del paso —dijo moviendo con pesar la cabeza—. Creo que las cosas me irían mejor si no estuviese tanto tiempo aquí solo. He cumplido cuatro meses de mi turno de seis y a veces siento que si tengo que servir el resto me voy a volver ¡loco!

—¿Qué hace usted en un empleo de las Naciones Unidas si no le gusta el trabajo?

—No he dicho tal cosa —corrigió Lumberger, levantando una mano como si quisiese parar un golpe—. Claro que me gusta mi trabajo... Me dedico al desarrollo de la tierra, a la bacteriocultura especializada-y a todo lo que me han enseñado. ¡Pero diablos, es como estar encerrado en una celda! No hay una chica en toda la ciudad que se atreva a salir conmigo... aunque no hay muchas, creo, cuya compañía pudiese agradarme, pero usted ya sabe a lo que me refiero. Apenas me arriesgo a salir de la oficina y sólo lo hago cuando tengo que ir a los sitios en donde efectúo mis experimentos, lo cual es preciso de vez en cuando. Alguien intentó una vez introducirse aquí, y rompió un cristal y Dios sabe lo que ocurriría si me ausentase de la oficina durante más de un par de horas. A veces pienso que no se debería censurar a esos chicos el hecho de que se entreguen a la droga, ya que se ven encerrados en un agujero infecto como éste. Yo procedo de una pequeña ciudad y sé lo que pasa. Pero antes no era igual. Habían más coches en las calles, más cosas para divertirse. Habían más... oh, de todo.

—Excepto gente —dijo Greville con fruncido ceño.

—Sí, excepto gente —convino Lumberger, bajando la cabeza. Quedó un momento pensativo y luego se inclinó hacia delante y con confidencial tono do voz dijo:

—La verdad es que no pude evitar oír lo que le dijo usted al agente del Instituto. No me siento culpable por no haber comunicado que aquí circulan sueños felices. No me es posible ponerme en contacto con esta gente y, además, no sé mucho sobre esa droga. ¿Casi toda ella está en las grandes ciudades, verdad?.

—Eso diría yo hasta que vi las piernas de esa joven.

—Bueno, lo que quiero decirle... —Lumberger titubeó y prosiguió —: Quiero decirle que me gustaría que usted me contase algo sobre la droga a fin de que de ahora en adelante tenga" yo los ojos bien abiertos.

—Barriman dijo que procuraría enviar aquí a un par de agentes rurales expertos en la cuestión, esta misma noche.

—Bien... pues... sí, pero seguramente actuarán secretamente, ¿verdad? Es decir, no intentarán ponerse en contacto conmigo...

—No todo 'el mundo se siente avergonzado de trabajar en las Naciones Unidas —dijo Greville secamente. Lumberger levantó indignado los brazos.

—¡Otra vez se las toma conmigo! —exclamó con voz dolorida—.

¿Dije yo acaso que estaba avergonzado de mi cargo? ¿Lo dije?

Greville le miró fijamente un momento y luego dijo:

—Bueno, cálmese. Lo que ellos llaman «sueños felices» es un polvo oscuro, muy fino, muy higroscópico, por lo que debe mantenerse bien cerrado; se disuelve fácilmente en agua. Es una mixtura orgánica muy compleja. —Bajó la vista y contempló el maletín (¡Media libra de aquella materia en él!)—. Se combina con otras materias del sistema nervioso central para formar otra nueva combinación, y es ésta la que hace él efecto, que no es otro que el de alterar la percepción de la realidad, primero con vívidos sueños; luego, cuando los sueños se hacen tan dominantes que mejor es llamarlos visiones, la vida real se convierte en algo insensato y fútil a los ojos de la víctima..

—¿Son dominados por el vicio, verdad? —sugirió Lumberger.

—Casi peor que eso. Es un vicio en cierto modo igual que otro. Pero después de mucho tiempo de entregarse a él, la combinación que resulta de tomar «sueños felices» parece que se deposita en él sistema nervioso central, reemplazando a los elementos. de ciertas células nerviosas. Y cuando se llega a tal extremo... —Se encogió de hombros —. Al parecer líos adictos se las arreglan para esfumarse.

Una mezcla ‘de incredulidad y pánico se denotó en la voz de Lumberger cuando preguntó:

—¿Quiere decir que hay algo de verdad en esas historias que se oyen?

Desconcertado, Greville vaciló.

—¿Qué? ¿Qué historias? —demandó.

Lumberger hizo un gesto vago con las manos.

—¡Usted lo sabe! ¿Conoce algo sobre ese personaje llamado Holmes, verdad? Y la gente escribe cartas en los periódicos...

—¡Oh! —exclamó Greville y se echó a reír nerviosamente. En el Departamento había oído muchas veces los cuentos de los Holmesitas, y estaba acostumbrado a tomárselos en broma automáticamente y de momento no hizo mucho caso de lo que le estaba diciendo Lumberger —. Usted se refiere a esa estupidez del presente siglo muy en boga ahora sobre lo de Holmes. No se lo puedo quitar de la imaginación. Esa manía está atacando el sistema nervioso de la gente, como esas personas que dicen haber recibido la visita de seres de otros planetas. Cuando digo que desaparecen, lo digo de veras, pero no en el estricto sentido de la palabra.

—¿Se desvanecen en el aire? —preguntó Lumberger con guasa.

Greville pasó por alto el alfilerazo.

—No, se pierden entre los millones de personas de las ciudades.

Muy raramente obtenemos información sobre alguno de ellos que ha sido visto algún tiempo después de su desaparición muy lejos de su domicilio, pero en general esas pistas no dan resultado alguno. Perdimos la cuenta del número de habitantes hace ya mucho tiempo… pues los computadores ya no pueden registrarlo… por lo que es bastante fácil esfumarse si a uno le viene a gusto. Es muy probable que los adictos más graves se suiciden; también es posible que lleven una mezquina existencia ocultos en una habitación en donde nadie les hace preguntas. Y, como dije, cuando están muy afectados por el vicio, pierden interés en seguir viviendo y la vida real no les atrae.,

—Pero eso apenas podría ocurrir en una ciudad tan pequeña como esta —dijo Lumberger con sagacidad.

—En efecto —dijo Greville, la vista perdida en la pared de la habitación-—. Eso hace este problema muy interesante,

—¿Quién vende la droga? —prosiguió Lumberger—. ¿Se vende del mismo modo que los narcóticos corrientes?

—No —contestó Greville—. Pero no me pregunte cómo se vende, porque aun cuando sabemos de su existencia desde hace más de dos años, prácticamente no hemos conseguido dato alguno sobre ella. Hemos conseguido hacernos con pequeñas cantidades de esa materia, pero sólo de adictos que ya conocíamos y que generalmente no tenían demasiado interés en lo que les rodeaba. Durante estos dos años se ha creado una mitología. ¿Oyó hablar alguna vez, por ejemplo, de un tal Johnny Happydreams?

Lumberger movió negativamente la cabeza.

—¿Un adicto? ¿Un traficante de drogas?

—Un fabuloso super-traficante, podríamos decir. Se cuenta de él que ha ido por el mundo plantando árboles que dan sueños felices por todas partes por donde pasó, asegurando a todo el que lo desee un inagotable suministro de su fruto. Me siento tentado a creer esa historia… pues si la droga no es el fruto de un árbol, sólo Dios sabe de dónde sale tanta. Y hablando de lo otro que sabemos, es todavía más extraordinario. La droga se vende a un precio fijo… cinco dólares la primera dosis y dos dólares las siguientes.

En el rostro de Lumberger apareció una expresión de asombro, y hubiese dicho algo más a no ser por el timbrazo del teléfono que hizo que Greville se olvidara de la existencia del otro.

CAPITULO IV

—Su llamada de prioridad —dijo la supervisora transcontinental—. El circuito sólo tiene sonido... ¡lo siento!

La pantalla aparecía en blanco. Seguía sonando la señal de atención. Qué mala suerte, pensaba Greville. Todo el mal rato que he pasado, todos estos ensayos para lo que iba a decirle... Al cabo de veinte timbrazos, la voz de Leda le sobresaltó.

—Leda Greville —dijo ella—. ¿Quién es? No le veo, como usted sabe;

—Hola, cariño. Tampoco yo tengo imagen en este circuito, me temo.

—Oh, eres tú. —En la voz se advertía una borrasca, fría y distante —. ¿Dónde te encuentras? ¡Supongo que en el Instituto! Según lo que me dijiste, dentro de diez minutos debes estar en tu avión de regreso.

«Ya la hemos empezado», pensó Greville tratando de tragar saliva, pero tenía la boca seca. Dijo haciendo un esfuerzo:

—Te llamo desde una ciudad cercana a la línea divisoria entre Kansas y Colorado. Me dejaron sin avión en Topeka y aquí estoy sin medios de transporte.

—No continúes. Esta noche no estarás aquí.

—Me temo que no —convino Greville. Esperaba que ella le rechazase de plano cuanto le dijera en su defensa... que se pusiese furiosa, suplicante luego, acaso unas lágrimas. Pero, en vez de eso, Leda se echó a reír: una risita cristalina, como la del cristal al romperse.

—Ya me lo pensé —dijo ella—. Desde hace meses no has cumplido tus promesas. Siempre te las arreglas para estar perdido o con un compromiso urgente o trabajando hasta últimas horas de la noche. Ahora me llamas por un circuito sin imagen, de modo que yo no puedo ver desde dónde me estás hablando. ¡Bien, no me importa donde estés, pero te deseo que lo pases en grande! —Su voz rezumaba ahora veneno—. ¡Entiéndelo bien, esta vez he decidido a hacerme justicia! ¡Cuando al señor le convenga volver a los brazos de su enamorada esposa, esa amante esposa va a estar ausente de la ciudad disfrutando de lo máximo que todavía se puede hallar en este mundo miserable, sucio y atormentado!

Y se cortó la comunicación.

—¿Me da un poco de agua, por favor? — dijo Greville, sin mirar a Lumberger.

—Ahora mismo voy a buscarla —dijo Lumberger poniéndose en pie—. Hace un mes que no puedo echar un trago de una bebida decente. No me venden nada más que agua sucia ahí abajo. Ni siquiera puedo conseguir apenas café. Esto no es modo de tratar a un agente de las Naciones Unidas...

—Una queja más sobre cómo le tratan y le saco los dientes a bofetadas —dijo Greville en voz baja, sin violencia—. ¿Con quién cree usted que está hablando?

En el rostro de Lumberger se expresó un repentino gesto de temor.

—Lo siento —dijo haciendo un esfuerzo—. Ocurre tan raras veces que me encuentre con alguien en mi misma situación...

Volvió llevando en las vacilantes manos un vaso con agua.

—¡Tome! —dijo.

Estaba caliente, pero era agua. Greville se la bebió poco a poco, paladeándola. Devolvió el vaso y murmuró las gracias.

Todavía desconcertado, Lumberger volvió á sentarse.

—¿Cuánto falta aún para que llegue su helicóptero? —se aventuró a preguntar.

—Lo ignoro —contestó Greville. Sentía el alivio del agua en el estómago—. Me gustaría lavarme... si ello es posible... y también echarme un poco. ¿Puede ser?

—¡Naturalmente! Esa es mi habitación, el resto de mi apartamento. Este es mi hogar, mi dulce hogar. Todo completo.

Apenas un hilillo de agua salía del grifo; pasaron varios minutos para que hubiera suficiente agua en la jofaina para lavarse. En cuanto la hubo, Greville hundió en ella las manos y se humedeció la cara. El polvo que cubría su rostro se tornó en una fina capa de limo.

Leda...

Bueno, no había motivo para preocuparse más.

Mañana sería su sexto ¡aniversario. El trabajo le había tenido separado de ella el tercero, el cuarto y el quinto...

El polvo seguía en sus cabellos, bajo las uñas, por todas partes. Abstraídamente se volvió ¡a lavar, se frotó con la toalla, otra vez agua...

¿Hasta qué punto soy culpable?

Había faltado a los aniversarios, pero el estar casada con un agente de las Naciones Unidas exigía sacrificio, hacerse cargo de que era un problema complejo e ineludible. Al principio era muy romántico, como lo había sido el casarse con un oficial del ejército durante el siglo anterior. Y, naturalmente, como Leda acostumbraba decir, la

ONU era maravillosa... ¡lo único que impedía que el inundo se hiciese añicos!

(¿*Impedía* que el mundo se hiciese añicos?).

Después, pasado el primer año, ella empezó a oír susurrarle al oído lo que antes no había querido escuchar:

—¡Pero es que Nick está en el Departamento de Narcóticos! ¡No es lo mismo que.... que los demás!

(Pero era lo mismo. En sus principios, al menos).

Y ahora, cuando las cosas iban mal, Leda se desesperaba. Greville sabía que no era bueno censurarse a sí mismo. La verdad era que ella tenía la culpa. El romanticismo no ofrecía protección contra el esfuerzo de estar casada con un agente de las Naciones Unidas. Pero ella prefería aferrarse al romanticismo más bien que a él.

El agua gorgoteó desapareciendo de la jofaina, dejando un rastro gris. Pasó por la suciedad un dedo, lo limpió con el hilillo de agua y se lo secó enseguida con la toalla. Luego se quitó los zapatos y se echó en la cama.

Antes, la gente censuraba al gobierno cuando las cosas salían mal. Decían: «Ellos deberían —o no deberían— hacer tal o cual cosa».

No era pues nada nuevo. Ahora, la gente censuraba a las Naciones Unidas porque hacían las cosas impopulares que los gobiernos acostumbran a hacer, haciéndolas cada vez con más frecuencia.

Greville encendió otro cigarrillo, mientras mantenía la mirada fija en el techo. ¡Si al menos los gobiernos no hubiesen esperado tanto tiempo...! ¡Si las Naciones Unidas no se hubiesen enfrentado desde el principio con una labor imposible...!

Con la punta del cigarrillo dibujó en el aire la mortal curva ascendente del gráfico de la población. Al lado de esta curva trazó otras, que parecían arder en el ambiente de la habitación. Se las sabía de memoria... En todos los centros de las Naciones Unidas, adosados a sus paredes, había gráficos que servían de estímulo a los agotadores esfuerzos de los cansados trabajadores.

Viviendas.

Fuentes de riqueza conocidas de materias primas en millones de toneladas.

Producción de alimentos.

Escasez. Siempre escasez.

Hacía ya mucho tiempo que las curvas de América del Norte habían quedado cortas. Cuando esto ocurrió, bacía algunos años, la gente decía: «Bueno, esto no durará demasiado. ¡Hay que apretarse los cinturones!».

Más tarde dijeron: «Hay otros que lo pasan peor que nosotros».

Y ahora dicen: «¡Esos ladrones de las Naciones Unidas!».

—¿Qué podemos hacer? —musitó Greville—. ¡Legalizar el canibalismo, naturalmente!

Y estas fueron palabras pronunciadas por el Secretario General en su informe mundial durante la última sesión plenaria de las Naciones Unidas en Nueva York. Y, como Greville había visto mientras contemplaba el sistema de televisión interno del edificio de la ONU, las facciones del Secretario General sugerían que no lo decía en broma.

Bueno, pero existían paliativos. Había discusiones sobre el uso del combustible, de la fuerza motriz, de las materias primas esenciales, etc. Nadie debía encender fuego con combustible apto para poner en movimiento a un tren o un centenar de coches utilitarios. Nadie podía visionar la película *Romance del Viejo Oeste* gastando una fuerza capaz de poner en movimiento la máquina de una fábrica. Ni tampoco construir un cine con hormigón con el que se podría erigir otro bloque de apartamentos.

Y después sobrevino lo lógico: uno no puede viajar con un asiento libre en su coche si hay alguien más que sigue su misma dirección. No se debe dormir en el propio apartamento con dos habitaciones vacías si existen solicitantes en la lista de la ciudad que aspiran a una vacante en donde pasar la noche.

Antes siempre había algo que hacer. Faltaban empleos en un sitio y la industria se desplazaba a aquella zona. La gente conseguía sus empleos y sus sueldos y encontraba cosas en las que gastarse su dinero. Había sobrante.

Todavía persistía el excedente. Pero era mucho más bajo, y muchísimas personas se quejaban de ello. En teoría, mientras quedase un cierto mínimo de terreno por persona, el mundo sería rico. El problema era —invariablemente— la distribución.

Durante demasiado tiempo la situación había sido salvada mediante duras medidas ad hoc. Se acabaron las quemas de las cosechas de granos. Ya no más locomotoras en movimiento con toneladas de café.

¿Pero dónde vamos? Una población de dos mil quinientos millones a mediados del siglo veinte; seis mil quinientos millones al terminar el siglo; más de ocho mil millones actualmente. ¡Cada momento miles y miles de nuevas bocas que alimentar! ¡Miles de nuevos cuerpos que reclaman vestidos! ¡Miles de cerebros que exigen educación, ganas de saber, distracciones!

«¡Oh, pudo haberse hecho!», pensó Greville con profunda tristeza, tendido en la desaseada cama. Si los gobiernos no se hubiesen aferrado a sus patriotismos locales hasta que se vieron al borde de la desesperación; si no hubiesen sentido el pánico que les arrastró en su intento de frenar el progreso técnico allá por el 1980; si hubieran gastado el uno por ciento de sus presupuestos de armamento para planear esta explosión...

Pero no lo hicieron. Al fin y al cabo esas armas eran potencialmente eficientes para invertir el crecimiento de la población.

¡Pudo haberse hecho! El trabajo que aquí hacía Lumberger, un hombre solo, un laboratorio y una docena de campos experimentales, pudo haberse realizado antes de 1970, y ahora los desiertos del mundo estarían reducidos a la mitad. Tal como estaban ahora las cosas, seguían engrandeciéndose. Un programa de investigaciones debidamente dirigido en los años 70 hubiera conducido a una verdadera cosecha marítima, conservando los recursos piscícolas y los plánctones, en vez de ir sacando continuamente al mar sus riquezas, como si fuera una cuenta corriente inacabable, lo que era la forma tradicional y desastrosa...

¿Y qué ocurrió? Continuaron así hasta el SO y tantos y luego empezaron a reclamar a gritos la ayuda del Doctor Naciones Unidas para que viniera a curar a un enfermo que estaba más grave por los remedios de los curanderos que por la enfermedad en sí

No había por qué extrañarse, con la falta de papel, de combustible de todas clases y de lujos como las golosinas, los helados y bebidas y la necesidad de construir arados y trilladoras en vez de coches y gramófonos, que la gente perdiese la esperanza. No había que maravillarse de por qué existían adictos.

Volvió la cabeza y sus ojos recorrieron los brillantes eslabones de la cadena que le sujetaban al maletín. Media libra de sueños felices. ¡Cielo Santo!

Recordó la expresión que apareció en el rostro de Lumberger cuando se mencionó el precio fijo de la droga. ¿Qué iba él a decir cuando sonó el teléfono? Seguramente: «Pero yo pensé que el precio de las dosis de cualquier droga lo fijan los traficantes, aumentándolo a medida que crece el número de sus víctimas.

Cierto. Pero no ocurría así con los sueños felices. ¿Quién fijaba el precio? ¿Quién lo podría decir? El Departamento de Narcóticos no lo había podido averiguar en los dos años que conocían la existencia de la droga, a pesar de tener confinados separados de otros drogados a los dominados por el nuevo estupefaciente. Parecía que el precio era

algo que la gente conocía sin necesidad de que nadie se lo dijera. Y los adictos no desobedecían la regla.

Entre tanto, los efectos se dejaban notar. A menudo, las víctimas que desaparecían eran hombres que ocupaban puestos clave; todavía más corriente era el caso de individuos emprendedores que se encontraban con circunstancias adversas, frustrados, dominados por el desespero Y generalmente eran hombres jóvenes.

Pero antes de que el Departamento de Narcóticos hubiese podido averiguar las características do la droga, quedó de manifiesto que había demasiados adictos con los que enfrentarse. La vida no los ofrecía demasiado, de todos modos. El interés no aumentó cuando se supo que alguien, en algún sitio, debía controlar una fantástica producción de materia prima para fabricar los sueños felices, la compleja mixtura orgánica que los compone.

Greville recordó cuán difícil le había sido creer a Al Speed cuando éste le resumió la situación, unos meses antes.

—La reacción de Barriman cuando vio las cifras —informó Al Speed— fue la de especular con cifras por sí mismo. Con tales instalaciones, dijo, se pueden servir todas las demandas en antibióticos del Hemisferio Occidental.

—¡Imposible! —fue la sorprendida respuesta de Greville.

—Muy bien, entonces explíqueme esto. La Central de la Conservación ha intentado popularizar los *shorts-shorts* durante la temporada veraniega con el objeto de reducir las necesidades de tejidos. Los compradores principales —entre los catorce y veintitantos años— no quieren ni verlos en ninguna gran ciudad de América o Europa. ¿Por qué?

—Lo ignoro —contestó Greville, sintiendo que un nudo le atenazaba la garganta.

—Pues porque los *shorts-shorts* dejan al descubierto las cicatrices de los muslos, allí donde los drogados se inyectan el líquido.

—¿Quiere usted decir que hay tantos adictos entre los jóvenes?

Deliberadamente, recalcando sus palabras con manotazos sobre la mesa, Al dijo:

—Un cuarto de la población entre quince y veinticinco años en el noventa por ciento de todas las ciudades de América y Europa de más de medio millón de habitantes es un cálculo moderado del número de afectados por los sueños felices. Parece que van a ser tan corrientes en este siglo como lo fue en el pasado el vicio de fumar.

CAPITULO V

Greville lanzó al aire la colilla de su cigarrillo, que cayó en la jofaina, tan seca ya que la punta continuó encendida, consumiéndose lentamente. ¡Tan corriente como lo fue el fumar durante el siglo pasado! Un pensamiento estremecedor. Greville había adquirido el hábito de fumar muy joven y seguía fumando, pero el vicio empezó a declinar rápidamente a últimos del siglo anterior, perdiendo la raigambre social que antes poseía. Los hombres de la edad de Mitchell eran en su mayor parte fumadores; los de la propia edad —los treintañeros— fumaban en un cincuenta por ciento; se encontraban individuos entre veintiocho y treinta años —como Lumberger, por ejemplo— que también tenían el vicio. Pero lo probable sería que uno o como máximo dos de los jovencitos del otro lado de la calle fuesen fumadores.

Una espantosa idea cruzó por su mente. ¿Acaso los sueños felices estaban suplantando al tabaco? ¿Habría la droga echado raíces diez, veinte o más años atrás?

Con este pensamiento fijo en la mente se sumió en el sopor, y soñó su inquietud. Se hallaba de nuevo enfrente del bar, rodeado por la misma banda de jovenzuelos. Otra vez la muchacha desnudó ante él sus piernas, exponiendo a su vista las cicatrices. Pero esta vez él no podía apartar los ojos de aquellos marcados muslos. Y parecía como si aquellas musculadas piernas se fuesen hinchando, haciéndose más redondas, más suaves, adultas...

Cuando se fijó en su rostro vio que no era la cara de aquella joven, sino la de Leda, ovalada, con negra cabellera, sonriendo con triunfal mirada.

Se despertó con un gruñido v ovó el ruido lejano del motor de un helicóptero. De momento no pudo comprender lo que significaba, pero luego recordó dónde se hallaba y lo que había sucedido y puso los pies en el suelo en el mismo momento en que Lumberger abría la puerta y asomaba la cabeza.

—Parece que se trata de su transporte —dijo.

—Sí, gracias. Salgo en seguida.

—Vine antes para saber si quería comer algo —prosiguió Lumberger—. No tenía mucho que ofrecerle, pero lo hubiéramos compartido. Vi que estaba dormido y no quise despertarle.

—Bien —gruñó Greville, acariciándose los cabellos. Alcanzó sus zapatos y se los puso, y la cadena que le ligaba al maletín tintineaba

mientras se sujetaba las cordoneras, ¡Cielos, qué ganas tenía de verse libre de una vez de este íncubo!

—Oh… siento no haber podido hacer más por usted —se aventuró a decir Lumberger. El ruido del motor desapareció y Greville se dijo abstraídamente que debía haber aterrizado por los alrededores de la ciudad. Miró hacia la ventana. Estaba muy oscuro.

Maletín en mano, se dirigió hacia la puerta.

—No se preocupe —dijo—. No puede usted agasajar a nadie con una oficina como esta.

Se encontró con los dos agentes rurales del Instituto cuando había recorrido cosa de un cuarto de milla con dirección al lugar donde se hallaba el helicóptero esperándole.

Los rurales se detuvieron mientras él se les iba acercando. Iban vestidos con ropas sencillas de paisano, pero incluso a media luz no era difícil ver que en sus ojos había la expresión característica de los agentes de las Naciones Unidas —una mirada de paciente resignación — como si fuese una marca que los diferenciara de los demás.

—¿Es usted Greville? —preguntóle el más alto. Greville asintió—. Soy Vassily Marek. Mi compañero es Peter Rice. ¿Cómo están aquí las cosas?

—No nos quieren -—contestó Greville, a sabiendas de que hacía una afirmación innecesaria—. ¿Van ustedes a la oficina de la OAA?

—Desde luego. Si no nos quieren, ¿a qué otro sitio podemos ir?

—Entonces tengan cuidado con el joven Lumberger. Es difícil aguantarle más de cinco minutos seguidos.

Marek sonrió con amargura.

—¿No nos pasa a todos los mismo? Bueno, será mejor que no haga esperar al piloto. Gracias por el aviso.

—Buena suerte —dijo Greville. Los dos agentes ¡ le saludaron con un gesto de la mano y emprendieron el camino de la ciudad.

Mientras se acercaba al helicóptero. Greville censaba si sería en esta pequeña ciudad donde el Departamento iba a empezar una pista siguiéndola hasta el final; y si los dos hombres con quienes acababa de encontrarse serían los encargados de realizarla.

La dirección postal del Instituto era Sandy Gulch, Colorado. Sandy Gulch había sido una ciudad minera en el siglo diecinueve, pero cuando se erigió en ella el Instituto sólo quedaba su nombre. Todo lo demás había desaparecido. Los nuevos edificios habían borrado para siempre los vestigios de su pasado.

La figura impaciente de Barriman, vestida con pantalones cortos y suelta chaqueta le esperaba en un extremo del campo de aterrizaje.

—¡Por fin llega, Greville! —rugió junto a la portezuela del aparato —. Protesté airadamente en Nueva York por haber permitido que se metiera en un lío como este. ¿Por qué no nos llamó desde Topeka cuando vio que no tenía su avión? Le podríamos haber ido a buscar allí.

Greville descendió tensamente del helicóptero.

—Yo también tengo la intención de protestar dijo—. De haberme dicho lo que llevaba lo hubiese hecho. Me habría ahorrado muchas molestias e inconvenientes.

«No trates de engañarte respecto a Leda» pensó. «Lo último que ella deseaba era que llegaras a tiempo…»

Interrumpió el derrotero de sus pensamientos y puso el maletín en las manos de Barriman.

—¡Ah! —exclamó Barriman, abriendo la cerradura en un santiamén—. ¡Aquí está! Creo que opinaron que podría usted atraer demasiado la atención de permitir se supiera lo que enviaban… pues esto es ahora mucho más valioso que el mismo oro…

Barriman había levantado la tapa del maletín y u la luz del campo de aterrizaje se ofrecía el contenido del mismo: un polvo finísimo y brillante. Media libra de sueños felices.

Greville se humedeció los Secos labios, pensando en la dinamita y bombas atómicas y otras cosas peligrosas. El riesgo era parte de su trabajo, pero el desconocer la naturaleza del mismo era cosa diferente. Dijo con voz ronca:

—Supongo que es la cantidad que se halló el otro día.

Recordó de pronto que, puesto que ahora la cerradura había sido abierta, podía, aflojar la pulsera que tenía en la muñeca a la cual se hallaba sujeta la cadena. Con trémulos dedos empezó a desenroscar mecánicamente la tuerca.

Barriman esperó hasta que hubo terminado, luego cerró el maletín con una sonrisa en los labios.

—Debe tener hambre —dijo—. Y apuesto que también sed, en una noche como esta. He mandado que lleven a mi casa unos bocadillos y cerveza para usted. Pero, si no le importa, me gustaría que fuésemos primero a los laboratorios para anunciarles la grata nueva.

Greville se encogió de hombros. Ahora todo le era igual.

Durante su camino desde el aeropuerto pasaron cerca de muchas de las divisiones del Instituto, el edificio de la OAA, Salud, Conservación, Investigaciones Puras, Combustible y Fuerza, en todas las cuales se veían luces en las ventanas, demostrativas de que se trabajaba intensamente hasta horas avanzadas. Se oía el zumbido

continuo de las computadoras en pleno funcionamiento, la música de un receptor de radio o de un aparato de televisión, la risa de un centro de diversión. Pero, durante casi todo el camino, ambos permanecieron en silencio.

—Lamento su retraso en el itinerario de su viaje —dijo finalmente Barriman, extrayendo una llave del bolsillo para abrir la puerta del laboratorio—. Esperábamos con impaciencia este polvo. De haberse usted retrasado una noche más podría haber echado a rodar uno de nuestros más cruciales experimentos.

Abrióse la puerta. Greville había esperado percibir el acostumbrado olor a ratas y conejos, que él asociaba con la idea de laboratorio biológico; pero en vez de esto vio que detrás de la puerta había una cámara reguladora de la presión de aire. Dijo:

—¡Cómo! ¿Laboratorios esterilizados? ¿Quiere que espere afuera?

—No importa —replicó Barriman moviendo negativamente la cabeza—. De momento no esterilizamos nada aquí. Hacemos uso de este laboratorio por razones de seguridad. Generalmente se sirven de él los de la OAA o los de la Salud, pero en estos momentos los de Narcóticos tenemos un problema más grave y urgente que ellos.

Atravesaron el estrecho pasadizo de la cámara muy juntos uno a otro; luego la puerta exterior se cerró e inmediatamente les envolvió el olor a monos, más penetrante aún que el de ratón. Las débiles luces del techo revelaban largas hileras de piulas; al otro extremo del laboratorio alguien embutido en una blanca bata se hallaba inclinado sobre algo.

Greville hubiese normalmente esperado que los monos chillasen excitados ante la presencia de forasteros. Pero, mientras Barriman y él pasaban entre las jaulas, los monos hicieron caso omiso de ellos, colgando tranquilamente de sus artificiales ramas. La mayoría de ellos pertenecían a la familia de los macacos; había unos pocos micos y en la jaula sobre la que estaba inclinada la joven de la bata blanca se hallaba un solitario chimpancé.

—¡Kathy! —gritó Barriman—. ¡Ha llegado la droga!

La joven se irguió y volvió la cara hacia ellos. Era pequeña, bastante llenita, pero de gráciles movimientos. En su negra cabellera resplandecía la luz al mover la cabeza y sus labios eran gruesos y de rojo natural. Bordeando las anchas fosas nasales, bajo los verdes ojos, había pecas. Greville se dio cuenta de pronto de que estaba pensando: «¡qué lástima que esté tan cansada!».

También había cansancio en su voz, una voz dulce y acariciadora, cuando contestó a Barriman:

—Estupendo… Mike, pero ha habido un cambio radical en la naturaleza de Tootsie desde esta mañana.

Barriman puso el maletín en manos de Greville y se acercó a la jaula del mono. Greville reprimió el lunático impulso de colocarse otra vez la pulsera de la cadena en la muñeca y le siguió en silencio.

El chimpancé, una hermosa hembra de unos doce años, permanecía sentada en el suelo de la jaula con las piernas cruzadas, la espalda descansando en el cortado tronco de un árbol, los ojos cerrados, la boca abierta. A no ser por la respiración, podría haber estado expuesto en cualquier museo.

—¡Tootsie! —dijo Barriman con voz asustada. Sacudió la jaula con fuerza y se oyó como respuesta el metálico ruido de los barrotes que desapareció lentamente, como si se retirara a la lejanía—. ¡Tootsie!

—No puedo conseguir ninguna respuesta —dijo la muchacha, y se pasó con gesto de cansancio una mano por la frente.

—¿Han progresado con increíble rapidez, verdad? —preguntó Barriman en voz baja—. ¿Tienes preparado el sistema registrador?

—Todo está dispuesto menos la película de rayos infrarrojos a máxima velocidad. No la tendremos disponible hasta mañana. Tendremos que confiar en los contadores.

Barriman asintió con un gesto, inclinóse y tiró del panel que había bajo la jaula. Surgieron a la vista media docena de diales y un magnetófono en miniatura. Greville vio que en todas las jaulas había paneles corredizos similares.

—¿Bebió y comió regularmente? —inquirió Barriman.

—Hasta hoy ha bebido con normalidad. Pero a mediodía se ha negado a comer. ¿Ya te lo dije, verdad?

—En efecto —convino Barriman irguiéndose—. Y yo te prometí que vendría aquí a echarle un vistazo. Luego me enteré de que la remesa de sueños felices había sufrido un retraso y entonces todo lo demás se me borró de la memoria.

La joven cerró los ojos y unió las puntas de sus dedos en el entrecejo, separando luego las manos lentamente, como si estuviese librándose de la tensión de los músculos de la frente.

—Sí —dijo, abriendo los ojos de nuevo—. Sé que estuviste toda la tarde tratando de localizar esa droga. ¿Dijiste que está ya aquí, verdad?

—En ese maletín —repuso Barriman, volviéndose y haciendo un gesto señalando a Greville—. A propósito, este es Nick Greville, de Narcóticos, comisionado por Nueva York para trabajar aquí. ¿No le conocías, verdad? Señor Greville, le presento a la doctora Pascoe, de

la Salud Mundial, segunda supervisora de estos experimentos.

La joven saludó a Greville con una cansada sonrisa. Dijo:

—Sé que ha tropezado con inconvenientes para llegar aquí.

—Estuve a punto de volverme a casa —contestó Greville—. Me alegro de no haberlo hecho.

—Creo es mejor así —repuso Kathy Pascoe, indicando con un gesto la inmóvil figura del chimpancé—. La pobre Tootsie y el resto de estos pobres animales son adictos a los sueños felices sin tener ninguna culpa. No habíamos realizado ningún experimento con monos antes de esta serie, y fuimos un poco ambiciosos. Nos decidimos a emplear una dosis fija en todos estos animales que superaba en total la droga disponible. Si ustedes no hubiesen por fin logrado hacerse con la cantidad que acaba de traer, nos veríamos ahora ante un problema de meses de duración, con todos estos monos paralizados.

—No era reprochable, pero Greville titubeó un poco. Barriman lanzó una última mirada con fruncido ceño a los contadores del departamento inferior bajo la jaula de Tootsie y cerró el panel.

—Sí —dijo pensativamente—. Sin que quiera decir que me quejo, no comprendo cómo Nueva York espera de nosotros que hagamos una labor eficiente sin más material con el que trabajar. Me gustaría pudiese usted localizar unas pocas cantidades más de sueños felices… Hay mucha droga por ahí. Debe haberla.

A Greville no se le ocurría nada que no pareciera una excusa por incompetencia, por lo que prefirió quedar callado.

—¿Has terminado, Kathy? —añadió Barriman con tono de voz más vivo.

—Ahora mismo termino.

—Ven con nosotros a comer un bocadillo y a tomar un poco de cerveza. Cuéntame lo que ¡le ha pasado a Tootsie esta tarde. ¿Estás cansada?

—No, querido. No podría dormir con tal cúmulo de pensamientos lacerándome el cerebro. Espérame hasta que cierre el laboratorio; luego me reuniré contigo.

CAPITULO VI

Esperaron en el estrecho porche del laboratorio mientras ella apagaba las luces y conectaba los sistemas de ventilación y alarma, asegurándose de que todo quedaba en orden. El aire estaba muy quieto; en el cielo las estrellas titilaban fulgurante-n en el corazón del celestial horno cuyo calor estiba abrasando Norte América.

Se abrió la puerta y apareció ella.

—Siento haberles hecho esperar —se excusó—. Tuve que llamar al cuerpo de guardia para decirles que conectaran la alarma nocturna. Ya está todo listo... vámonos. —Se quitó la bata de laboratorio mientras ellos se volvían y empezaban a caminar, najo la misma sólo llevaba —como ocurría a todo el personal femenino con este calor— su falda de uniforme y una ligera blusa. Sus desnudos hombros lindaban a la luz de las ventanas de los edificios donde continuaba todavía el trabajo.

El peso del maletín tiraba del brazo de Greville. Dirigiéndose a Barriman, le dijo;

—¿Qué va usted a hacer con esto esta noche?

Barriman gruñó:

—Lo guardaré en mi casa. Creo que estará se-r.uro... pues que sepamos no hay adictos a la droga por aquí. A propósito, Kathy, ¿te has enterado de la nueva zona afectada que ha descubierto hoy Nlck?

La joven movió negativamente la cabeza. Caminaba con la cabeza baja, las manos entrelazadas de-imite, con la bata envuelta sobre ellas.

—En una pequeña población llamada Isolation, en la línea divisoria del Estado de Kansas —explicó Barriman—. ¿Cuántos dirías y en qué grado? —añadió echando una ojeada a Greville.

—Tendrá que esperar el informe de los agentes rurales —contestó Greville—. Lo que yo presencié fue un grupo de muchachos... algo así como una docena. Puede que sean los únicos, tal vez no...

Por todo comentario, Kathy Pascoe exhaló un aspiro y de nuevo permanecieron silenciosos hasta que llegaron al apartamento de Barriman. Disponía el mismo de dos habitaciones con un cuarto de baño particular, un privilegio del que no gozaba la mayor parte de la plantilla del personal. Al igual que un campamento militar, el Instituto tenía aseos comunes, cocinas y dormitorios comunes. Tenía que ser así.

—Tenemos cerveza —dijo Barriman encendiendo la luz—. Dije a los de la cantina que trajesen algunos bocadillos o algo para comer... sí, ahí están. ¿Tienen hambre? Tenemos también ensalada.

Kathy Pascoe dejó su bata en el respaldo de la silla más próxima y luego se dejó caer en ella con gesto de infinita fatiga.

—La cerveza me irá bien —dijo—. Pero no tengo apetito, gracias.

Barriman asintió en silencio y empezó a abrir envases de cerveza con destreza.

—Sírvase —dijo a Greville, indicando los platos con bocadillos de encima de la mesa. Greville no había pensado en que sentía hambre, pero la vista de los alimentos le hizo evidenciar que sólo la apatía le había anulado la sensación de apetito. Cogió un bocadillo de queso y se sirvió en un plato lechuga, tomate, y un poco de ensalada de col.

—Temo que estos alimentos no son demasiado Sabrosos. Han sido cultivados sin tierra, en agua con agentes químicos —dijo Barriman—. Se volvió para poner un envase de cerveza en el brazo de la silla de Kathy; la joven tenía los ojos cerrados pero cuando sintió el contacto de la cerveza sonrió' anchamente mostrando sus blancos dientes y acarició con los dedos la fría superficie del recipiente

—Será mejor que coma esto con la ensalada, pues estos alimentos están un poco faltos de vitaminas —dijo Barriman poniendo una reseca galleta en el plato de Greville—. Le prepararé una habitación para que pase la noche y le arreglaré su transporte hasta el campo de aviación para mañana al amanecer... le arreglaré todo en cuanto hay terminado de comer.

«¿Arreglar todo?», pensó Greville recordando la cristalina risa de Leda.

—Este cambio que presenta Tootsie —dijo entonces Kathy pensativamente— es increíble, ¿verdad? Y ahora que recuerdo, creo que la primera señal fue ayer, cuando no se opuso, como de costumbre, a la prueba de su líquido espinal.

—La semana pasada pataleó endemoniadamente —dijo Barriman, indicando a Greville una butaca colocada enfrente de la de Kathy. Se sentó él en una silla y continuó engullendo un bocadillo—, Esta tarde no tiene ganas de nada, no muestra interés alguno por nada.

—¿Ocurre lo mismo con los adictos humanos en avanzado grado de envenenamiento con la droga? —dijo Greville. Kathy fijó en él su mirada,

—Hubiera creído que usted ha visto más adictos que nosotros —dijo ella

—Tal vez sea así —contestó Greville con tono de voz más agrio del que intentaba emplear—. ¡ Sigo con mi pregunta !

—Lo lamento —dijo Kathy tras una pausa—. Usted tiene sus problemas, nosotros los nuestros. Presumiblemente, la respuesta es sí.

No vemos razón alguna que apoye la teoría de que los sueños felices deban afectar el sistema nervioso humano de modo diferente al de otros mamíferos altamente organizados. —Dejó su vaso de cerveza en la mesa y se entrelazó las manos sobre el regazo, cerrando otra vez los ojos.

—¿Es ésta la primera serie de experimentos que han llevado a cabo hasta el punto crítico? —persistió Greville. Barriman soltó una sarcástica carcajada.

—No es así exactamente. ¿No se enteró usted de lo de la primera serie?

—No, no sé nada.

—Fue espantoso —dijo Kathy con voz que denotaba preocupación, manteniendo los ojos cerrados—. Perdimos las ratas tratadas. Todas ellas. Eran ratas seleccionadas, naturalmente. Hace de eso... pues... unos cuatro o cinco meses.

—¿Las perdieron? ¿Quiere decir que se les murieron todas?

—¡Qué va! —exclamó Barriman—. Alguien les abrió las jaulas. Una mañana, al ir Kathy al laboratorio, se encontró con que habían desaparecido.

—¿Quién haría tal cosa? —dijo extrañado Greville.

Barriman se encogió de hombros.

—Si lo mismo ocurriera hoy, diría que se tratar ba de un truco publicitario de cualquier Holmesita. Antes apenas habíamos oído hablar de Holmes. Nunca pudimos averiguar quién fue el culpable, ni tampoco por qué se hizo, pero lo cierto es que hicimos las cosas de modo que trasladamos a alguien a la Costa del Pacífico y desde entonces no hemos perdido ningún otro animal... Esta es la causa por la que efectuamos las actuales pruebas en los laboratorios estériles, y no porque sean estériles, sino porque disponen de sistemas de alarma que funcionan por ambos lados, de dentro afuera y viceversa.

—Pero seguramente no es ésta la única serie de pruebas efectuadas aquí.

—Oh, pues sí lo es. Y por culpa suya, a fuer de sinceros —la voz de Barriman no delataba recriminación alguna—. Quiero decir que tienen la culpa en Nueva York y donde sea. Deben haber... y creo no es exagerado decir literalmente toneladas de sueños felices en circulación constante. Y está cantidad que usted nos ha traído es la primera con que contamos para trabajar desde hace varios meses. Créalo usted, es una buena cantidad, tan importante como todas las anteriores juntas. Pero ciertamente, como usted no ignora, apenas suficiente para investigaciones masivas.

—¿Cuándo podrán sintetizarla? —preguntó Greville.

—Investigaciones Puras están trabajando en el asunto.

Greville pensó que sería mejor apartarse del tema de la conversación; era muy sensible, como todos los agentes de Narcóticos, y se resentía por la falta de éxito en localizar sueños felices en cantidad. Dijo:

—Y bien... ¿qué buscan ustedes con sus experimentos? Supongo que la curación.

—Últimamente estamos tratando de conseguir un modo de quitar el vicio. Pero antes de llegar a esto es necesario que sepamos con todo detalle su acción sobre el metabolismo humanó. Ya vio usted el sistema que seguimos con esos monos del laboratorio. Analizamos todas sus emunciones y secreciones y semanalmente les extraemos sangre y líquido raquídeo y les sometemos a pruebas de encefalografía, y, según dice la teoría, debemos también fotografiar el proceso de actividad que se desarrolla antes del momento crucial de la crisis. —Frunció el ceño—. ¡Pero no pudimos hacer esto último con Tootsie! Confiamos en el empleo de película infra-roja ultrarrápida para evitar la perturbación del ambiente nocturno sin necesidad, pero nos encontramos con que apenas contábamos con este material.

Un suave ronquido puso punto final a sus palabras. Ambos miraron a Kathy y vieron que se había dormido. Barriman dijo sonriendo:

—¡Como de costumbre! —dejando acto seguido su vacío plato y retirando del brazo de la silla de Kathy el envase de cerveza—. La pobre chica no duerme más que unas cuatro horas diarias desde hace algunas semanas —añadió.

—¿Quiere que le ayude a llevarla a su casa? — sugirió Greville.

—¿Por qué molestarla sin necesidad? —contestó Barriman encogiéndose de hombros—, ¿Quiere más cerveza?

—Sí, gracias —dijo Greville aceptando un segundo envase, y Barriman vertió el resto del contenido del de Kathy en el suyo.

—Sería una tontería echarlo á perder —dijo pensativamente—. ¿No es cierto?

Se estableció un momento de silencio. Greville, buscando desesperadamente palabras en que encontrar interés para evitar pensar en mañana, permaneció un momento ensimismado. Luego dijo:

—Oh... explicó usted antes que habían encontrado dificultades para sintetizar los sueños felices...

—En efecto. El hecho es que hemos llegado a la conclusión de que es un compuesto que se origina de modo natural. Su extraordinario grado de pureza nos lleva a suponer que se trata de algo sintético,

pero... ¿en qué parte de este pequeño planeta ocultaría usted unas instalaciones lo bastante extensas para producir tales cantidades? Sería posible mantener en el secreto una refinería con más facilidad que una gran fábrica sintética. —Barriman se movió nerviosamente en su asiento— La cadena de compuestos que conduce a los sueños felices comprende centenares de otros que estadísticamente son más probables. Parece ser que un proceso viviente es el modo más sencillo de concentrarlos.

—¿Dónde se podría producir de un modo natural? ¿Concentrados, quizá, por... bacterias?

—Lo dudo —rechazó de plano Barriman—. Este compuesto-es tan peculiar que su campo de funciones biológicas es extremadamente limitado Es algo electroquímicamente activo en el sistema nervioso, naturalmente, pero se desconcentra muy pronto, y ' creemos que solamente una décima parte de lo que se inyecta en. el muslo de los adictos llega a alcanzar el cerebro. Lo inyectamos en nuestros animales de experimentación en la órbita del ojo a fin de economizar, mas aun así, gran parte del compuesto es destruido antes de que llegue a afectar el cerebro. De este modo averiguamos que estábamos equivocados en cuanto a las dosis establecidas, como Kathy mencionó. Suponíamos que el ochenta por ciento de la inyección orbital afectaba al cerebro; en realidad, se aproxima al cuarenta o cincuenta por ciento.

Verdaderamente interesado ahora en la conversación, Greville miró con fijeza a su interlocutor y dijo:

—Entonces... ¿dónde encontraría usted en la naturaleza tal compuesto? Lamento hacerle tantas '¡resuntas, pero no soy más que un policía en cuanto se trata de sueños felices.

—Muy bien —contestó Barriman tras una pausa,—. Sólo hay un sitio en donde es posible se produzcan los sueños felices. Y es en el sistema central de los mamíferos perfectamente desarrollados, tales como el mono, la ballena o el hombre.

—Pero...

—Tengo más cosas que exponer —continuó inexorable Barriman —. Diría que la única función para los que idealmente son aptos es cuando se combinan con la cefalina para formar noetina en las células cerebrales. Son específicamente a propósito para servir como material celular de la parte frontal del cerebro de los mamíferos altamente organizados.

Sonrió con amargo gesto y apuró el resto del contenido de su envase de cerveza.

—Sí, es así —dijo Greville lentamente, con la mirada perdida—, entonces no es sorprendente que se cuenten tantas historias sobre ellos.

—Créame usted. Desde un punto de vista estrictamente científico, nada de lo que pretenden los Holmesitas es la mitad de extraordinario de los hechos reales. —Echó un vistazo a su reloj y se levantó.

—Será mejor que le busque algún sitio en donde descansar antes de que sea demasiado tarde. A propósito, ¿no lleva equipaje?

—Esperaba estar de regreso en Nueva York esta misma noche —contestó Greville. Le vino a la memoria entonces la visión que le había atormentado mientras estuvo durmiendo en la cama de Lumberger... la visión de Leda con sus blancos muslos mostrando las cicatrices de las inyecciones de sueños felices.

Barriman añadió:

—Le traeré algunas cosas para que se asee un poco. Y mañana podrá usted recoger una camisa nueva en almacén. También me cuidaré del horario de su avión; estarán todos ocupados, pero haré uso del derecho de prioridad si es que desea usted marcharse lo más pronto posible.

—No se moleste —dijo Greville. Barriman le miró extrañado.

—¿Problemas?

—Me esperaban en casa esta noche, porque prometí a mi esposa que mañana celebraríamos nuestro aniversario de bodas a lo grande. Pero... bueno, tal como han salido las cosas, me parece que no sería ninguna fiesta agradable.

—Lo siento —dijo Barriman con voz que parecía realmente preocupada—. Es duro para los agentes de la ONU cuando se casan fuera de la Organización, ¿verdad? Bueno, voy a hacer esa llamada.

Se introdujo en la minúscula habitación contigua, dejando la puerta entreabierta. A oídos de Greville llegó el ruido del disco del aparato telefónico al girar y luego una queda voz.

—No —dijo él en voz alta—. No sería ninguna fiesta. No hay mucho que celebrar.

Y, como si sus palabras hubieran roto el sueño de Kathy Pascoe, la joven se movió un poco en su silla. Al moverse, ella se echó algo hacia adelante, y su brazo derecho cayó a un lado del asiento.

El movimiento hizo que la falda dejara sus piernas más al descubierto. Desde su posición, Greville podía ver plenamente sus desnudos muslos. Cuando se percató de que se había estado fijando en ellos durante un buen rato se sobresaltó al darse cuenta de que no se había limitado a, contemplar las piernas de una joven bonita con el

natural interés masculino. Había estado buscando en ellas señales de cicatrices de sueños felices.

¿Por qué se inyectarían normalmente en los muslos? ¿Sólo porque casi siempre estaban tapados? ¿Acaso porque eran más a propósito para inyectarse uno mismo la droga, ahora que a los niños se les enseña cómo hay que usar una jeringuilla para administrarse ellos mismos las vitaminas?

¿Por qué existía un rígido código entre los adíelos a la droga que mantenía un preció fijo imposible?

¿Por qué, habiendo en circulación tantas toneladas de estupefaciente, no podía la fuerza de policía de cada país y también las agencias de la ONU combinadas atrapar más que una pequeña cantidad de droga de vez en cuando?

¿Por qué existía tanta gente dispuesta a aceptar como buenas las fantásticas historias que contaban los Holmesitas, sobre la proyección sideral, la tele-transportación y el enlace entre los sueños felices v los «ungüentos volantes» usados por las brujas pura llevarlos a su reino de felicidad?

¿Y de dónde procedía la droga?

Bueno, si los expertos de la clase de Barriman se veían impotentes para contestar estas preguntas, no era probable que él lo hiciese. Cuando Barriman volvió diciendo algo sobre el horario de los aviones, de la mañana, Greville, muy cansado y súbitamente también deprimido, agradeció le llevaran a su dubitación.

CAPITULO VII

El insistente zumbido del teléfono lo arrancó de mi pesadilla. La única sábana que le cubría se había enredado en sus piernas; se despertó lo bastante para poder librarse de ella, alcanzó el teléfono y desconectó la cámara del mismo por si quien llamaba era una mujer.

Era Barriman y su figura se representó en la pantalla con una expresión de desaliento en el rostro.

—Greville, ¿puede ir al laboratorio esterilizado ahora mismo? —dijo con voz ronca.

Parpadeando, Greville replicó:

—Claro. ¿Qué ocurre?

—El chimpancé ha desaparecido… Tootsie, el que vio usted anoche… y ahora estamos tratando de averiguar cómo diablos pudo alguien sacarlo del laboratorio atravesando impunemente nuestros sistemas de alarma y cerraduras.

Greville estaba ahora completamente despierto exclamó:

—¡Cielo Santo! Pero… ¿en qué puedo servirle? No soy aquí más que un desconocido.

Una voz de alguien que no se veía en la pantalla dijo algo que Greville no pudo captar y Barriman contestó acalorado:

—¡Naturalmente! ¡Ahora mismo lo hago! —y prosiguió— ¿Greville?,

—Sí, le escucho.

—Mire, el único motivo que se nos ocurre sobre lo sucedido es que algún adicto, tal vez un Holmesita, penetró en el laboratorio. Y eso le atañe a usted directamente.

—En efecto —convino Greville—, Voy en seguida.

Cortó la comunicación y saltó de la cama. La camisa nueva que Barriman le había prometido aún no estaba en sus manos y la que había llevado el día anterior estaba todavía pegajosa. Se la puso sin remilgos, acabóse de vestir y salió corriendo a la calle. Se hallaba todavía algo adormecido cuando llegó al laboratorio.

Al parecer, mucha gente había llegado allí anti que él. Se metió entre dos coches amarillos de la ONU aparcados delante del edificio y se encontró frente a Barriman y Kathy Pascoe y otros dos hombres, a uno de los cuales reconoció en seguida. Hablaban todos entre sí con voz muy alta. Tenían que gritar para entenderse porque las puertas del laboratorio estaban abiertas mientras los técnicos comprobaban los

circuitos de alarma; los timbres de alarma sonaban una y otra vez, repetidamente, en tanto probaban los circuitos. Los monos, asustados ante aquella estridencia, empezaron a lanzar chillidos de desesperación, aumentando grandemente la confusión reinante.

Barriman cesó en su conversación al ver a Greville.

—¡Greville! —exclamó con cierto alivio—. Tal vez usted pueda aclarar todo esto. ¿Conoce al doctor Desmond? —Al decir esto dirigió la mirada hacia el hombre a quien Greville había ya reconocido por haberlo visto fotografiado; nadie podría equivocarse al ver el blanco penacho de pelo que coronaba la cabeza del director jefe del Instituto. Desmond parecía sentirse muy descontento, pero ello no era demasiado sorprendente en él.

—Y este señor es Joe Martínez, nuestro jefe de Seguridad —añadió Barriman señalando con un gesto al otro componente del grupo, un hombre alto, de cetrina piel, que debía frisar la cuarentena y que llevaba el uniforme de agente con la insignia de la llave cruzada en el cuello de la camisa.

Martínez alargó su tosca mano para estrechar la de Greville y sonrió mostrando sus blancos dientes que resaltaban en su curtida cara.

—Siento que le hayamos hecho levantar de la cama, pero necesitamos a toda costa nuevas sugerencias.

—Todavía ignoro lo que ha ocurrido —dijo Greville . Excepto que ha desaparecido el chimpancé.

—Tiene razón —dijo entonces Kathy, apartando e de la frente el descuidado pelo. Evidentemente, la joven acababa de salir de la cama, yéndose en derechura al laboratorio. Vestía un kimono que le llegaba a las rodillas y unas zapatillas—. Ha desaparecido y lo ha hecho a pesar de hallarse en una jaula convenientemente cerrada, provista de fuertes barras de acero, evadiéndose de este laboratorio esterilizado que no dispone de ventana alguna. Y, lo que es más, sin hacer funcionar los sistemas de alarma, que al parecer están en perfecto funcionamiento. —Miró significativamente a Martínez—. ¿Es así, Joe?

—En efecto —contestó el jefe de Seguridad—. Mis técnicos han revisado ya todos los circuitos, pero están haciéndolo otra vez para estar completamente seguros. Hallándose los sistemas de alarma en buen uso, nos vemos obligados a pensar que alguien se valió de las llaves adecuadas para introducirse en el laboratorio, llevarse a Tootsie de su jaula, cerrar ésta y también el laboratorio, saliendo al exterior sin que nadie advirtiese su presencia.

—¡Me es imposible creerlo! —exclamó vehementemente Barriman

—. Hay dos llaves para abrir el laboratorio esterilizado… la mía y la de Kathy… Sin contar lá que está guardada para su posible empleo en caso de incendio. Mi llave la llevo en el anillo, y esta mañana la encontré junto a mi cama, en el mismo sitio en donde la dejé anoche.

—Y aquí está la mía —dijo entonces Kathy, mostrando una fina cadena de oro que llevaba en e cuello. La noche anterior, Greville se había dado cuenta de la cadena, pero; como su extremo desaparecía bajo el escote de la joven, supuso que sujetaría alguna pequeña medalla. Pero no era así, pues colgaban de ella tres llaves—. Créame —prosiguió Kathy—. ¡Es imposible que nadie haya podido llevarse mi llave del laboratorio sin que yo me percatase de ello! Esta cadenita no me la quito de encima ni para lavarme ni cuando me doy una ducha.

—La opinión de Mike —dijo Martínez tras una pausa— es que puede haber sido algún Holmesita que entrara anoche sin ser visto con el propósito de realizar una hazaña publicitaria.

—Por esto le llamé a usted, Nick —dijo Barriman—. Se lo dije por teléfono, ¿verdad?

Sin razón alguna aparente, Greville recordó lo que Barriman le había dicho por la noche sobre algo similar con respecto a las ratas, que determinó el fin de de las series de experimentos que se llevaban a cabo en el laboratorio. Dijo entonces, como convencido, que si ocurría lo mismo otra vez sospecharía de una jugarreta publicitaria de los Holmesitas. Bien, aquí lo tenía.

Con peculiar inseguridad, teniendo en cuenta su delicada situación, el doctor Desmond se aclaró la garganta antes de decir:

—Temo estar algo confuso. ¿Quiere usted explicarse, Mike? —Miró de reojo al decirlo a Barriman.

Exhalando un suspiro, como si tuviese que hacer un esfuerzo para mostrarse paciente, Barriman dijo:

—Greville, le agradecería lo hiciese usted.

Desconcertado, Greville se volvió a mirar a Desmond.

—Claro —dijo—. Aunque yo pensaba… bueno, dejémoslo. —Le era difícil decir al director jefe que creía que ahora todo el mundo habría oído hablar de los Holmesitas.

—¡Alejémonos de este ruido infernal! —sugirió de pronto Kathy, y todos aceptaron la idea, separándose de allí lentamente, mientras Greville ponía en orden sus pensamientos.

—Esa idea de los Holmesitas cae muy bien, debo reconocerlo —comentó—. Me imagino están ustedes enterados de que se ha creado una larga mitología acerca de los sueños felices. Parte de ella, como el cuento de Johnny Happydreams, es para echarse a reír. Hay otra

parte, sin embargo, que hay que tomarla más en serio. En la oficina de Nueva York se reciben constantemente informes sobre personas qne han desaparecido. Pero raras veces nos molestamos en hacer averiguaciones, pues tenemos buen número de ellos. Cuando lo hacemos, nos encontramos invariablemente que la persona desaparecida es un adicto a la droga que ha ocultado el hecho a sus amigos o se mueve en un círculo, como ese grupo que ayer descubrí en Isolation, en donde se desenvuelven con la mayor naturalidad. —Se pasó la mano por la frente—. Una de las cosas más terribles de los sueños felices es ésta: la forma en que son aceptados por tanta gente como algo perfectamente normal.

»Lo que parece haber sucedido es que existe una… una manía. Es algo corriente en la policía, y esto desde hace probablemente más de una centuria, encontrarse con una sucesión de falsos estados amnésicos siempre que ocurre algún caso espectacular de amnesia verdadera... bien por parte de personas que se acogen a esta excusa para desaparecer anónimamente durante algún tiempo o bien se trata de una esposa histérica que no tiene noticias de alguien y llega a la conclusión de que ha perdido la memoria.

»Eso mismo ocurre aquí. Los irrazonables rumores acerca de la desaparición de personas han llegado a un extremo tal que cuando un adicto a los sueños felices decide que no puede resistir más la vida real y deserta de su empleo, de la familia y de todos los lazos normales que le unen a la sociedad, alguien se imagina que se ha esfumado en el pleno sentido de la palabra. El gran número de suicidios hace las cosas todavía más complicadas pues muchísima gente está dispuesta a hacer lo imposible con tal de no admitir el suicidio de un familiar, un amigo o cualquier conocido.

Habían llegado a un lugar lo bastante alejado del laboratorio para que su conversación pudiera continuar en un tono normal; Greville se detuvo y los demás le rodearon, todos pendientes de su palabra. Greville observó que Desmond parecía sentirse todavía bastante triste.

—Pues bien, cuándo se llega a tener una atmósfera de ansiedad como ésta, con rumores propalándose de una parte a otra, a la corta o a la larga, alguien tiene que aprovecharla. Acostumbro a establecer un paralelo entre esta situación y la que ocurría en el siglo pasado con la tontería de los platillos volantes. La gente veía aparecer cosas en el firmamento que no podía explicarse y llegó a la conclusión de que debía tratarse de naves interplanetarias. No pasó mucho tiempo antes de que los oportunistas dijeran que tenían pruebas de ello. Se contaron tantas historias contradictorias sobre cosas de Marte y Venus

que era lógico pensar que la gente se volviera suspicaz. Pero un buen número de personas se tragaron todos los cuentos, a pesar de su poca consistencia.

»Un experto en estas cuestiones es un individuo llamado Holmes, que apareció en Los Angeles hace cosa de un año con una teoría «sui generis» que explicaba esas desapariciones. Invocaba un paralelo con los «bálsamos volantes» empleados por las brujas para llevarlos a sus Sábados… pero se ha demostrado que la sensación de elevarse en el aire es debida una ilusión que promueven los ingredientes alucinadores que contiene el bálsamo en cuestión. ¿Pero de qué tenía él que preocuparse? Continuó con sus divagaciones sobre la proyección astral y la transferencia física y Dios sabe qué más, y fue divulgando estas tonterías peligrosas a quien estaba dispuesto a escucharle.

»Puso punto final a sus historias amañándose su propia desaparición, dejando que sus leales discípulos se imaginaran que había alcanzado su apoteosis y que dejaba el camino expedito para que ellos hiciesen lo mismo. Apuesto cualquier cosa a que el muy granuja está viviendo ahora en el anonimato a cuenta de los beneficios obtenidos, pues, como cualquier falso predicador, no despreciaba los donativos de sus seguidores, y ahora debe estar riéndose a mandíbula batiente del cretinismo de la gente. Pero todo esto ha traído de cabeza a nuestro Departamento, ya que la ciega aceptación de las teorías del tal Holmes por parte de muchas personas —que son sensatas en otros aspectos— las arrastra a convertirse en adictas a los sueños felices. En cuanto a la distribución de la droga, hemos llegado a la conclusión que debe efectuarse por medio de una encubierta cadena de Holmesitas. Esta es nuestra mejor teoría.

—¿Por qué la llama su «mejor teoría»? —inquirió Kathy.

Greville parpadeó antes de contestar:

—Francamente, porque no es más que… teoría. Hemos estado observando á los Holmesitas hasta perder la paciencia,’ pero jamás hemos podido demostrar que trafican con sueños felices. Muchos hemos hecho reaparecer, y conocemos otros tantos que no son Holmesitas declarados, pero ahora hay tantos que ya son demasiados para que nos preocupemos en regenerarlos. Es preciso que descubra mos la cadena de suministros, pero hasta ahora no hemos tenido éxito.

Se pasó de nuevo la maño por la cara.

—Siento haber estado hablando tanto tiempo terminó bruscamente.

—No, ha sido muy interesante —dijo Barriman

—¡Sí! ¡Muy interesante!'—confirmó Desmond. Se volvió cara a Barriman—. Pero Mike, temo no ver la directa relación... —Se calló, pasándose la mano por el espléndido mechón de pelo de su cabeza,

—Mire —dijo Barriman pacientemente—. Desde el punto de vista de un Holmesita, la desaparición de Tootsie... al sacarla de esta forma del laboratorio... sería algo doblemente provechoso. Cuanto más tiempo nos veamos imposibilitados de continuar nuestro estudio sobre los sueños felices, más tiempo tiene el mito Holmesita para sus fines. Y, en segundo lugar, siempre habrá estúpidos crédulos que, cuando se enteren de ello, dirán que es una prueba indiscutible de las teorías de Holmes.

Desmond alzó la cabeza, cayeron sus brazos y con fiera mirada dijo con súbita y autoritaria voz:

—¡Comprendo! Martínez... ¿qué opina usted?

El de Seguridad dijo lentamente:

—Se ajusta, pero hay un inconveniente... no, dos cosas en contra. Perdimos previamente unos cuantos animales bajo experimento. ¿Se enteró de ello? —preguntó mirando a Greville, y éste asintió—. Pensamos entonces que sabíamos quién era el responsable pero, o bien nos equivocamos y la misma persona ha realizado el truco por segunda vez o es que tenemos un sucesor. El segundo inconveniente es que dicha persona debe ser presumiblemente adicta a la droga, y estoy seguro, sin que casi me quepa duda alguna, de que no contamos en nuestra plantilla con ninguna de ellas. Ciertamente, alcanzamos el millar, pero aún así estoy dispuesto a apostarlo.

—¿Cómo identifican ustedes a los adictos? —preguntó Barriman a Greville.

—Generalmente, el individuo que trafica con la droga no es adicto a ella. Pero hay que decir que los sueños felices no son una droga ordinaria. Pues bien, aparte de atraparlos con su ración encima, el único modo que conozco de identificar a un consumidor de sueños felices es por las cicatrices que presentan en la parte interna de los muslos. La droga provoca una ligera irritación... como una excoriación. Se les descubren en la piel líneas paralelas de cicatrices, luego antiguas postillas, después otras nuevas. Un adicto que se haya estado suministrando la droga durante cosa de un año —al parecer no duran mucho más que este tiempo— y que se administre una inyección cada tres días, habrá empezado a ponérselas en el muslo en que empezó una segunda vez.

Mientras hablaba se le representaban las piernas con sus cicatrices de la muchacha de Isolation. Halda calculado cuando la vio que debía

estar suministrándose la droga desde hacía unos seis meses; ahora, tan vividos eran sus recuerdos, casi podía contar las señales en su piel. No eran seis meses... más de diez. Tenía marcas en ambas piernas.

Martínez se mordió los labios. Dijo:

—No sé cómo pueden mantenerse aquí secretas las señales. Este verano ha sido tan caluroso que, prácticamente, todo el mundo ha ido a la piscina; yo mismo la frecuento continuamente. Creo que podría contar a todo el que no va y hacerlos desfilar en mi despacho tal como vinieron al mundo. Perdóneme, Kathy.

—El empleo de la inyección en el muslo parece ser accidental —dijo Greville—. Á todos los chicos se les enseña actualmente cómo hay que hacer uso de la jeringuilla... principalmente para administrarse vitaminas, cuando la dieta es pobre... y el muslo es un sitio conveniente. Debe ser a causa del hábito.

Se presentó entonces uno de los técnicos que habían estado trabajando en las puertas del laboratorio y Martínez le preguntó:

.—¿Está terminado?

—Sí —dijo el técnico, que parecía estar desconcertado—. Los sistemas de alarma están en perfecto orden, jefe. No han sido tocados desde la última inspección trimestral, comprendiendo la alarma nocturna.

—Pero... —empezó a decir Martínez, y se calló, en seguida, mordiéndose de nuevo los labios. Al parecer era un hábito nervioso en él—. Había supuesto que no estaría conectada. Kathy, ¿estuvo usted anoche muy cansada? ¿Pudo haberse olvidado de conectar la alarma nocturna cuando cerró?

Barriman intervino entonces acremente:

—Yo estaba aquí cuando ella llamó al vigilante nocturno para decirle que conectara la alarma en su caseta de vigilancia. ¿Se pudo haber olvidado de hacerlo?

Antes de que Martínez pudiese replicar, Kathy dijo:

—No, yo no me olvidé, ni él tampoco. Llamé a la caseta de vigilancia cuando me desperté para decir que venía aquí al laboratorio y ellos hubiesen desconectado la alarma. Si no funcionase, se hubiesen dado cuenta.

—El sistema de alarma nocturno... ¿qué es? — preguntó Greville.

—Un circuito que pasa por la cerradura de la puerta —explicó Martínez—. El último que sale del laboratorio... que generalmente es Kathy Prescoe, aquí presente... llama al vigilante y le dice que cierva otra llave por su parte. Esto significa que incluso si se abre la puerta con una llave la alarma suena. Y, si no se dispone de una llave,

entonces se producen cuatro alarmas.

Greville estaba pensando que si oía mucho más be esto empezaría a creer que los Holmesitas tenían algo de realidad.

Al parecer, a Desmond le ocurría lo mismo, pues se volvió cara a Barriman y le dijo:

—¿Y qué me dice del hombre de quien antes sospechó, de aquel que usted me pidió trasladase a les Angeles?

Barriman se mostró desconcertado. Martínez, dirigiéndole una mirada que parecía pedir disculpas, dijo:

—Ese está descartado, doctor Desmond.

—¿De quién se trata? —preguntó Greville.

Se estableció un momento de silencio. Luego, Kathy, con un cierto resquemor, dijo;

—Un hombre llamado Franz Wald. Tuvo una discrepancia con Mike. Mantenía una teoría sobre la acción de los sueños felices eñ el cerebro y Mike temía que se tomara en serio su teoría.

—Eso no me ha gustado, Kathy —dijo Barriman—. Ese hombre estaba más interesado en que hubiese sueños felices a su disposición que en es-i odiar sus efectos.

—¿Era adicto? —inquirió Greville.

—Nadie pudo probarle nada en contra —dijo Martínez con un expresivo gesto—. Fue trasladado a pesar de todo a la costa, y no ha vuelto aquí—. Enmudeció, sacudido por un súbito pensamiento—. Mike, ¿qué hay de ese envío de sueños felices que llegó ayer? ¿Estará seguro, verdad?

Barriman palideció.

—¡Espero que sí! Está bien guardado, pero voy a cerciorarme

—¡Hágalo! —espetó Martínez—. ¡Y métalo en la caja fuerte de la caseta de vigilancia! Si existe la menor duda de que entre la plantilla del Instituto pueda haber un adicto, será mejor que quede bajo llave, y usted puede retirar de allí lo que necesite.

Barriman asintió y se abrió camino entre los del grupo. Desmond se aclaró la garganta y echó un vistazo a su reloj.

—Bueno, me espera el almuerzo —dijo con naturalidad—. Ya me informarán de los resultados que obtengan, ¿verdad?

Martínez asintió y Desmond sonrió a los otros y se encaminó hacia los coches aparcados, cerca. Se introdujo en el más grande y lo puso en marcha.

—No parece usted sentirse muy impresionado con nuestro director jefe —dijo Kathy a Greville en voz baja. Greville se dio cuenta entonces de que era muy temprano, lo bastante como para sentir frío;

estaba temblando

Haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Es auténtica esa «esta que se le ve en la cabeza?

—El cabello lo es —contestó Martínez con torcido gesto, con tono de voz que denotaba disgusto Greville se encogió de hombros

—Bueno, de todos modos —dijo Greville—, parece que tiene usted aquí un problema que pertenece claramente a la Seguridad. Siento no poder i formarle de algún modo fácil de atrapar a los adictos a los sueños felices, pero no son de la clase ordinaria de drogados. Raras veces hacen algo más a ti-social que retirarse a la soledad, poco antes di desaparecer… —y en su imaginación, ridículamente, surgieron brillantes las palabras: *Isolation, Kansas* y *desaparecer de un local a prueba de robo*.

Martínez frunció el ceño.

—Me sorprende que tengan ustedes tan poca fortuna. Supuse que esa buena partida de polvo que trajo usted aquí… ¿media libra, verdad…? se la decomisaron a un traficante.

—Pues no, no fue así —contestó Greville con amargura—. Uno de nuestros hombres de Nueva York la encontró en el dormitorio de su hija. Gracias a Dios, la chica no estaba muy enviciada, pero todavía no saben cuándo podrá abandonar el sanatorio.

—¿Y qué ocurre con esas personas? Me refiero a los nuevos, adictos a quienes se les corta su suministro.

—Soy solamente un agente —repuso Greville—. Pero, según tengo entendido, el hábito desaparece fácilmente cuando sólo se han administrado una o dos dosis… aunque no hemos tenido muchos casos así, y alguno de ellos ha vuelto a caer en el vicio. Después de media docena de dosis, es muy doloroso el proceso de rehabilitación y hay que tener a la víctima con continuos sedantes, a veces durante semanas enteras. Unas veinte dosis más y queda muy poca esperanza de que el adicto recupere la salud.

—Una cura peor que la enfermedad —dijo Kathy.

—Puede usted decirlo.

—¿Y cuántas dosis se necesitan para que pierdan, su rumbó y abandonen sus hogares y la familia, como usted dijo?—prosiguió Martínez.

—¿Mas de un centenar, verdad? —sugirió Kathy mirando a Greville.

—Sí, más o menos. Supongo que la media libra que traje sería suficiente para que un adicto siguiera todo el curso, de cabo a rabo.

—Y esto tratándose de la administración de la droga mediante

inyecciones en el muslo —comentó Kathy—. Me sorprende que no se inyecten directamente en la arteria carótida… pues parece un medio más lógico de aprovechar el dinero.

—Esta es otra de las cosas extrañas de los consumidores de sueños felices —dijo Greville—. Además, aparentemente existe un abastecimiento ilimitado del polvo… y no se presenta el caso de la normal presión económica contra el adicto que le arrastra al robo para poder comprar más. Desde el primer momento en que nos tropezamos con la droga, el precio de la misma ha permanecido invariable, a un nivel al que todo el mundo puede llegar.

—Todavía puedo contarles algo más raro —dijo Kathy tras una pausa—. Suponiendo que los sueños felices se originen en la naturaleza y solamente requieran su refinamiento, el cálculo aproximado por onza con un noventa y nueve por ciento de pureza sería de cinco o seis mil dólares. Y, de sintetizarla, costaría el doble. ¿Quién saca beneficio a dos dólares la dosis?

—Nadie —dijo Greville con amargura—. Crece en los árboles que Johnny Happydreams plantó como un servicio público. Esta es la única explicación razonable.

CAPITULO VIII

Cinco o seis mil dólares la onza —si todo lo que tiene que hacerse es extraerla de alguna fuente natural purificarla y reducirla a polvo seco. Y el precio de coste para el consumidor, suponiendo un centenar de dosis en media libra, a dos dólares la dosis, supone algo así como veinticinco dólares por onza. Sí estaba en lo cierto. Era algo insensato.

¿Y de qué «fuente natural» saldría? Cuando Barriman dijo que tal compuesto solamente se podía producir de forma natural en la parte frontal del cerebro de los mamíferos perfectamente organizados, no lo expuso porque sí: era uno de los doce mejores entendidos en bioquímica del mundo y en cuanto a su especialidad de la química del sistema nervioso, nadie le igualaba.

Esa fuente natural... ¿podría existir fuera de la Tierra? Greville consideraba una y otra vez esta idea. Pero seguramente alguien más lo habría pensado. No sería en Marte; la Quinta Expedición a Marte, a su regreso el año anterior, no había aportado más que detalles complementarios que sumar a los de previas expediciones. Marte era un mundo moribundo. La Segunda Expedición a Venus estaba todavía en órbita alrededor del planeta, captando con el radar la conformación de su superficie. Y la forma de vida más desarrollada de la Luna era el personal afecto al Observatorio Tycho…

Mientras el turborreactor se disponía a tomar tierra, la mente de Greville bullía de recuerdos. Aparecía vívida en su imaginación la figura de de la muchacha de Isolation mostrando desafiante sus señales en las piernas y Kathy Pascoe, durmiendo cual una niña en la silla de Barriman...

Y Leda, seis años atrás. Alegre.... orgullosa de ser la esposa de un agente de la ONU.

Era portador de un informe confidencial de Barriman sobre la desaparición del chimpancé. Pensaba, en la tristeza que le embargaría al llegar a su apartamento y encontrarlo vacío, sin que nadie saliera a recibirle... pues no dudaba de que Leda cumpliría su promesa y abandonaría su hogar. Había consentido en hacer entrega del informe aunque oficialmente estaba hoy de permiso. Pero ahora era ya demasiado tarde para retractarse y los crueles pensamientos acuciaban su mente.

«¿Y si a pesar de todo estuviese ella en casa? ¡Esperándome! Hace ya seis años. Se cansó de esperar. ¡Imposible!».

«Lo imposible ocurre a veces. Hoy mismo has tenido la prueba».

Pero no quería permitirse la esperanza, ni siquiera soñar. Su piel rezumaba el calor estival... era mucho peor en Nueva York, bochornosa y cerrada como un baño turco con veinte millones de clientes… y tuvo que resistir la presión de la multitud que llenaba el ferrocarril subterráneo, las miradas insultantes hacia su uniforme, el insulto que hería profundamente su orgullo, aunque hubiese habido antes cientos como él y viniesen detrás otros cientos y cientos...

El Departamento de Narcóticos estaba situado en Queens, a prudente distancia de los alojamientos de los de la ONU, en donde Greville moraba, pero a gran distancia caminando por atiborradas calles y «metros» desde cualquier parte. O al menos parecía ser así. Tal vez fuese una ilusión.

«¡Un nido de hormigas!», se dijo Greville emergiendo como un corcho entre el torrente humano que salía de la boca de la estación subterránea.

Una vez hizo entrega del informe, decidió irse a casa caminando. Pensó que no tendría fuerzas para enfrentarse hoy de nuevo con el ferrocarril subterráneo, aunque bien sabía que esto era la racionalización. Se decidió a ello armándose de valor, negándose a perder la esperanza, con la determinación de esperar lo peor y no sentirse frustrado.

Ella no le esperaba.

El apartamento estaba a oscuras cuando él entró. No estaba en marcha el aire acondicionado y aquello parecía un horno. Cuando dio vuelta a la llave se encendió la luz, pero no funcionó el acondicionamiento de aire. Poca energía eléctrica. ¡Cielos, qué mundo! Pero el circuito que suministraba a la refrigeradora todavía tenía corriente y pudo tomarse una cerveza fría y luego una ducha con muy poca agua. La presión del agua era muy escasa.

Una vez se secó no tuvo valor para vestirse y recorrió el apartamiento buscando los circuitos eléctricos que todavía tenían corriente. Todos estos apartamentos disponían de diez circuitos, cada uno de ellos con un número diferente de ciclos por secundo; unos ingeniosos fusibles en diversos aparatos hacían que sólo pudiesen ser empleados en un circuito particular. Esta noche, él, y los demás, tenían a su disposición la refrigeradora, pero no aire acondicionado, la Televisión, mas no el fonógrafo, la, luz del techo, pero no la de las paredes. El reloj eléctrico se abastecía del circuito alto y funcionaba v parecía estar burlándose de él desde la pared.

Y también la foto a todo color de Leda y él, del día de su boda, se ofrecía burlona a sus ojos. Leda la había quitado de su sitio de

costumbre dejándola en una mesita. El la levantó, medio esperando que hubiese debajo una nota. Pero no la había. Volvió el cuadro automáticamente a su antiguo lugar.

Llamó a la planta-baja, a la cocina, y pidió cena para uno. Cuando la recibió, no pudo cenar; se tomó otra cerveza y sentóse en un sillón.

¿Adónde había ido a parar su matrimonio? ¿Dónde estaba el chimpancé? Intentó centrar su atención en los otros problemas para apartarla de sus asuntos personales y se esforzaba para que sus pensamientos no volvieran a caer en su personal infortunio. Una especie de anestesia. Empezó a murmurar las palabras clave.

¿Se escapó? Pero grupos de voluntarios habían recorrido las inmediaciones del laboratorio antes de que él subiese a bordo del aparato en Pueblo; ya entonces todo el Instituto había sido registrado palmo a palmo. A todo el personal se le había interrogado. Todos los sistemas de alarma estaban en urden.

¿Se había esfumado? (Casi podía oír el sarcástico tono de voz de Lumberger) ¿Acaso el animal se habría reducido al tamaño molecular pasando entre los cristales de las paredes cual electrón migratorio?

Los registros de sonido habían funcionado perfectamente durante toda la noche. Según ellos, Tootsie había estado presente hasta las doce y dieciocho minutos. A partir de este momento, ningún sonido, excepto el rumor del circuito. Para los contadores, Tootsie había simplemente dejado de existir.

Desearía poder dejar de existir.

Si Barriman estaba en lo cierto al afirmar que se trataba de un golpe de los Holmesitas, era en verdad un buen golpe. Nada mejor que una cosa así podría aumentar el prestigio de las insensatas teorías cultistas de su doctrina. Indudablemente, a estas horas los rumores se habrían divulgado entre los crédulos v serían considerados como pruebas evidentes Y no eran los discípulos del culto los que representaban el peor problema: eran los incontables millones de personas que creían a medias en el culto los que creaban el peligro. Un hombre puede escribir un libro, como por ejemplo sobre los platillos volantes; veinte o un centenar pueden llegar a rendirle culto; cien mil o más tal vez lean su obra u oigan hablar de ella y sentirse tentados a aceptarla. Lo mismo ocurre con los Holmesitas

No le gustaba pensar qué situación se presentaría si todos estos convencidos a medias se convirtiesen en nuevos prosélitos. El luchar contra la oculta red de adictos a la droga era bastante difícil. La lucha contra un millón de fanáticos a una doctrina horrible sería imposible.

No era posible declarar fuera de la ley a los Holmesitas. No podía

hacerse simplemente por el hecho de que creían que un hombre había alcanzado la apoteosis. Tal vez si se demostrase que traficaban con sueños felices...

Su mente divagaba. El reloj burlón dio las diez campanadas de la noche, las once, luego las de medianoche. Poco después unas grises nubes envolvieron la mente de Greville y se quedó dormido en la silla.

¿Energía...?

No, en un lugar como éste no iba a haber enerva por ahora. Se tendría: energía solar, quizás o energía obtenida del agua. Pero había bastantes recursos naturales (¡pero no ilimitados... había que recordarlo!). El fuego era la llave que daba acceso a ellos y podía obtenerse por el método salvaje de frotar un palo duro contra el podrido tocón de un árbol.

Después del fuego, lógicamente, venía la alfarería. La buena arcilla se formaba en las orillas de los ríos. Naturalmente, en el río había peces... buena comida aun cuando monótona. La carne era más difícil de conseguir; los peces podían ser atrapados en lugares adecuados con astucia y rapidez de movimientos, pero para coger a un animal de buen tamaño se necesitaba preparar un hoyo en el suelo allí donde acostumbraban a pasar y esto representaría una dura labor sin las herramientas adecuadas. En cuanto a la caza, podría haber lanzas, naturalmente, pero llevaban consigo mucho peligro. Los arcos y las flechas serían mejor, pero hasta el momento no iba a haber arcos. Las cuerdas hechas de lianas se rompían con suma facilidad; una cuerda buena significaba hilatura. Sin embargo, llegaría. Había mucho tiempo.

Las puntas de las flechas no eran problema. El cobre era el primer metal; el manufacturarlas sólo reclamaba arduo trabajo y paciencia, con el empleo de piedras a modo de yunque y martillo. Pero finalmente habría fraguas adecuadas y hornos para derretir el metal alimentados con carbón vegetal y luego con carbón de piedra; aparecían los especialistas con técnicas especializadas, y la división del trabajo. Entre tanto, el tiempo era bueno y se disponía de comida adecuada, de buen cobijo y de buena agua. El nombre podía vivir así.

En la imaginación de Greville se produjo de pronto un chispazo de conciencia que relució como una luciérnaga. En otro recoveco de su mente apareció una especie de panorama paisajístico en el cual las palabras formaban un comentario. El tocón podrido. La arcilla. El agua del rio con sus salidizas rocas rompiendo la corriente. Las vetas de cobre virgen en las hendidas peñas...

Y también habría cosas lujosas, lo mismo que básicas, y no sería preciso esperar para algunas de ellas. Por ejemplo, habría bellísimas flores que a montones crecían a orillas del río; Eran inconfundibles. Sus colores ofrecían un reluciente *varm*.

Sintió un súbito estremecimiento, pero sus ojos continuaron cerrados y trató de mantenerlos así, con la intención de permanecer más tiempo pendiente de la visión. ¡Varm! ¡Era un, nuevo color lo que se ofrecía a su vista... un color que no era rojo, o violeta, ni azul o amarillo... ni nada!

¡Un nuevo color!

—Bueno, señor Alto y Poderoso agente del Departamento de las Naciones Unidas Nicholas Greville... —dijo una voz tensa y creciente a su lado—. ¿Y bien?

Trató desesperadamente de hacer caso omiso del aquellas palabras, de sustraerse a los lazos que le arrastraban a un mundo en el cual no existía este color... pero abrió los ojos.

Leda se hallaba sentada delante de él, sonriente. Estaba desnuda... pero no como si hubiese salid de la ducha sin preocuparse de la ropa, sino deliberadamente desnuda como una artista de *strip-tease*, la cara maquillada, todavía con un collar en el cuello y brazaletes en ambas muñecas y calzada con elegantes zapatos cromados con altos tacones de cristal. En su brillante cabellera jugueteaba la luz arrancándole destellos verdosos. También relucían las uñas de sus manos... y las de los pies.

Greville sacudió la cabeza y se incorporó con un esfuerzo. La sonrisa sin gracia de Leda continuaba en aquellos labios. Pensó decirle cien cosas. Ninguna de ellas parecía contener nada de importancia.

Ella esperaba que él hablase, con un destello burlón en los ojos. Tras un silencio que duró casi una eternidad, ella dijo con falsa voz:

—¿Te gustó? ¡A mí sí!

—¡Sí me gustó! —exclamó violentamente Greville. Miró al reloj de pared y vio que eran casi las siete. Tenía los ojos doloridos, como si no hubiese dormido durante una semana.

—¡Sí me gustó! —dijo otra vez—. ¿Qué es lo que me iba a gustar? ¿Encontrarme perdido a millas de cualquier punto, sufriendo un calor infernal, imposibilitado de regresar como prometí hacerlo? ¡Oh, claro, lo pasé estupendamente!

Intentó encontrarse con la mirada de su esposa, pero no lo consiguió y sus ojos se posaron en las ropas que ella había dejado en el suelo, junto a su silla: una blusa oro y blanco, una falda de tubo blanca y un sostén combado por el uso.

—Ya lo ves, esas son mis ropas —dijo Leda con desenfado—. No llevo nada puesto.

Una especie de mareo se apoderó de Greville. Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y ocultó la cara entre las manos.

—¡Oh, no dejes de mirarme! —dijo Leda con una nota de triunfo en la voz—. Tengo algo que enseñarte, Agente de Narcóticos, Greville. ¡Mira! ¿Qué crees que es esto?

La mano de ella cayó sobre las de él… Unas afiladas uñas se le clavaron en las palmas de sus manos y se las separaron del rostro. Leda habíase alzado de la silla y estaba ahora delante de su esposo, mostrándole la desnuda pierna… respirando jadeante con violenta excitación.

—¡Mira! —exclamó entre dientes, y con el índice señaló una mancha del muslo.

Por un momento, el mundo entero giró alrededor de Greville, dando vueltas como si aquella mancha fuese el centro de todo, lo único que estaba inmóvil. Y entre el caos en que se vio sumido vislumbró la única verdad, la horrible y pavorosa realidad…

—¡Oh, Dios mío! —dijo lentamente, casi llorando las palabras—. ¿Tú? ¿Tú también?

—¿Qué quieres decir… con eso de ¿tú también? —y se irguió de forma que la redonda mancha quedó oculta—. Tú, señor Agente Greville del Departamento de Narcóticos, me debes cinco dólares, que, según tengo entendido, es el precio corriente. Por eso te pregunté si te había gustado.

Leda echó entonces la cabeza hacia atrás y rompió a reír… artificialmente, de un modo aterrador. Con aquella risa siniestra lacerándole los oídos, Greville se dio cuenta que estaba mirando hacia abajo, como impulsivamente. En su campo visual apareció su muslo. Su propio muslo. Y en él descubrió, una pequeña marca redonda.

Sólo una. Pero tan mortífera como la primera llaga en la piel de un recién infectado leproso.

CAPITULO IX

—¿Y bien? —dijo Leda, tras una pausa,. con un retintín de descontento en la voz—. Bueno, ¿es que no te vas a portar como un buen chico de Narcóticos y me vas a llevar a dormir?

Se puso al decir esto las manos sobre las caderas, echó atrás los hombros y miróle casi amenazadoramente.

—¿Dónde lo conseguiste? —preguntó Greville con tono preocupado.

Leda empezó a reír con una risa sin gozo, giró sobre sus talones y se encaminó canturreando algo hacia una mesa en donde había un paquete de cigarrillos. Cogió uno y lo encendió.

—¡Eso es asunto mío! —exclamó y soltó una risita histérica—. Sí, querido... es puramente un asunto mío. Tenía que celebrar nuestro aniversario con alguien... ¿no es cierto? Oh, nos reímos muchísimo pensando en ti, mientras te hallabas encajonado en cualquier lugar del Oeste. Y nos reímos mucho más cuando se nos ocurrió pensar que eres un agente de Narcóticos.

El remolino que giraba en la cabeza de Greville iba deteniéndose. De pronto dijo con voz qué sonó como el trallazo de un látigo:

—¿Habrá sido seguramente idea de tu amigo el inyectarme una dosis, verdad?

—De ningún modo —dijo Leda, y se sentó en el borde de la mesa con el paquete de cigarrillos en la mano, sonriendo como un pequeño diablo—. Fue idea mía. Toda mía.

—Dame un cigarrillo —dijo Greville y se levantó. Ahora que estaba enterado del pinchazo de la pierna sentía un dolorcillo en ella, como si hubiese sido un alfilerazo.

Leda movió negativamente la cabeza.

—No... ven y cógelo tú mismo si lo quieres.

Greville no intentó discutir. Pasó junto a ella como si no existiese, cogió el cigarrillo, se lo puso en la boca y alcanzó el encendedor de la mesa. Una expresión de asombro asomó en el rostro de Leda; contempló cómo él aplicaba la llama al cigarrillo, volvía ¡a dejar el encendedor en la mesa y se alejaba de ella.

—¡No! —dijo ella con súbita vehemencia y le cogió por un hombro con temblorosa mano—. ¡Mírame! ¡Vuélvete y mírame!

Greville obedeció, el rostro blanco como el de una estatua. Leda estaba erguida, anhelante, y sus ojos se encontraron con los de él.

—¿Es que no vas a decir nada? —demandó ella—. ¿Es que no

comprendes lo que te digo? ¡Mírame! ¡Contémplame! ¿Es que no sabes cómo soy? Le cogió una mano entre las suyas y apretó sus dedos contra ella—. ¿Lo recuerdas ahora? ¿Sí? ¡Pues él me besó aquí... y aquí y aquí...!

Su voz se ahogó en un gruñido y sus labios temblaban mientras los ojos buscaban la reacción de su esposo.

—¿Qué eres tú? —dijo al fin ella con un trémulo murmullo—, ¿Un ser humano o una máquina?

—No me importa lo que hayas podido hacer con otro —contestó Greville secamente.

—¿Pero es que no estás celoso? —dijo Leda retrocediendo un vacilante paso, hasta tocar bruscamente la mesa. Su última palabra contenía un grito de desesperación.

—¿Y por qué había de estarlo? —replicó Greville. Tenía ahora la mente clara y serena, cual una vasija de cristal llena de límpida agua —. Podría sentirme celoso de lo que hiciera mi esposa. Pero no me casé con una adicta a los sueños felices. No tomé por esposa a una zangarilleja capaz de entregarse a un miserable vendedor de drogas... algo más bajo y ruin que una bestia con características humanas. No te conozco. Eres una extraña. ¿Qué haces en mi casa?

Leda se ocultó la cara entre las manos y rompió en histéricos sollozos, gemidos inarticulados que infundían pena. El cigarrillo ardía entre sus dedos. Mechones de su cabellera brillante revoloteaban sobre su frente.

—¡Mira lo que me has hecho hacer! —gimió acusadoramente, y Greville se dio de pronto cuenta que tenía ganas de echarse a reír. Pero no podía hacerlo. Por mucho que lo desease, le era imposible. Esperó a que cesara de lloriquear.

Al fin ella bajó las manos, inspiró profundamente y clavó en él una mirada que pedía compasión.

—¿Qué...? —empezó, a decir y tuvo que callarse, tragar saliva y empezar de nuevo—. ¿Qué es lo que piensas hacer?

Greville se encogió de hombros.

—Una dosis no significa habituación. O al menos no es suficiente. Me pondré en tratamiento. En cuanto a ti, lo que hagas me tiene sin cuidado.

Ella no estaba todavía convencida. La sombra de su expresión favorita, la sonrisa aniñada,, cruzó su rostro.

—¿He sido mala, verdad? —Greville sintió asco al verla ahora claramente.

—¡Me tienes sin cuidado! —repitió rudamente. Se volvió, pero ella

le siguió, presa de pánico, y le cogió de un brazo.

—¡Nick, Nick! ¿Lo dices para asustarme, verdad? ¡Por eso, claro, lo haces para asustarme! —Ahora en su voz había un desgarrador tono de temor, porque había comprendido que no podría convencerle, que él no querría salvarla arrancándola de su vicio.

—¡Déjame! —dijo Greville, y, al ver que ella no le soltaba el brazo, se soltó de un tirón—. Has tenido tu oportunidad de aprender a vivir, Leda. Fuiste demasiado perezosa y egoísta para hacerlo. Ahora te has portado como una niña y tendrás que cuidarte tú misma.

—Dios te lo tendrá en cuenta —exclamó ella—. ¡Él te castigará, Nicholas Greville! —Sus labios estaban trémulos. Por el modo en que temblaban sus mejillas, él pensó que intentaba deshacerse en lágrimas; con frío desapego, vio que ella no lo conseguía. De pronto ella también se dio cuenta de ello y abandonó su intento y se decidió por gritarle.

—¿Esta ha sido siempre tu forma de ser, verdad? ¿Qué otra cosa podía yo esperar de ti? ¡No has pensado nunca más que en ti mismo. ¡Te casaste conmigo sólo porque te gustaba! ¡Nunca me diste distracción! ¡Eres un estúpido, un hombre sin alma, un animal egoísta!

—Ya has conseguido distraerte —replicó Greville glacialmente—. Tú lo has querido.

Arrojó la colilla del cigarrillo y se encaminó hacia el dormitorio. Leda le siguió, gimiendo y tratando de sujetarlo. Pero él se deshizo de ella.

—¿Adónde vas? —gritó ella—. ¡Nick!

Greville se vistió y se calzó.

—Ya te lo dije —contestó—. Voy al Departamento para someterme al tratamiento.

—¡Pero no me puedes dejar así, Nick!

—¿Por qué no? —Sé sentó en el borde de la cama para atarse los cordones de los zapatos. Despectivamente, deseó que los zapatos del Departamento fuesen más apropiados para desafiar el calor veraniego.

—¡Porque tienes que ayudarme, Nick! —Ella estaba ahora a su lado, golpeándole, clavándole las uñas, desesperada, tratando en vano de romper su granítica decisión—. ¡Yo no tuve la culpa de esto! ¡Lo hice porque no viniste a casa como prometiste! ¿Me oyes? ¡Tienes que comprender! ¡Nick! ¡Por amor de Dios, Nick, te quiero! ¡Te quiero!

Él se detuvo en el segundo cordón, volvió el rostro y la miró durante un momento. No pronunció palabra. Luego continuó atándose el zapato.

—Nick, no fue culpa mía, yo no lo quería hacer, pero ya no es

posible gozar esta vida. Todo está escaso, muy escaso, y no hay diversión y apenas te veo y me siento muy triste porque siempre estás ausente e incluso cuando estás conmigo no eres el de antes y parece que no te cuidas de mí ni quieres hacer nada por mí...

El cortó el histérico flujo de palabras al levantarse.

—Escucha —dijo él con la voz más calmosa que pudo conseguir—. Estoy haciendo por ti más de lo que tú te mereces. Fue idea tuya... tú misma lo dijiste. Por derecho debiera arrastrarte conmigo hasta el Departamento y entregarte para que ellos te obliguen a confesar dónde obtuviste la droga, y así tal vez consiguiéramos enterarnos de quiénes son los que la venden... pero no lo voy a hacer, porque no creo que pudiera dejar de pensar que lo había hecho por venganza. De todas formas, creo que soy loco al no hacerlo. Pero hace seis años que me casé contigo y sé que no eres mala. Eres estúpida y egoísta y para ti no ha llegado la mayoría de edad. Pero tú no eres un criminal...ninguno de vosotros lo sois. Sois unos pobres enfermos. Y como tenemos tantos como vosotros en el mundo no disponemos de sitio para encerraros a todos. Así es que puedes ir a buscar a alguien que te cure, Leda. Si tú quieres, tú misma lo puedes hacer.

Se encaminó hacia la puerta. Ella no intentó seguirle, excepto con la mirada. Él tenía una visión de su cara, fantasmal, repentinamente vieja, algo que se desmoronaba. Casi se detuvo antes de atravesar el umbral. Pero, cual el pinchazo de un alfiler, el agudo mordisco que le hirió en el muslo le recordó que si volvía atrás acabaría loco, y tal vez la matara...

La puerta, al cerrarse a sus espaldas, cortó el principio de un lastimero gemido.

Se encaminó lentamente hacia el edificio del Departamento de Narcóticos, en medio de un ambiente húmedo que se hacía más y más bochornosa Lo que acababa de suceder parecía haberle aislado del resto de sus recuerdes; era para él algo remoto, distante. En parte, todavía no aceptaba la idea de que Lda le hubiera administrado los sueños felices; en parte, durante meses y meses se había estado preparando contra este infortunado final de su matrimonio, y ahora no sufría todo el dolor, sino una especie de sufrimiento disfrazado con la analgesia de la resignación.

«¿Será, algún día plenamente consciente de sus actos?». Greville se dio cuenta de que estaba estudiando esta pregunta. Era lógica, con sentido. Al principio, no importaba, no era ningún obstáculo... y ayudaba a hacer la vida más llevadera. Pero, poco a poco, fue perdiendo su gracia. Y, finalmente...

¿Y cómo podía él sentirse vengativo porque ella le hubiese dosificado con sueños felices, cuando probablemente Leda se estuvo aplaudiendo alegremente su ingenio al hacerlo?

Tal como ella lo veía había sido un castigo adecuado por el imperdonable crimen de no llevarla a divertirse en él aniversario de su boda. (Una sola vez, quizás otra más, y luego tal vez otra) forma de colorear la monotonía de la moderna existencia: todo el mundo lo hace ahora, y, además, Nick sabe cómo van estas cosas, y él sabrá salvarme si es que voy demasiado lejos…

Sus pensamientos se detuvieron aquí, cómo si su corriente hubiera llegado a un pantano; en el instante en que encontraron un nuevo camino hacia adelante él clavó la vista en su reloj y se dio cuenta de que eran las siete y media. No era hora apropiada para ir al Departamento, pues el trabajo empezaba allí a las ocho. Se introdujo en un restaurante y tomó café, un líquido flojo, sin sabor, pero caliente y aceptable con el azúcar.

Sí, aquellas visiones que había tenido eran debidas a los sueños felices. Eran sueños felices. La violenta reacción de Leda le había impedido hasta ahora poner las cosas en claro.

Había visto… abiertas llanuras, bosques, un río, hierba, árboles, animales, peces, rocas, vetas de cobre. Alguien debió hablarle, alguien que le explicó algo muy importante. O, más probable, él mismo se estuvo dando explicaciones, asegurándose de que las entendía. Y después…

Buscó una palabra, y su estremecimiento provocó que el caliente líquido de su taza se desparramara por el dorso de su maño. «Varm», se dijo admirado. «¡Varm!»

Pronunciado así, no significaba nada. Era la pronunciación alemana de *warm* (caliente) con el mismo significado que en inglés, y posiblemente con otros significados en otras lenguas. Pero había llegado a él como nombre de un color: un color ni rojo ni amarillo ni azul… un color inigualable. Una sensación diferente, clasificable como «sensación-color», porque se experimentaba con los ojos, más no en el espectro normal.

¿Sería, por ejemplo, un color infrarrojo, si se le pudiera ver? Greville pensó en los animales experimentales encerrados en las jaulas del Instituto, y en el calor irradiado de sus cuerpos registrado en película. ¿De qué color era aquella radiación? No era varm; algo que él estaba seguro no podía ser varm. Sería… infrarrojo.

Sería fascinante verlo de nuevo, tomar otra…

Se contuvo con un estremecimiento y sintió el sudor

impregnándole el rostro otra vez. ¡Así era como el vicio hacía presa en los adictos! Mucho antes de que el enviciamiento físico arraigara, se producía una sutil tentación: una provocación intelectual más que un goce sensual. ¿Cómo se puede describir el varm? ¿Cómo explicar un color a un ciego? Con el clisé. Como todos los clisés, la condensación de algo esencial.

Pero, aun poniendo aparte el varm, había habido algo infinitamente atractivo con la visión de aquellos bosques y llanuras, aquel río y aquellas peñas. ¿No sería que estaban desiertos? ¿Unas tierras vírgenes que nadie reclamaba?

Bueno, ¡esto era una profética especie de paraíso para un agente de la ONU!

Tan corriente como el fumar en el siglo pasado…

Pero Leda no podía considerarlo con tanta ligereza como si se tratara del vicio de fumar, cuando el riesgo que llevaba consigo la droga era tan grave como el cáncer de pulmón —actualmente curable y además reducido al uno por ciento gracias al descubrimiento de una sustancia que libra al tabaco de su poder cancerígeno. (¿Existiría alguna relación entre esta declinación y el progreso del Vicio de la droga?). Leda estaba al corriente de todo cuanto aconteció en el Departamento desde el primer caso de persona afectada por ia droga y la consiguiente prohibición de la misma; no tenía por lo tanto derecho a ignorar las consecuencias. Y, aun conociéndolas, había intentado arruinar su vida y la de él.

El temblor sacudió la segunda taza que había en su mano. Incluso concediendo que mucha gente podía verse descarriada por la dura batalla legal, con fuertes opiniones en contra de los expertos por todas partes, Leda no tenía perdón.

¿Habría él cometido un error cuando abandonó su apartamento, dejándola sola… libre de marcharse si así lo quería? ¿Debiera acaso haber permanecido a su lado llamando a una ambulancia para que la internaran en un hospital a cuenta de la garantía de su carnet de agente, quitándole la oportunidad de administrarse otra dosis? Tal vez ella tuviese ya oculta en casa suficiente droga para todo un año, una materia que él debía haber buscado y que sería muy conveniente para ayudar a Barriman en su trabajo…

No, esta posibilidad no iba de acuerdo con el carácter de Leda. Leda era incapaz de preparar una cosa para todo un año. Estaba bien claro que ella esperaba que él se sintiese presa del pánico y la ayudase a salvarse a sí misma; quería disfrutar viéndole sufrir.

Pero no tuvo poder para hacerlo sufrir. Todo cuanto dolor podía

infligirle ya lo había él sufrido, allá en la oficina de Lumberger, en Isolation, al oírla reír con aquella risa como de cristal al romperse.

Tenía la mente adormecida, cual si por medio de la marca que había en su muslo se le hubiese inyectado en el alma un líquido anestésico.

—Es el fin —musitó Greville. Y luego sintió el aguijonazo en la pierna otra vez que le recordó que por importante que fuese la etapa de su vida que acababa de terminar, otra infinitamente más significante había justamente empezado.

CAPITULO X

Las ocho. La tercera oleada de trabajadores llenaba las calles de Nueva York. Como un torrente, la oleada humana inundaba las calles, insuficientes para contener tanta gente. Se entraba a trabajar a las siete, a las siete y media, y así a cada media hora, hasta las nueve y media. Más de un millón de hombres se trasladaban de sus casas a sus centros de trabajo en cada oleada. Pronto no habría más remedio que dividir en dos cada oleada y establecer los turnos a intervalos de cuarto de hora en vez de media hora. ¿Pero... y después...?

Los pensamientos de Greville estaban ocupados en esta incontestable pregunta mientras se abría paso hacia la oficina de Al Speed.

Al era bastante más joven que Greville; había sido uno de los discípulos de Barriman cuando éste daba conferencias de bioquímica en Cornell. Luego fue elegido para ocupar su actual cargo de Jefe de Investigaciones químicas de los estupefacientes con sede en el Instituto.

Aun cuando Al se había doctorado en medicina y era un experto en la terapéutica de los adictos a las drogas, a Greville le había sido siempre imposible representárselo en la sala de un hospital o en ninguna parte que no fuera el sitio en donde lo vio está mañana: sentado detrás de su espacioso, pulcro y sencillo escritorio con un grueso legajo abierto y la larga cara rematando el larguirucho cuello, inmóvil, con los lentes de contacto engrandeciendo el iris de sus ojos.

—Buenos días, Al —saludó Greville cerrando la puerta a sus espaldas—. ¿Le molesto?

—Buenos días, Nick —repuso Al limitándose a señalar con un gesto de cabeza una silla—. Siéntese. Espere un minuto, por favor... Estoy estudiando la cosecha diaria de rumores sobre desapariciones Ayer recibí una magnífica carta enviada por un Holmesita que le va a gustar. —Continúo repasando los papeles.

—Procede de un individuo de Albania —continuó tras una pausa —. Ha fijado la situación exacta del jardín de Edén, y dice que si queremos encontrarla los Holmesitas que faltan que allí es donde están.

Cerró el legajo y, recostándose en su asiento con una débil sonrisa en los labios, tamborileó con sus largos dedos en los brazos del mismo.

—El caso es que esta es su segunda carta. Algún empleado novel cometió el error de contestar a la primera, indicándole que la

situación que dio esta actualmente bajo cuarenta pies de agua, puesto que allí existe uno de los embalses que se han construido con el proyecto de aprovechamiento de las aguas del Tigris. Dice nuestro Holmesita con petulancia que eso no importa... que los adeptos tienen cuerpos astrales y pueden vivir felizmente bajo tanta agua como queramos.

Greville esbozó una sonrisa y Al le preguntó con súbito interés:

—Y bien… ¿de qué se trata? ¿Algo sobre ese chimpancé?

Greville permaneció unos segundos callado, reajustando sus ideas. Movió negativamente la cabeza; casi se había olvidado del informe de Barriman que había traído.

—No, se trata de algo diferente —dijo con voz tensa—. Deseo cierta información sobre los efectos de los sueños felices sobre el sistema nervioso.

Al se echó a reír.

—Al parecer nuestro chimpancé se ha llevado allá al espacioso azul la mayor parte de nuestra definitiva erudición. Si yo fuese Holmesita, cantaría de gozo al ver lo bien que se había llevado a efecto el truco. No obstante, siga, y veré en qué puedo ayudarle. —Se entrelazó las manos detrás de la cabeza y acercó los codos, de modo que sus brazos formaron un extraño cuadro para su larga cara.

—¿Que sabemos acerca de los adictos a la droga cuyo suministro queda cortado después de la primera inyección? y

—¿La primera? —inquirió Al pensativamente— No recuerdo en estos momentos ningún caso así... pues circula por ahí mucha droga, ya lo sabe usted. Hemos tenido a varios bajo tratamiento, con digamos, seis o siete dosis. ¿Por qué?

—Le traigo a un hombre con una sola dosis —dijo Greville.

—Puede ser interesante, me parece —dijo Al con un suspiro—. Caramba, pero si todos esos adictos cambian de opinión y piden que los curemos entonces nos van a inundar… ¡y vaya problema que se me presentaría! ¡Espero que no ocurra! —Hizo una pausa— . ¿Es un caso voluntario, verdad?

—Sí, voluntario —contestó Greville y se humedeció los secos labios con la lengua—. Soy yo Al.

Apenas reacción alguna se dibujó en el rostro de Al. Aquellas palabras se habían hundido en su mente, absorbidas cual el agua por una tierra sedienta. Movió ligeramente la cabeza, sin mostrar hostilidad.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó suavemente—. ¿Se debe a un caso de extrema devoción al deber?

Greville sonrió amargamente.

—No, se trata de venganza, Al. Todavía no se lo dicho a Lamancha, porque la… la persona que lo hizo no es un traficante de drogas. Queda la posibilidad de descubrir al traficante valiéndonos de esa persona, pero antes de que yo haga algo, sea lo que fuere, quiero estar absolutamente seguro de que nunca me inyectaré una dosis por propia voluntad.

Al cerró sus ojos de exagerado azul.

—Cuéntemelo todo —requirió.

Greville lo hizo, con dificultad. Estaba tentado al principio en ocultar la parte de Leda, pero no pudo conseguirlo; de todas formas, Al era un buen amigo suyo, lo bastante para comprender su situación. Además, Al pertenecía a la nueva generación; su interés en el puesto que ocupaba era más científico que legal. Toda la labor del Departamento de Narcóticos se iba alejando más y más de la parte legal en favor del desarrollo de programas curativos, y Al era en gran parte responsable de ello.

Cuando Greville hubo terminado, Al separó las manos de detrás de la cabeza y se inclinó hacia delante en su asiento. Su voz al hablar contenía un tono de científica abstracción;

—Parece una reacción bastante típica —dijo—. Casi todos los adictos a esta droga cuentan historias similares. La primera dosis dura de tres a cuatro días… se tienen vividos sueños las dos primeras noches y uno más débil la tercera, como si fuese una vieja película en blanco y negro a continuación de dos a todo color. Después de una sola dosis, todavía no se produce el hábito. No aparecen síntomas secundarios. Sólo existe una mortal fascinación, un enigma insoluble que provoca terrible ansiedad, algo así como si se tuviese un nombre en la punta de la lengua que sólo puede ser detenido por otra dosis de sueños felices. Y otra, v otra y otra.

—En ese color… ¡Ese color varm! —exclamó Greville moviendo los brazos significativamente—. ¿Qué hay de esto? ¿De dónde saqué este nombre… cómo es que sé que se llama así?

Al le miró con calma.

—Usted se lo inventó —declaró—. Si lo medita bien, verá que nadie más se lo pudo sugerir.

—No…, creo que no —convino Greville tras un momento de vacilación—. ¿Alguien más le ha hablado de un nuevo color como yo he hecho?

—No, no recuerdo a nadie —repuso Al—. Esta es al parecer la forma en que le ataca a usted. El porqué es así y no de otro modo,

todavía lo ignoramos.

—Yo también he pensado en esto —dijo Greville—. ¿Cómo es que todo este problema no ha pasado a manos de los de Investigaciones Puras para que ellos lo resuelvan? Está muy bien eso de tener a Mike Barriman luchando en el Instituto con unos pocos ayudantes, pero lo que se necesita es un presupuesto adecuado y una plantilla de personal procedente de todo el mundo. ¡Este es un grave problema, Al! ¡No puede ser resuelto con tan pocos medios!

—Debería usted estar mejor enterado, Nick —dijo Al con suave voz —. Sólo porque Investigaciones Puras tengan el presupuesto más grande, el máximo prestigio y las instalaciones más grandes de todas las agencias de la ONU no significa que dispongan dé más tiempo libre. He estudiado personalmente este asunto, y, según he podido comprender, la forma más práctica de resolver esta cuestión es del modo como ahora lo estamos haciendo. Y este problema no hay que darlo a Investigaciones Puras. Su misión no es la de resolver problemas existentes, sino la de ayudarnos a evitar otros futuros. —Se encogió de hombros—. Naturalmente, puede que la semana que viene nos vengan con una respuesta... pero sería un subproducto descubierto accidentalmente en un programa de investigaciones sociales.

—¿Sabe ya alguien cómo actúan los sueños felices?

—Usted puede acogerse a su experiencia. Los Holmesitas se sentirían más que contentos de poderle revelar la verdad. Y hay otras ideas casi tan avanzadas, apoyadas por algunos científicos de prestigio.

Un pensamiento cruzó por la mente de Greville.

—¿Y Franz Wald? Oí decir que mantenía una teoría con la que estaba disconforme Barriman.

—Apenas lo recuerdo... —dijo Al frunciendo el ceño—. ¡Ah, sí! Tenía efectivamente una teoría, pero no eran más que conjeturas sin una sólida base experimental. Su idea es que nuestra percepción de la realidad depende puramente de la composición química de nuestro sistema nervioso, de modo que las visiones que se obtienen mediante drogas no son menos «reales» que lo que normalmente se ve.

Greville movió la cabeza, desconcertado.

—Eso me parece demasiado metafísico. No me sorprende que Barriman no se lo tomará en serio.

—Creo que estaba muy influenciado por Kant y Berkeley —dijo Al de pronto—. Bueno, esto es algo muy embrollado, Nick. Me dijo antes que quería estar bien seguro de que no iba a administrarse nunca voluntariamente una dosis de sueños felices. ¿Significa esto que quiere

estar preparado contra su tentación? Yo puedo hacerlo con bastante facilidad... sometiéndole a sedantes en un hospital con una semana de permiso por enfermedad. Cuando despertase usted, los procesos metabólicos habrían expulsado el compuesto. Sólo le incomodaría el recuerdo de la visión, y la amnesia hipnótica puede hacerlo desaparecer.

—Eso es aproximadamente lo que yo pensaba —dijo Greville, y titubeó. Luego prosiguió—: Pero, después de lo que dijo sobre que conocemos muy poco todavía, de los sueños felices... ¿no sería y de más Utilidad si me prestase voluntario a seguí' todo el proceso a conciencia? No me importaría s meterme a unos cuantos días de observación, s ello fuera de provecho. Con una sola dosis, la tensión no será insufrible, pero, si lo es y causa extorsión en mi trabajo, entonces se puede emplear la hipnosis.

Al permaneció un momento silencioso, pensativo y luego dijo:

—Creo que debiéramos sentimos agradecidos por su oferta, Nick. Extrajo una cuartilla de papel del cajón y escribió con rapidez unas cuantas palabras—, ¿Sabe a qué hora se le administró la primera dosis?

Greville movió negativamente la cabeza.

—Es de suponer que entre la una y las siete de la mañana.

—¿Tiene alguna cosa que resolver ahora?

—Creo que tendré que decirle a Lamancha lo de... del amigo de Leda —replicó Greville mecánicamente—. Cabe la posibilidad de que sea un traficante de la droga.

—Sí —dijo Al frunciendo el ceño—. Nick, usted sabe que soy opuesto a tratar a los intoxicados por drogas como a criminales en vez de lo que realmente, son, enfermos, pero hay límites. ¿Cómo es que ustedes, teniendo en cuenta su punto de vista, no han cogido nunca hasta ahora a un traficante de envergadura?

—Por una docena de razones —replicó Greville—. Principalmente, porque hay veinte millones de personas en el Gran- Nueva York, y tenemos todavía problemas de narcóticos convencionales, alcoholismo, etc. etc., vicios que se asocian normalmente con pequeños delitos, asalto de tiendas, robo con violencia, hurto, todo esto para obtener dinero para beber licores o comprar un poco más de estupefaciente, Los intoxicados por los sueños felices no presentan les mismos problemas... y a menudo se los encuentra entre los miembros más inteligentes y respetables de la joven generación, Arrastrados al vicio más per pura frustración que. por falta de personalidad. Y encuentro interesante que jamás a ninguno de nuestros hombres se les

ha ofrecido sueños felices. Les han vendido marihuana, también morfina y cocaína, pero nunca sueños felices. ¡Es como si a nadie interesara el venderlos! Sus efectos son tan transparentemente inocuos que no cabe en la cabeza de los adictos que sea una droga intoxicante.

—Parece convincente ¡o que acaba? de decir — convino Al—. Pero seguramente han seguido alguna pista… y los adictos conocidos deben recibir su suministro de algún sitio.

—He seguido muchas pistas —dijo Greville con voz emocionada—. Todas ellas me condujeron hasta personas que hacía mucho tiempo que eran adictas a la droga y habían dejado de sentir interés por las cosas de esta vida abandonando su hogar y su trabajo para desaparecer anónimamente entre la multitud.

Al exhaló un suspiro.

—Dé acuerdo. Vaya a ver a Lamancha, y dígale lo sucedido y luego puede ir a la clínica para someterse a observación… y le deseo buena suerte.

Sobre la mesa de Lamancha había una placa de metal, larga y estrecha en la que aparecían grabadas las siguientes palabras: DIRECTOR DE INVESTIGACIONES DE NARCOTICOS. Era el cual un título permanente que decía quién era el hombre que se hallaba en la otra parte de la mesa.

Theodore Lamancha estaba muy distante de Greville, de Al Speed o de Barriman… y no por sus años, porque era de la edad de Barriman, ni tampoco por su profesión, porque al fin y al cabo era jefe de este Departamento. El aspecto en que se distanciaba de los demás era el de la personalidad y pasado. Era un antiguo policía qu- se había dedicado a trabajos sobre narcóticos cuando eran todavía una cuestión de crimen y castigo. Su agudo sentido de la organización le mantuvo en primera posición cuando la labor departamental se orientó hacia los estudios sicológicos, luego hacia la química de los estupefacientes y la terapéutica específica de los adictos.

Naturalmente, cuando Lamancha se fuese, el Departamento de Narcóticos dejaría de tener relación alguna con las exigencias legales o la actuación policíaca; se saldría de su actual posición entre dos aguas y se colocaría bajo los de Salud Mundial, donde le correspondía con mayor derecho, y todo el mundo respiraría con más tranquilidad. Pero hasta el momento, Lamancha era Lamancha y éste su Departamento.

—Siéntese, Greville —gruñó Lamancha—. Speed me acaba de llamar y me dijo que le ha mandado al hospital para que lo tengan en observación. ¿No será nada serio, verdad?

—Espero que no, Director —convino Greville.

Lamancha suspiró.

—Si esto no hubiese ocurrido, le habría enviado a Kansas... Isolation. Los agentes rurales que enviaron desde el Instituto confirmaron sus cálculos; la ciudad está llena de jóvenes adictos. Esa gente es buena para escribir delicados informes sobre el ambiente familiar de los adictos y para pedir clemencia para ellos y sugerir cambios... pero no valen nada en absoluto cuando se trata de cumplir su cometido y atajar el suministro de la droga. Este es nuestro trabajo, Greville.

Se calló y estudió el rostro de Greville.

—¿Le ocurre algo?

—Sí —contestó Greville con sombrío rostro—. Parece ser que mi esposa se ha visto con un traficante de sueños felices.

El semblante de Lamancha se tornó pétreo, cual estatua de granito fustigada por el paso de los años.

Greville le relató su historia a grandes rasgos, y terminó diciendo:

—Confío en que sabrá comprender... por qué no pude en aquellos momentos hacer algo. Pero la dejé en mi apartamento. Tal vez siga allí. Quizá alguien debiera seguirla para ver quién es el que la recibe en su casa. No sé quién es. No se lo pregunté. No estaba mi ánimo para hacer preguntas de esta clase.

—No es necesario que se esfuerce en darme más detalles —dijo Lamancha con rasposa voz—. Déjemelo a mí. Yo... bueno... aprecio su valor al anteponer el deber a su matrimonio.

—¿Qué matrimonio?

Lamancha vaciló.

—Pensé que el permiso que ayer solicitó fue porque era su aniversario —dijo finalmente—. ¿No fue así?

—En efecto. Pero como tuve que permanecer durante toda la noche en Colorado, Leda se cansó de esperarme. Así es como sucedió.

Lamancha cogió un lápiz, que en su larga y huesuda mano parecía una cerilla, y escribió unas palabras en una cuartilla.

—Bueno —dijo—. Procuraré que este asunto sea tratado con toda discreción, Greville. Y si resulta., como de costumbre... que no está en contacto con ningún traficante sino con un adicto ordinario que se limita a incitarla al vicio, quizás usted o Speed puedan convencerla para que se someta también a tratamiento.

No dijo más... pero el lápiz que tenía en la mano fue juguete de sus dedos. Un momento después, Greville se levantó y se fue.

CAPITULO XI

Su situación era muy parecida a la de cualquier animal bajo experimento en manos de Barriman excepto que su jaula era una pequeña habitación provista con una cama, un armario y un lavabo.

Le extrajeron sangre y líquido espinal poco después de que Al le acompañara a la clínica. Mientras estaban analizando el resultado, Al le hizo una serie de preguntas ante un magnetófono. Casi todas las preguntas eran concernientes al color varm, y Greville se vio incapaz de describirlo de nuevo.

Una vez terminados los análisis, empezó en serio el tratamiento.

Le sometieron a un lavado de estómago con el objeto de que los complejos orgánicos producto de los alimentos y bebidas que había ingerido por la mañana no influenciaran posteriores cálculos. Su dieta para los próximos días consistiría en sabrosos aunque inactivos alimentos por vía bucal, y azúcar y vitaminas y proteínas esenciales por vía intravenosa.

Sus excreciones eran estudiadas convenientemente. Examináronle las retinas, sus reflejos, la piel, el cerebro y todos sus órganos internos, en busca de algún mal funcionamiento orgánico.

Le inyectaron en el muslo un compuesto cuya solubilidad era similar a la de los sueños felices y cronometraron su progreso hacia las extremidades y particularmente hacia la cabeza. Repasaron su expediente personal en el archivo del Departamento para ver si su cociente intelectual o índice social había sufrido alteración desde su último «test» anual.

Y cuando dormía, compartía su almohada con los conductores de un complejo aparato registrador de sus reacciones encefálicas.

Aquella noche, y la siguiente, las visiones se ofrecieron ricas y detalladas y de vivido color. De nuevo vio un mundo virgen, con sus montes y valles, peñas y ríos preñados de promesas de riqueza. Y seguía habiendo flores que resplandecían de fulgurante varm con el río a sus espaldas.

Pero la tercera noche, la visión fue apagada, cual si hubiese sido oscurecida por densas nubes de amarillento humo. Como Al había pronosticado, comparándola con los ricos colores de las anteriores, ésta era como una vieja copia de película cinematográfica en blanco y negro.

No había en ella el color varm.

—¿Cómo se encuentra hoy, Nick? —inquirió Al una vez terminada

la serie de preguntas relativas a su última visión. Mantenía el micrófono del magnetofón preparado para registrar las respuestas.

Greville ocultó el rostro entre las manos y suspiró.

—Atrapado —contestó al poco.

—¿Atrapado?

—Sí. Emparedado por la gente y las circunstancias. Es como el estar corriendo en una carrera y por más que se corra siempre se queda upo en el sitio en que empezó a correr.

—Casi todos los de las agencias de las Naciones -Unidas pensamos lo mismo —comentó Al.

—¡Naturalmente! Cada vez que la Salud Mundial vence una nueva enfermedad significa más trabajo para la Alimentación. Cada vez que la OAA suprime otra peste, tiene como resultado nuevos problemas para la Conservación, porque trastorna su ecología. Y de vez en cuando viene Investigaciones Puras con descubrimientos de prometedoras oportunidades de progreso que nosotros no podemos aprovechar porque estamos empantanados con el problema de la población. ¡Cielos, Al! ¿Se imagina lo que sería empezar de nuevo, sin olvidar las lecciones que hemos aprendido duramente? ¿Qué le parecería navegar hacia una nueva América y la encontrásemos esperando que se recogieran sus frutos ya maduros?

El largo rostro de Ah expresaba profunda ansiedad.

—Sus visiones son realmente buenas y atractivas. Nick.

—Tiene razón. Y también sólidas, mientras duran. Pero, una vez terminadas, son tan difíciles de recordar como cualquier otro sueño.

—Esto explica en parte por qué los drogados se ven empujados al vicio aún antes de que se produzcan síntomas físicos —dijo Al pensativo.

—Pero si se tratase solamente de una cuestión de su contenido, no habría problema —replicó Greville—. Miré a veces, cuando se ve uno afectado por una contrariedad real, le hiere a uno mucho más de lo que se espera… cuando inconscientemente se ha estado uno preparando contra ella con antelación.

—¿Leda, por ejemplo? —sugirió Al benévolamente.

—Como con Leda —dijo Greville humedeciéndose los labios—. De todos modos, estoy tan acostumbrado a las cosas de este mezquino mundo nuestro que estoy preparado para luchar contra los sueños de una nueva y virgen América, contra el espacio ilimitado o los recursos inacabables… todos soñamos con milagros que puedan arreglar este viejo planeta y lo hagan girar feliz en su órbita. Pero existe también el varm, y esto es demasiado.

—Varm —repitió Al pensativo—. Lo único de color varm que ha visto son las flores ¿verdad? ¿Es porque sólo las flores lo tienen? ¿No ocupará el varm el sitio de otro color… el azul, por ejemplo?

Greville cerró les ojos e hizo un esfuerzo para recordar.

—¡No lo sé! —declaró finalmente—. Supongo que tal vez existan cosas de ese color… ¿pero cuántas cosas de rojo brillante ve usted en la naturaleza? Yo no he visto nada de rojo brillante, ¿pero cómo sé que no hay flores rojas en la próxima curva del río?

—Está hablando como si ese lugar existiese en realidad —advirtióle Al—. No permita que esa idea se apodere de usted. Si es que considera una dosis de sueños felices como un billete de avión para un mundo nuevo y prometedor, está usted perdido.

—No se preocupe —dijo Greville esbozando una sonrisa—. No pienso perderme.

—Los adictos tampoco lo piensan.

La verdad del aserto hizo que Greville se estremeciera; Al se dio cuenta de su reacción y en seguida cambió de tema.

—Rojo brillante —dijo—. Bien… pues hay flores, algunos insectos y minerales, de vez en cuando las nubes al amanecer y la puesta de sol, una gran variedad de frutos y, más que nada, la sangre fresca. Hay una verdadera lista si se piensa bien —titubeó unos instantes y luego sonrió—. Ya ve, he olvidado lo que intentaba demostrar. ¡Olvídelo!

Desconectó el magnetófono y se puso en pie.

—¡Al! —exclamó Greville.

—¿Eh?

—¿Hay noticias de Leda?

—Hasta ahora ninguna —dijo Al en un tono que sugería que se iba á mostrar dogmático sobre ello. Tal vez fuera bueno; el pensar en Leda implicaría pensar en por qué estaba aquí, y Greville comprendió que sería mejor para él si lo evitaba.

Greville prosiguió:

—¿Me puede hacer un favor? —Y entonces se dio cuenta de que se había llevado la mano a la cabeza para rascársela. Exhaló un gruñido que contenía enojo y satisfacción a la vez. Le parecía como si tuviese un picor en el mismísimo cerebro que no podía aliviar rascándoselo a causa del cráneo que lo cubría.

Cuando AL asintió, añadió con una mueca:

—En este momento me siento como si fuese uno de los siete ciegos que se enfrentan con un elefante. Puedo hacer uso de mi experiencia, pero nada más. Quiero saber lo que experimentan otros ciegos. ¿Puede dejarme estudiar otros casos…? También desearía los antecedentes

sobre sueños felices que obran en el archivo principal, si es que puede decirle a Lamancha que me los mande o los copie. Estoy autorizado a entrar en el archivo principal, de modo que no deben presentarse dificultades.

—Comprende su punto de vista —dijo Al tras una pausa—. Quiere usted decir que, como va a sufrir el proceso, desea conocer lo que le espera.

—Exacto.

—Le deseo entonces suerte. Poco puedo hacer por usted, excepto procurar que la enfermera le ponga una inyección de noetina, o sea, la, sustancia natural de las células cerebrales que es destruida por los sueños felices. Quizá no le haga mucho bien, pero no le hará ningún mal. Y, después de eso, Nick, lo demás depende enteramente de usted.

Fue una sorpresa descubrir en el archivo sobre antecedentes de la droga cuán poco se había añadido desde que él, unos pocos meses atrás, lo había estado repasando.

Lo primero que vio le era familiar: un sumario de dos páginas sobre las características físicas del compuesto, su estructura formada de cristales, composición, peso molecular, solubilidad, sus efectos biológicos hasta donde se conocían, sabor, olor, apariencia, y ásí sucesivamente. Adjunto al sumario había un dictamen técnico muy condensado de sus reacciones con el tejido nervioso desarrollado ín vitro, y parte de un informe sometido al Departamento por el doctor Michael Barriman y el doctor Franz Wald del Instituto de Investigaciones de Sandy Gulch. A Greville le faltaba el conocimiento técnico que le hubiera permitido seguir con todo detalle esta descripción.

Seguía a continuación un progresivo sumario acerca de las investigaciones en las Américas que empezaba con la identificación de la droga como estupefaciente distinto a cualquier otro, dos años y dos meses atrás, y luego venían las opiniones científicas que precedían a su definición legal como estupefaciente peligroso. Greville recordaba muy bien aquel período... Lamancha y Al Speed habían defendido puntos de vista opuestos. Al Speed mantuvo en todo momento que el enviciamiento por la droga en cuestión debía ser considerado como una enfermedad y no como delito criminal, mientras La-mancha sostuvo una actitud más tradicional. Al final se llegó a un acuerdo y quedó establecido legalmente que el tráfico de sueños felices era análogo á la inexcusable propagación de una enfermedad infecciosa y por lo tanto un acto antisocial y punible.

El informe contenía también el cálculo de afectados por la droga, su insano bajo precio, su procedencia —desconocida— y prácticamente nada más.

Seguían traducciones de informes igualmente poco satisfactorios de otros continentes. El único punto en que Greville sintió gran interés fue en el que se decía que en Moscú se habían incautado recientemente pequeñas cantidades del estupefaciente. De momento se indignó bastante… ¿Y si allí se lo tomaban en serio y llamaban a la milicia para practicar registros casa por casa…? No, actualmente no. Hace medio siglo, tal vez. Pero ahora los rusos eran tan sensibles al allanamiento de moradas como cualquier otro pueblo. Recordó el antiguo dicho: «La única forma razonable de gobierno sería el gobernado por mí», y notó que sus labios formaban una irónica mueca.

Cerró el archivador y cogió el mamotreto de los casos personales. Al había trabajado mucho en él. Greville hacía mucho tiempo que no contribuía a su mejoramiento, pues había tenido que dedicarse á otros casos. Leyó ávidamente las palabras.

«Adictos no habituados» fue el primer legajo con que se tropezó. Es ridículo, pensó Greville. Adictos que no son adictos. No había muchos bajo este título. Cada partida consistía en un breve informe médico sujeto a la transcripción de una entrevista. El efecto era inconsistente; los hechos se presentaban como huesos descarnados, sin la carne que le diera vida.

«A-HD-8» empezaba un típico ejemplo. «Susan Adelaide Peel, hembra, de 19 años y dos meses, de color. Once cicatrices, las dos últimas recientes en el muslo izquierdo (véase diagrama adjunto). Ingresada 2-5-032. Físicamente responde bien al tratamiento, pero declaró que volvería al vicio en cuanto fuese puesta en libertad (véase transcripción adjunta). Índice social, elevado, C.I. 126, educación excelente. Recluida en el sanatorio «Albany Care Attention Home» de New York el 1-10-032. Evadida el 19-11-032. Sin noticias.»

La transcripción adjunta, condensada de una interview, decía: «Empecé hace un mes. Recibí un poco de un chico a quien conocí en la escuela. Dejé la escuela al finalizar el verano pasado. Me gusta porque le arranca a una de esta miserable ciudad para llevarnos donde todo está limpio y hay sitio de sobra para moverse y el aire huele muy bien. Lo hago en el dormitorio de mi casa. Claro que duele un poco, pero vale la pena. No comprendo por qué hay alguien que tiene derecho a impedírmelo… todo lo que se intenta hacer ahora se encuentra con la oposición de uno u otro que dice que no se puede

hacer, porque falta de esto y de aquello. Esto es lo que hace que una sienta ganas de vivir y no de tirarse de cabeza al río. No, no diré quién es el chico que me lo dio (*se supo mediante hipnotismo que era el caso A-HD-34*). No, no es ningún traficante; esto no es una droga, se lo aseguro. Naturalmente, si alguien me pidiese un poco y yo lo tuviese de sobra, le vendería un poco. Siempre cuesta dos dólares, excepto la primera dosis, que cuesta cinco. Ignoro el motivo. No, no recuerdo que alguien me lo dijera... es algo que la gente sabe, eso es todo. Si ustedes no me lo hubiesen impedido, continuaría haciéndolo, y cuando salga de aquí lo volveré a hacer. No, no sé dónde tendré que ir para buscarlo, pero estoy segura de que tendré suficiente.

Greville, con el ceño fruncido, buscó el caso A-HD-34. Lo encontró en el siguiente legajo, cuyo título rezaba: «Adictos confirmados». Era mucho más grueso, y en él habría tal vez un centenar de asuntos. El caso A-HD-34 era un joven blanco de la misma edad que la chica, con cincuenta y cuatro cicatrices que indicaban alrededor de cinco meses de enviciamiento. Había obtenido suministros de la droga de los casos A-HD-107 y A-HD-229, así como de procedencias desconocidas por el Departamento. Ambos casos conocidos estaban incluidos en el legajo bajo el título: «Adictos incurables» y presentaban más de un centenar de cicatrices cada uno.

¿Incurable? Greville volvió al informe médico del caso A-HD-34 y sus labios se contrajeron en una triste mueca. El muchacho se hallaba todavía en el sanatorio de los Angeles Piadosos y su pronóstico médico era malo. ¿Se curaría con el número de cicatrices que presentaba?

Incurable... oh, bueno, podía haber una débil esperanza para el chico, pero evidentemente aquellos que habían pasado del centenar estaban totalmente perdidos. Leyó: «Típica falta de afecto... casi total renuncia a la realidad... escrupulosa atención a Id higiene corporal, a la alimentación, etc., pero negativa a comunicar sus impresiones... aparente concentración intensa en fantasías personales.»

El párrafo final del caso A-HD-107 decía: «Fallecido en él sanatorio de los Angeles Piadosos». Y el otro declaraba secamente: «Fugado. Probablemente ha recaído en el vicio.»

Había habido pocos intentos de perseguir a los fugados. Por entonces era ya bien patente, primero, que habían demasiados drogados de quienes cuidarse, y, segundo, que puesto que la afición a lá droga no llevaba consigo la estela de crímenes inherentes a la mayoría de los demás estupefacientes, no era algo que momentáneamente amenazase la seguridad pública. De aquí que casi todos los casos que Al pudo reunir eran antiguos, de diez meses o un

año antes.

Era extremadamente llamativo, pensó Greville, que el denominador común de las visiones referidas por los adictos era ya entonces una ansiedad por espacio libre en donde poder moverse y aire, mucho aire fresco. Pero en el margen de una de las entrevistas transcriptas, un psicólogo de la plantilla de Al había escrito a lápiz el siguiente comentario desdeñoso: «Evidente compensación contra la superpoblación y escasez reinantes».

Después de convencerse de que en ninguna parte de lo que había leído se hacía referencia alguna a un nuevo color, Greville volvió a estudiar el comentario anterior.

—¿No será que...? —dijo en voz alta.

Si se parte del punto de vista de las apiñadas poblaciones de las costas y del Midwet, era fácil llegar a esta conclusión. ¿Pero y en cuanto a esos jovenzuelos de Isolation, Kansas? ¿Cuál sería su sueño feliz... tal vez la noche del sábado en Broadway? Esto era algo digno de estudiar.

Aquí existía una buena razón, notable en verdad, especialmente considerando que la mayoría de los adictos eran jóvenes sin experiencia directa en las cosas de la vida, excepto en una gran ciudad. ¿La mayoría? No, probablemente lo cierto era que loş que pasaban de los veintidós años, digamos, podían evitar con más facilidad ser dominados por sus maestros, familiares y policías de la vecindad. Los adictos que vivían de sus propios medios, económicamente independientes, estaban en situación de durar hasta alcanzar el punto culminante en que presentaban estos síntomas de retirada de la vida real y —literalmente, de la noche a la mañana— desaparecer de la vista.

¿Desaparecer? ¿Dónde iban? Presumiblemente a un mundo nebuloso en donde la identidad se convertía en una especie de vaho.

Repasando de nuevo los casos de «Adictos Incurables» se encontró con una nota escrita de puño y letra por Al que se le había pasado antes por alto. La reproducción fotográfica era mala, puesto que el original había sido escrito a lápiz, pero pudo leerla. Lo hizo, y se quedó mirándola con la mirada perdida, tembloroso. Decía:

«El número de desapariciones atribuidas al vicio extremado de los sueños felices está aumentando. Es obvio que a la corta o a la larga tenemos que encontrarnos con algunos de los desaparecidos. La opinión del director Lamancha, por favor.»

Pero no aparecía por ninguna parte traza alguna de la respuesta de Lamancha. Daba la sensación de que la nota de Al había sido

traspapelada, procedente de un legajo de correspondencia interna probablemente guardado en el mismo archivador.

Bueno... no importaba. Había dado motivo en qué pensar y Greville consideró sus implicaciones. Sí, era lógico. Se puede perder un hombre de entre veinte millones lo mismo que una gota de agua entre una tormenta. Pero cuando se busca un hombre de entre mil, la cosa varía. Y muy pronto ya no sería uno entre mil, sino diez mil, o veinte mil, o más...

Esta idea se le hizo súbitamente estremecedora. Greville echó un vistazo a su reloj. Al llegaba ya tarde para su visita diaria. Impaciente, la vista fija en la puerta como si con ello intentará hacer que la puerta se abriera revelando la figura de Al, permaneció abstraído .reviviendo en su mente lo que había aprendido.

Al apareció finalmente con aspecto preocupado. Se excusó por su tardanza, quitóse los lentes de contacto con el delgado tubo-absorbente y aplicóles nueva loción antes de volver á colocárselos. Sus ojos, Greville pudo observar, estaban hinchados y rojos.

—Lo siento, Nick —dijo Al parpadeando para colocarse los lentes —. Pero es que las cosas en el Departamento están ahora caóticas. Han desaparecido dos de mis colaboradores indispensables.

—¿Qué? ¿Dónde han ido?

Al soltó una amarga carcajada.

—¿Dónde van las moscas en invierno? ¿Quién sabe adónde van los adictos a los sueños felices?

Greville reprimió las preguntas que tenía en la punta de la lengua.

—¿Incluso en el Departamento? —dijo tras una pausa.

—¿Y por qué no? —replicó Al sentándose, con una mirada de comprensión en los ojos—. El mes pasado hubo cuatrocientos ochenta casos de desapariciones en el Estado de Nueva York y algo así como la mitad de ellos pueden muy bien tener algo que ver con los sueños felices. Es un hecho estadístico que, más pronto o más tarde, todos nos veremos afectados.

—Sí, pero... —Greville movió con pesar la cabeza; no podía expresar con palabras su horrorizada reacción—, ¿Los conozco?

—Clements y Agnew. Dos de nuestros mejores. Ambos brillantes, los dos frustrados, hartos de esta vida... Yo me había dado cuenta de que perdían su entusiasmo, pero lo atribuí al exceso de trabajo. Les ofrecí la oportunidad de un descanso pagado, pero ambos lo rechazaron. Ahora creo que sé su motivo.

—¿Cómo sabe que eran adictos a la droga?

—Registramos sus apartamentos. Anoche. Descubrimos rastros de la droga en el dormitorio de Clements. —Al se pasó con gesto de cansancio la mano por la frente—. ¡Caramba, Nick! Aunque el pedirles a ustedes que sigan la pista de algunas de estas personas desaparecidas sea demasiado, ¿cómo es que no dan con ellas alguna vez? ¡Ahora hay ya muchas!

Greville dejó pasar el insulto que implícitamente contenían las palabras del otro. Al se hallaba agotado físicamente. Dijo con toda calma:

—Vi una nota dirigida por usted a Lamancha en el archivo sobre esto mismo. ¿Qué dijo él?

—Algo así como «cuídese de sus propios asuntos». Mucho más de esto y yo personalmente me convertiré en Holmesita por pura desesperación. Al menos ellos tienen una especie de maniática seguridad».

—Eso de pensar que ha caído alguien del Departamento es algo que me trastorna —dijo Greville.

—Lo mismo me ocurre a mí. No sé cómo podremos mantener la confianza pública después de un escándalo como éste. No lo sé. Voy a hacer que practiquen una investigación total entre el personal... oh, diablos, pero esto no le concierne a usted. ¡Vamos a tratar de algo más! ¿Se le ha ocurrido alguna idea con los casos que ha leído?

Greville recordó los puntos que le habían parecido de tanta importancia antes de que Al le comunicara la noticia. Dijo titubeando:

—Bueno, tengo una. ¿Han sido ya interrogados los adictos de Isolation? Lo digo porque quiero saber si sus visiones pueden ser también atribuidas a una compensación.

Una expresión repentina cruzó el rostro de Al. Era una expresión imposible de interpretar, pero Greville pensó que podría ser quizá de alarma.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Al.

Greville le contó sus impresiones y Al exhaló un suspiro.

—Comprendo su idea. Pero, por lo que sé, el problema de Isolation está todavía en las manos de los agentes rurales que primero se encargaron de resolverlo. Creo que Lamancha tenía la intención de mandarlo a usted allí, lo que hubiese sido muy conveniente, pero, en vista de lo sucedido y que se encuentra usted aquí, decidió mandar en su lugar a Mischa Poliakoff, pero en vista de que Mischa no regresará de la Conferencia de Tokio hasta pasado mañana y de cómo están ahora las cosas lo voy a designar para que ayude a aclarar el embrollo que Agnew y Clements han dejado detrás. —Se encogió de hombros.

Greville vaciló. Luego dijo:

—Al, por lo que dice, nos enfrentamos con un problema. Si ha conseguido de mí lo que quería teniéndome en observación, ¿no le parece que podría serle de más utilidad volviendo a mi trabajo?

Esta vez Al se mostró abiertamente alarmado. Dijo:

—¡Espere, Nick! No hace más que tres días que está aquí.

—¿Qué quiere? ¿Quiere más datos de mí o que recupere mi puesto?

—No es ésta la cuestión —replicó Al—. Naturalmente, mi deseo es que vuelva usted a ocupar su lugar en perfectas condiciones, y Lamancha piensa lo mismo. Lo cierto es que trabajaría usted en malas condiciones. Hasta ahora, se mantiene muy bien pero ¿y la semana que viene? ¿y el mes próximo?

—A medida que pase el tiempo será todo mejor. ¿Verdad?

—Tal vez —dijo Al mirándole pensativamente.

De pronto, Greville perdió el control de sus nervios. Con la mano abierta dio un seco golpe sobre las carpetas de los legajos que tenía enfrente de él que estalló cual un pistoletazo.

—¡Al, por amor de Dios! —exclamó—. Consentí en convertirme en conejillo de Indias porque pensé que sería algo valioso, pero… ¿se imagina que después de lo que me acaba de decir puedo permanecer aquí acostado, sabiendo que esto se está extendiendo como una plaga

y que el Departamento está enfrentándose con un caos?

—¿Y yo voy a sentirme tranquilo sabiendo que si le dejo marchar puede perder la salud? —replicóle Al—, ¡No diga tonterías, Nick! Si no hubiese venido aquí voluntariamente para someterse a observación, con la condición de permanecer consciente, le hubiéramos mantenido una semana con sedantes y luego bajo la hipnosis para terminar nuestra labor. Fue idea suya el hacer de conejillo de Indias, pero le habríamos aplicado el tratamiento, de grado o por fuerza, a no ser por su empleo. —El sudor brillaba en su largo rostro.

—Le diré lo que voy a hacer —prosiguió tras una pausa—. Creo que estamos lo bastante faltos de gente para justificarlo. Quiero saber qué tal lo pasa esta noche. Mañana temprano lo examinaremos de pies a cabeza y le aplicaremos alguna protección hipnótica... probablemente contra el empleo de una aguja hipodérmica o algo por el estilo... lo llenaremos de tranquilizantes y lo enviaremos a casa. Pero no a su puesto. A casa. Y, durante tres o cuatro días, vendrá usted aquí a que le hagamos un examen.

—Si me permite salir... ¿por qué me aleja de mi puesto?

—Usted no va de servicio a Kansas hasta que haya terminado de estudiarlo, Nick. Le quiero aquí, en Nueva York, por si acaso hay algo que no v bien. ¡No puede considerar lo que le ha ocurrido como si fuese un simple resfriado, caramba!

Reluctantemente, Greville admitió la fuerza que tenían las palabras de Al. Apartó las carpetas que estaban delante de él y extrajo un cigarrillo del paquete que había sobre la mesita de noche.

—Deme uno —rogó Al.

Sorprendido, Greville hizo lo que le pedía.

—No sabía que fumaba —dijo.

—Generalmente, fumo poco, pero estoy ahora tan preocupado que me veo empujado a hacer algo, y prefiero un cigarrillo a los sueños felices. Lo siento, no tiene gracia alguna. —Inclinó su larga cabeza para encender su cigarrillo con la llama del encendedor de Greville y luego se irguió expeliendo humo—. ¿Recuerda aquel informe que trajo usted sobre el chimpancé desaparecido? —preguntó.

—¿Qué novedades hay? ?

—Tengo entendido que Mike Barriman está tan furioso... no se ¡le puede censurar... que está decidido a pedir la cabeza de alguien por lo sucedido. Y parece que va á ser la del jefe de Seguridad de allí, Joe Martínez. ¿Lo conoce usted?

—Lo vi un momento. Me pareció un hombre competente.

—Lo es —dijo Al—. Pero a Barriman se le ha metido en la cabeza, y si hay que elegir entre Barriman y Martínez, ya sabe usted a quien le toca las de perder.

—¿Qué dice Lamancha sobre esto?

—No corresponde a Lamancha dilucidarlo... sino a Desmond, como director del Instituto, y Desmond es una veleta, un hombre que se deja llevar según sopla el viento. Me siento muy preocupado por esto, pero no estoy seguro por qué: no sé si es por la mala suerte de Martínez o porque alguien llevó a cabo esta artimaña y echó a rodar por los suelos muchos meses de penosa labor.

Al se puso en pie, arrojando el cigarrillo casi entero al suelo.

—Si yo fuese Lamancha y dispusiera de un centenar de hombres los conduciría a los escondrijos de los Holmesitas de Kansas y Colorado para asegurarme de una vez de que esto no volviera a ocurrir. Esto es desmoralizador, Nick. No sabe usted cuán desmoralizador. —Se volvió hacia la puerta, los hombros hundidos.

—¡Al! —exclamó Greville inclinándose hacia delante—. ¿Hay... hay noticias de Leda?

—Se la ha visto en Filadelfia, esto es cuanto sé.

—En Pensilvania, su tierra... es interesante. ¿Se sabe algo más?

—No, nada más, Nick. —Al titubeó—. Lo siento —dijo casi en un susurro, y salió.

Era extraño, pensó Greville al quedarse solo. Verdaderamente extraño que en tan poco tiempo las cenizas de su dolor habíanse enfriado totalmente y podía hablar de Leda como si fuese una extraña.

Pero, naturalmente, era una desconocida. La Leda con quien se había casado, estaba muerta. O tal vez jamás existió.

Aquella noche no hubo visiones... sólo caóticos fragmentos de sueños ordinarios entremezclados con ráfagas de recuerdos. No hubo varm. La sensación de extravío y frustración fue tan acusada que a media noche se despertó Greville encontrándose con los ojos llenos de lágrimas.

Pero, en sí, esta frustración no era más cruel que las muchas que todo el mundo tenía que aguantar. Y esto lo aceptó Al cuando recibió en su despacho a Greville a la mañana siguiente.

—Creo que superará la prueba, Nick —dijo—. He visto los informes de la clínica de esta mañana. No hay residuos de la droga, por lo que sólo tendrá que luchar contra sus recuerdos. Como le prometí, traeré a uno de nuestros psicólogos para que lo hipnotice. Le pueden aplicar una fórmula auto-hipnótica para suavizar la tensión

que le servirá también como un freno contra el deseo de emplear una jeringa. Además, será mejor que se lleve esto. —Abrió un cajón y sacó de él una cajita de píldoras.

—Fórmula K —dijo, entregando la cajita a Greville—. No son píldoras para dormir, sino más bien un relajante. Pero, si le es difícil dormir sin sueños, una de estas píldoras debe ser suficiente para calmar su ánimo.

—¿Y…?

—No se impaciente. Pasee mucho. Vaya a cualquier sitio y procure encontrar compañía agradable. O lea. O contemple la Televisión. Manténgase constantemente ocupado con cosas que no tengan relación con su trabajo. ¡Es una orden!

—¿Algo más?

—No. Váyase ahora. Tengo trabajo. Joe Martínez va a venir aquí procedente del Instituto para presentar su informe personal sobre el robo del chimpancé, y si es aceptable quiero ver si puedo convencer a Barriman para que no lo despida. Dudo de que queden muchas esperanzas, pero haré cuanto esté de mi mano.

Greville se guardó en el bolsillo lá cajita de las píldoras y se levantó. Dijo:

—No sé por qué se preocupa usted de que Martínez conserve o no su puesto, Al.

—Quizá tenga razón —contestó Al encogiéndose de hombros—. Pero no me satisface el que un hombre capaz y honesto sea expulsado por… bueno, usted está aún menos interesado en el asunto. Adiós, Nick. Hasta mañana.

Greville salió del Departamento lentamente, la cabeza bajá, meditabundo. ¿Cómo diablos había podido ocurrir que dos miembros de la plantilla sucumbieran a los sueños felices? La capitulación de Leda fue algo espantoso, pero el caso de Clements y Agnew era increíble. A Clements apenas le conocía de vista pero Agnew era un hombre con quien había trabajado conjuntamente cuando se presentaron los primeros casos de sueños felices. Sentía simpatía hacia él. Era paciente y atento a su actitud para con los drogados era similar a la de Al, un modelo de tolerancia y comprensión.

Deseaba ahora haberle dicho a Al personalmente: «No tiene que sentir temor de que me convierta en un adicto a la droga. Me disgusta mucho esto, hasta lo más íntimo de mis sentimientos».

CAPITULO XIII

Al le había dicho que sólo debía tomar las píldoras de la fórmula K en caso de que tuviese dificultades para dormir sin sueños. De acuerdo con esto, cuando Greville se fue a la cama aquella noche, procuró por todos los medios sumirse en el sueño naturalmente, prometiéndose una hora de prueba antes de tomar una píldora.

Hacía ya casi la mitad del tiempo fijado que permanecía en la oscuridad, impotente para aquietar la turbulencia de sus pensamientos, y estaba a punto de decidir que no era razonable esperar media hora más, cuando oyó un ruido metálico, débil, pero distinto, procedente de la puerta de entrada del apartamento.

Abriéronsele los ojos. Aguzó el oído y percibió el ruido de la puerta al abrirse y suaves pasos sobre el elástico suelo del *living.* Y luego palabras, unas palabras que le llegaron al alma, lacerantes, porque era la voz de Leda... estridente cual un guante húmedo al frotarlo contra un cristal.

—¡Vamos, querido! ¡Entra y cierra la puerta!

Greville notó que los músculos de su cara se contraían en una sonrisa carente en absoluto de humor; era la reacción primitiva de descubrir los dientes, lo que apropiadamente se conoce por gruñido. Su mente revivió sus movimientos inmediatamente antes de meterse en cama, mientras su cuerpo actuaba con salvaje determinación. Recordó que no había dejado nada que delatara su presencia en el living. La puerta del dormitorio estaba entreabierta y pudo ver que sólo había encendida la pobre luz de la pared.

Con los pies desnudos se acercó a la puerta. Manteniéndose oculto tras ella pudo echar una ojeada a los intrusos. El hombre, quienquiera fuese, estaba de espaldas a él; había algo espantosamente familiar en su figura, pero quizá fuera esto debido a que vestía el uniforme de la ONU. La luz era muy mezquina para que Greville pudiera distinguir sus insignias. Y los blancos brazos de Leda rodeaban su cuello, atrayéndole la cara hacia la de ella.

Greville llenó de aire sus pulmones, midió la distancia que le separaba de los intrusos, presa de indignación, abrió de golpe la puerta de su habitación y saltó como un relámpago.

Fueron cuatro simples movimientos. Un salto, cual la embestida de una ñera salvaje que le llevó hasta alcanzar con la mano la espalda del hombre; un tirón que arrancó al desconocido de los brazos de Leda y lo levantó en vilo; un puñetazo que mandó al extraño contra la pared,

y, por último, una sonora bofetada que cruzó la cara de Leda... una cara en la que el horror había apenas empezado a reflejarse.

Greville la miró fijamente, jadeando, las manos cerradas sobre las caderas.

—¿Has decidido divertirte de verdad, no es así? —escupióla—. ¡Ya veo que has preferido ensuciarte!

Ella abrió la boca, mas ningún sonido salió de su garganta. En la pálida máscara de su rostro sólo sus ojos mostraban el mortal terror de su ánimo.

Greville se apartó un poco de ella deliberadas-mente.

—En cuanto a este traficante tuyo... —Se calló súbitamente, luego dijo con voz distante como el suave susurro de las hojas—: No...

Aquella palabra era algo así como una plegaria.

Joe Martínez, apoyado con una mano en la paz-red y con la otra frotándose la mandíbula donde recibió el puñetazo de Greville, mirábale con ojos asombrados, cuyas escleróticas destacaban en da atezada piel de su rostro. El shock del impacto le pasó con más rapidez que a Greville el shock que sufrió al reconocerlo. Dijo con tono de voz alterada:

—¡Diablos, Greville... no lo sabía! ¡No sabía quién era! ¡Dijo que se llamaba Young! ¡Yo sólo quería... diablos, hombre, me acaban de expulsar de mi trabajo por culpa de ese cabezota de Barriman y yo sólo quería olvidar...!

Se irguió, con una especie de dignidad.

—No puedo añadir nada más que excusarme. Creo que será mejor que me marche.

—No —dijo Greville mirando a Leda—. No, Martínez. Hay un trabajo por hacer que yo no pude realizar porque me pareció que me iba a convertir en un miserable. Ahora voy a hacerlo. Debo hacerlo. Y... —terminó con una expresión maliciosa de masoquismo en los ojos —, puesto que ahora usted conoce muy bien a Leda, creo que está preparado para ayudarme.

Los ojos de Leda se abrieron desmesuradamente. Levantó una mano, como si pretendiese guardarse contra un ataque.

—¡Nick! —gritó desesperada—, ¡Nick, no puedes hacerlo!

—Martínez, usted está sin duda acostumbrado a la técnica de los interrogatorios —dijo entonces Greville, sin apartar sus ojos de Leda.

—Yo... no le entiendo —murmuró Martínez.

—Probablemente no habría llegado usted hasta aquí —dijo Greville—. Pero no porque ella se lo hubiese impedido. Pero creo que

usted se hubiera detenido por propia voluntad. —Levantó una mano y empujó a Leda; apenas la tocó con los dedos, pero ella se fue hacia atrás, paso a paso, hasta que se desplomó en una silla que había detrás de ella. Greville la siguió. La cogió del brazo derecho con una mano y descubrió sus piernas con la otra. Habían ahora allí tres de las pequeñas marcas redondas.

—¡Nick, eres un canalla! ¡Eres un canalla! —gimió Leda, e intentó juntar las piernas para ocultar las marcas. Greville se lo impidió y clavó su fría mirada en los ojos de Martínez.

—¿Ve esto? —dijo.

—Greville, le juro...

—Le creo —dijo Greville irguiéndose—. Aunque le hayan expulsado del Instituto, sigue usted en la brecha. Todos lo estamos. Ahora Leda se ha decidido a malgastar lo que de vida humana le queda con mucha diversión y un montón de hombres, pero lo que más odio de ella es su negativa a intentar arreglar este mundo, su abdicación de la responsabilidad... vaya, creo que estoy sermoneando, pero lo que digo lo digo de corazón. No tuve antes valor para obligarla a confesar dónde obtuvo su suministro de sueños felices, pero voy a hacerlo. Es preciso que lo haga. Nunca hemos tenido la oportunidad de conseguir una pista que nos conduzca hasta un traficante de envergadura, y ahora, más que nunca sabe Dios que lo necesitamos.

El rostro de Martínez estaba ahora impasible, duro, como una máscara de piedra

—En el dormitorio tengo unas píldoras relajantes que me dieron para ayudarme a dormir. Una de ellas disuelta en agua e inyectada por vía intramuscular debe ser un sucedáneo bastante bueno como droga de la verdad, según mis cálculos. ¿De acuerdo?

Martínez se mordió el labio inferior.

—¿De acuerdo? —repitió Greville en voz más alta.

—¡Sí, sí! ¿Pero cómo inyectarla?

Greville alargó una mano y desabrochó el cinturón de Leda.

—Una de las primeras cosas que todo adicto a los sueños felices debe saber es cómo ocultar a los ojos de los demás su jeringuilla y ración de droga. ¡Ah! ¿Lo ve?

Había extraído de uno de los compartimentos del cinturón una jeringa, nueva y reluciente, de un tipo corriente en todas las farmacias y un diminu¬to saquito de plástico que contenía un polvo fino y moreno. Leda cerró los ojos, como si un peso intolerable los hubiese arrastrado hacia abajo, y no hizo movimiento alguno para resistirse

—¡Aquí! —dijo Greville con súbita vehemencia, y colocó en las

manos del otro el saquito y jerin¬guilla—. Vaya a buscar un poco de agua mientras yo traigo las píldoras. Y aparte ese saquito de mi vista... debiera yo entregarlo al Departamento, pero tal como me siento ahora seguramente lo arrojaría al sumidero.

Las píldoras de la Fórmula K eran menos efi¬cientes que una droga de la verdad auténtica, pero se notaba su actividad. Al principio, Leda se man¬tuvo en un silencio hosco ante las preguntas que le hacía Greville; poco a poco su actitud se fue haciendo más y más irritable y el sudor empezó a bañarle el rostro, estropeando su maquillaje noc¬turno. Martínez permanecía sentado a un lado, el rostro demudado, alejado del interrogatorio. Gre¬ville aceptaba su silencio. Al fin y al cabo, esto era un asunto personal.

Pacientemente, odiándose por su proceder, in¬tentando disfrazar su deseo de venganza con una indignación justificable, Greville machacaba una y otra vez las mismas preguntas:

—¿Quién es? ¿Quién te dio la droga? ¿Quién te enseñó el vicio?

En el rostro de Leda podía él ver la tensión tre¬menda que sus preguntas provocaban, cual la pre¬sión de las aguas desbordadas contra un dique que se estaba resquebrajando. Un poco más de presión y el dique saltaría hecho en pedazos.

Y así fue.

Porque la droga que él empleaba era sólo un su¬cedáneo y no era capaz de hacer desaparecer com¬pletamente la tensión de Leda, sus temores y ansiedad, como un específico hubiera conseguido. La voz de ella fue como el fantasma de un grito.

—¿Quién crees tú que pueda ser? ¿A quién po¬día yo conocer? ¿Con quién tenía yo oportunidad de hablar, estando atada a ti de pies y manos? ¡Su nombre es Clements, y trabaja en tu Departamento, ante tus mismas narices!

En el ánimo de Greville se produjo un vacío frío, espantoso. Volvióse con los ojos cerrados y buscó un cigarrillo de la caja de la mesa.

—¿No era eso lo que deseaba saber? —dijo Mar¬tínez con voz tenue, tras un momento de mortal si¬lencio. Greville asintió.

—Bueno... entonces, ¿qué le ocurre? ¿Es amigo suyo... o algo así?

—Le conocía —dijo Greville, y soltó una profun¬dé carcajada—. Pero no es probable que lo vuelva a ver. Hace un par de días que hizo lo que todos los adictos a los sueños felices hacen finalmente... de¬cidió que la vida era demasiado para él y desapa¬reció.

—¿Quiere decir que hace un par de días estaba trabajando en el Departamento? —inquirió Martí¬nez extrañado—. ¿Y no se le

descubrió habiendo llegado al último extremo?

—No, no fue descubierto —contestó Greville, y notando el amargo sabor del cigarrillo apenas gas¬tado se lo quitó de la boca y lo arrojó al suelo, re¬cordándole entonces a Al—. Si no hubiese procedi¬do como debía, lo habríamos descubierto. Pero aho¬ra es ya demasiado tarde. Llame al Departamento, ¿quiere? Diga que envíen una ambulancia. Creo que Leda estará mejor en el hospital.

En tanto Martínez verificaba la llamada, Grevi¬lle se sentó y contempló fijamente la pálida tez de su esposa.

—¿Por qué tuviste que hacerlo? —dijo con suave tono de voz. Ella le oyó a través de la neblina hipnótica que envolvía su mente; movióse y habló con voz pobre y huera:

—Era algo que tenía que hacer. Así me lo dijo él. Y te odié tanto unos momentos... Te quise odiar para hacerte sufrir, y él no me iba a tocar, y eso es lo que él me hizo pensar entonces.

—¿No te iba a tocar? —repitió Greville.

—No iba á hacer nada —dijo Leda con voz cansada—. Estaba como encerrado en sí mismo, detrás de un cristal. Peor que tú. ¡Oh, Dios mío, no me divertí nada aquella noche, créeme! Te dije que lo había hecho él porque quería herirte de todas las formas posibles, verte celoso y enfurecido y que me demostraras que todavía significo algo para ti... — Su voz se hizo fina, ininteligible. Levantó una mano, débilmente, pues el brazo no tenía fuerza para sostenerla.

Martínez dejó entonces el teléfono.

—Ahora mismo envían una ambulancia —dijo y titubeó. Luego—: ¿Quiere que continúe aquí? Preferiría marcharme. Creo debiera usted echarme a empujones.

—Siéntese —indicóle Greville—, Usted no es culpable. Ni tampoco Leda... y tal vez ni siquiera Clements, sino el que le inició en el vicio, y hasta incluso ni éste. La culpa es de todo este embrollado y estúpido planeta en el que vivimos. Créame, Martínez, no creo que los seres humanos estén preparados para confiar en la Tierra.

El rostro enjuto y moreno de Martínez, con la señal del golpe recibido de Greville bien visible, se volvió.

—Usted no lo cree así. Ninguno de nosotros lo creemos. E incluso, después de que me han despedido por no hacer lo imposible, tampoco lo acepto.

—¿Cómo sucedió.

Martínez se encogió de hombros.

—Usted vio el laboratorio esterilizado. Ninguna persona en su sano juicio hubiese tomado más precauciones que las que vio, ¿verdad?

Pero alguien se las arregló para entrar y salir y Barriman no quiere que yo averigüe quién fue. Y porque no le presenté al culpable al día siguiente, bien envuelto en celofana y sujeto, hizo uso de su influencia para expulsarme. Lo máximo en que puedo confiar es que me transfieran al peor trabajo disponible.

—¿Cómo es eso? —preguntó Greville, más para mantener la conversación que por esperar una respuesta.

—Quién sabe.

Y luego silencio, un silencio abrumador, hasta que llegó la ambulancia.

Se llevaron a Leda, y Martínez se marchó después de pedir de nuevo disculpas y haber oído otra vez que él no tenía culpa alguna, lo que era verdad.

Y así quedó Greville solo, y con la ayuda de las píldoras de la fórmula K logró conciliar el sueño.

CAPITULO XIV

Cuando se despertó, caía intensa la lluvia entre el estampido de los truenos que retumbaban en la ciudad como tambores enloquecidos. Intentó sumirse de nuevo en el sueño para evitar enfrentarse inmediatamente con el húmedo día, pero el efecto de la droga que había tomado había ya desaparecido y su mente, otra vez, se vio asaltada por un alud de molestas imágenes.

Descansó los pies en el suelo y contempló pensativamente la vacía cama de Leda.

¿Cómo diantre iba a poder resistir hoy, y mañana y el día siguiente, sin hacer nada de lo que Al le había mandado? ¿Cómo no pensar en nada relacionado con su trabajo, cuando su memoria estaba, llena de amargas y burdas imágenes?

Pidió su desayuno y comió indiferentemente, contemplando en ia Televisión las noticias de la mañana. Versaban principalmente sobre el informe mensual del estado de los recursos del planeta. Había alguna noticia agradable, como un nuevo material plástico barato apropiado para aislar las paredes de los apartamentos; un método para extraer aceite combustible de una alga que pronto podría utilizarse en escala industrial. Ambos procesos habían empezado como proyectos de Investigaciones Puras hacía algunos años. Era irónico, pensó Greville, que una institución con tal nombre hubiese llegado actualmente a ser la mayor fuente de ideas prácticas. De hecho, apenas se realizaba una verdadera investigación pura; tan grandes eran las necesidades de la Humanidad que cualquier adelanto era absorbido ávidamente por ingenieros, químicos y técnicos de todas clases, y de ello se extraía una aplicación práctica.

El locutor terminó el informe de las Naciones Unidas y pasó a otros asuntos. Y luego, al final de las noticias, llegó algo que causó gran impresión a Greville.

Aparecieron en la pantalla dos fotografías... los rostros de unos hombres a quienes conocía. La voz del locutor continuó hablando:

—Y ahora hacemos un llamamiento. ¿Han visto a alguno de estos hombres? Faltan de sus hogares y se teme que hayan perdido la salud por exceso de trabajo...

En este momento Greville desconectó el aparato. Vio apagarse la pantalla y se dio cuenta de que estaba temblando y que le castañeaban los dientes con el influjo intenso de sus sentimientos. ¡Clements y Agnew... enfermos por exceso de trabajo! ¿Cómo en nombre del Cielo

podía él permanecer sentado en su hogar sin hacer nada después de eso?

Pues no iba a ir.

La decisión, cual una brisa fresca, le calmó. Cesó su agitación. Esperó un momento para calcular la profundidad de su recuperación y se encontró con que iba tan lejos que incluso le había devuelto un poco el apetito. Fantástico. Volvió al desayuno que había abandonado y se sentó para terminarlo.

Naturalmente, no era suficiente decirse que iba a hacer algo. Tenía que establecer un plan de acción. Estudió el más lógico: el salir en busca de los hombres desaparecidos de su Departamento. Pero reflexionó y decidió que sería descabellado. Al y Lamancha habrían ordenado una búsqueda intensiva y secreta y en todo caso él no se hacía ilusiones sobre el hallazgo de dos hombres que ahora podrían encontrarse en cualquier parte del Continente, y tal vez ya allende los mares.

No, lo que realmente quería hacer era algo diferente

Una vez hubo terminado su desayuno, cogió un bloque de papel y escribió dos cartas: una a Lamancha, declarando que se presentaría para trabajar en Isolation a principios de la semana siguiente, puesto que le habían ordenado se tomase unos pocos días de descanso; la otra a Al, explicándole lo que le decía a Lamancha, y continuando;

«Probablemente estará usted furioso contra mí por marcharme contraviniendo sus órdenes y luego tener el valor de pedirle me encubra en el Departamento. Creo que demuestro ser un cínico si le digo que después de haber estudiado su adicto de primera dosis —un servidor— le queda la oportunidad de otro que ha pasado un poco de la primera fase. Me refiero a Leda, naturalmente. Pero estoy seguro de que la tentación de... bueno, de ver de nuevo el varm, si así lo prefiere... significaría para mí una gran prueba si permanezco ocioso en Nueva York. He decidido por tanto marcharme para ir a preguntarle a algunas personas varias cosas que se me han ocurrido como resultado de haber leído los historiales que usted tuvo a bien prestarme. Puesto que sólo dispongo de tres días, tendré que darme prisa»

Cerró las cartas y las depositó en el buzón de la planta baja. Luego llamó al aeropuerto y pidió reserva para el expreso de la Costa Mach 5 que tenía su salida a las 11 de la mañana.

Había un hombre además de Martínez que injustamente fue expulsado de su empleo, y era a aquél a quien Greville se proponía visitar en primer lugar.

La sala de espera del aeropuerto estaba llena de gente, naturalmente, pero se notaba algo raro en la distribución de las personas sentadas o de pie en su recinto. Greville se detuvo en el umbral y contempló la escena con el ceño fruncido. La mitad de las cincuenta y tantas personas que estaban presentes se hallaban concentradas en un rincón, apiñadas, escuchando a alguien a quien Greville no podía ver, un hombre que hablaba acaloradamente.

La curiosidad le llevó hasta allí, y cuando estaba cerca captó un retazo de lo que estaba diciendo.

—...escapar de las limitaciones físicas de este mundo superpoblado empleando el conocimiento que se ha puesto en nuestras manos.

Oh, Señor. Holmesitas. Hoy día Holmesitas por todas partes, con su voluble y falsa palabrería y su lunática fe en la proyección astral y dominio de la voluntad sobre la materia. Antes de marcharse pudo ver unos instantes al hombre que llevaba la voz cantante... un joven no mayor de treinta años sosteniendo en la mano unos papelotes escritos con letra de imprenta que le servían para recalcar sus palabras gesticulando con ellos. Probablemente este mismo hombre subiría a bordo del mismo aparato que Greville; al igual que otros cultos excéntricos durante más de un siglo, el movimiento Holmesita había plantado más hondas sus raíces en la Costa del Oeste que en el comparativamente conservador Este y Sur.

Los que le escuchaban le prestaban profunda atención Esto era lo más temible de todo.

Pero de pronto la atmósfera de interés y beneplácito fue rota por una voz desafiante que Greville reconoció:

—¿De modo que lo que vosotros queréis es que nos convirtamos todos en adictos a los sueños felices, verdad?

¿Joe Martínez? Greville se puso de puntillas v estiró el cuello para mirar entre las cabezas de los asistentes y vio que, efectivamente, era Martínez el que, de pie frente al Holmesita, le plantaba cara. Tenía los brazos cruzados en el pecho y, tanto su actitud como el tono de su voz, demostraban que no le había gustado lo que dijo el otro.

—No dije tal cosa —replicó el Holmesita—. Es un asunto puramente personal. Lo que mantengo es que Holmes nos enseñó el camino.

—¿Ya sabe que es ilegal? ¿Sabe que es una droga estupefaciente?

Tensamente, el Holmesita eligió un panfleto de entre los que tenía en la mano.

—Debiera usted leer este texto que trata sobre el estado legal de

los sueños felices. Cuando Holmes lo usaba, no era ilegal, y estamos ahora empeñados en una intensa campaña en las Naciones Unidas para que se rescinda el estatuto contra ellos.

—De todas formas —dijo la vacilante voz de una mujer—. ¿Acaso no negaron los expertos que son peligrosos? ¡Fue accidentalmente que se declararon ilegales!

Martínez hizo caso omiso de la interrupción. Alargó una mano y señaló con dedo acusador al joven drogado.

—¿Hasta qué punto se toma usted en serio esa propaganda que está haciendo?

—Estoy absolutamente convencido de lo que digo —replicó el joven.

—Comprendo. ¿De modo que es usted un adicto a esa droga, verdad?

El joven demostró cierto nerviosismo. Sus ojos repasaron el uniforme de Martínez. Contestó:

—Como no es legal… naturalmente… Pero estamos haciendo una campaña, como dije, para que se rescinda el estatuto.

—¿Qué diferencia representa para usted una mala ley si cree lo que predica? Tiene usted conciencia, ¿verdad? No es el respeto a la ley lo que le detiene… ¡es porque usted sabe perfectamente bien lo que ocurre en realidad a los adictos a esa droga, y no en ese mundo agradable y fantástico suyo! Se convierten en deshechos humanos, si es que se les puede llamar humanos… que abandonan sus hogares, familias y responsabilidades. ¡Ustedes, los Holmesitas, no. son más que un atajo de repugnantes embaucadores!

El rostro del joven estaba muy pálido. Con cierta dignidad, dijo.

—Eso no está bien viniendo de ustedes, ahora que todos sabemos que los agentes de las Naciones Unidas se están aprovechando de su posición para soslayar las barreras legales que detienen a las personas corrientes como nosotros…

—¡Miserable vicioso…! —rugió entre dientes Martínez, y dio un paso hacia el otro.

—¡Martínez! —gritó Greville—. ¡Alto, Martínez!

Al oír su nombre, Martínez se detuvo, el puño amenazador ya' levantado. Volvió la cara y vio a Greville; su rostro palideció. Luego se contuvo con esfuerzo y sus hombros se hundieron. Dio media vuelta y se abrió paso entre los asistentes hasta que llegó junto a Greville.

Sin mirar al otro, dijo:

—Gracias. Hubiese sido bueno para calmarme los nervios haberle dado su merecido, pero no habría demostrado nada.

—Nunca es bueno argumentar con un Holmesita —dijo Greville—. Tienen el ánimo resuelto. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias —Martínez aspiró profundamente y luego expulsó lentamente el aire de sus pulmones—. Ya se me pasó—. Miró á la gente que estaba a sus espaldas, que escuchaba otra vez con profunda atención al joven Holmesita, e hizo un gesto de disgusto—. Aunque todavía me gustaría... no, será mejor que lo olvide. ¿Qué hace usted aquí? ¿Va al Instituto?

Greville movió negativamente la cabeza.

—Voy a Los Angeles para ver si puedo entrevistarme con Franz Wald. ¿Le conoce usted de cuando estuvo él en el Instituto, verdad?

—De vista, sí.

—¿Qué clase de persona es?

—Jovial, al parecer muy inteligente. Tiene un aspecto bravucón que probablemente encubre un carácter tímido, no hace amistades fácilmente y está siempre con su trabajo. Las únicas personas con quienes mantenía conversación eran Barriman y Kathy Pascoe, y tuvo una discusión con Barri-man, de modo que si usted desea de verdad conocerle tendrá que pedírselo a Káthy.

—Cuando fue trasladado a Los Angeles fue destinado a las investigaciones biológicas, ¿verdad?

Extrañado, Martínez se quedó mirando al otro.

—¿No lo averiguó usted antes de decidirse a hacer el viaje?

—No lo pude hacer, ño me era posible. Las órdenes que he recibido me mandan permanecer en casa para descansar, por lo que no me atreví a hacer preguntas que pudiesen revelar que me dirijo a California

—Comprendo —dijo Martínez, cuyos negros ojos estudiaron detenidamente el rostro de Greville—. Bien, por lo que recuerdo, Wald fue a parar a uno de los proyectos de fertilización marina en Los Angeles No sé cuál, lo siento.

—Gracias por su indicación de todos modos. Nó dude de que me será fácil encontrarle.

Sé estableció un momento de tenso, silencio. Du-rante el mismo, la mirada de Martínez estuvo clavada en el reloj, esperando llegara la hora de salida de su avión.

—¿Y usted? —preguntóle Greville luego, esforzándose para mostrarse amable con su interlocutor, dadas las circunstancias que tuvo que sufrir Martínez Id otra noche.

—Vuelvo al Instituto... por el camino largo, por Topeka, el mismo camino que llevó usted y en el que se atascó. Voy allí a aclarar lo que

tienen contra mí en mi trabajo. Deseo que lo disfrute ese — añadió con amargura.

—¿Dónde le envían?

—Me trasladan a «Servicios Generales de Seguridad», esto es todo cuanto sé. ¿Y usted? ¿De cuánto tiempo dispone para poner en práctica sus ideas?

—Tengo unos tres días. Después debo presentarme en Isolation para trabajar con Mark y Rice. ¿Hay alguna novedad reciente de allí?

—Sólo han estado una semana...

Sonó un timbrazo y surgió un número en un cartel anunciador. Martínez no pudo reprimir un suspiro de satisfacción

—¡Mi vuelo! —exclamó—. Debo irme. Espero verle alguna vez.

Greville asintió en silencio y le estrechó la mano.

El joven Holmesita se hallaba, en efecto, en el mismo avión que Greville. Pero no representó ningún problema. Aunque los Mac 5 volaban muy alto, muy por encima de los fenómenos meteorológicos y eran la forma de transporte aéreo de más estabilidad y mejor desarrollado, Greville sufrió de agudo mareo durante el transcurso del viaje, quejándose calladamente. Cuando el aparato tocó tierra, sintió el verdadero alivio.

El veraniego tráfico hacia Los Angeles se dirigía principalmente hacia los pontones enfrente de la costa. La colorida complejidad de esta flotante sub-ciudad en la que coches, lanchas y helicópteros eran utilizados a la vez como medios de transporte y donde más de cincuenta mil personas vivían una existencia marítima, era famosa como representante de uno de los pasos reales hacia la solución de la superpoblación. Pero Greville no disponía de tiempo para contemplar todo el conglomerado que flotaba en el mar ni la sucesión de arcos que enlazaban la flotante ciudad a la verdadera. Se dirigió directamente a un teléfono público y se puso en contacto con la Central de la Oficina de Alimentación y Agricultura. Una voz de mujer le contestó:

—Sí, el doctor Franz Wald figura en la plantilla. Sí, en la Granja de Experimentos Marinos número cinco. Sí, ahora está allí. Es difícil conseguir una entrevista debido al mucho trabajo que tiene pendiente.

Greville le dijo que no se molestara por la entrevista. Dejó el teléfono y se fue en busca de transporte para trasladarse a la granja marina. Se decidió por un helicóptero, considerándolo un medio rápido, pero tuvo que esperar turno durante más de un cuarto de hora, lo que le sugirió que mejor debiera haber elegido un vehículo que

aunque más lento le hubiera llevado antes. Pero, cuando lo pensó, era demasiado tarde para abandonar su turno.

Aquí, con los matutinos rayos solares acariciando los pontones frente a la costa, era casi posible caer en la falsa lucidez y bullicio de todo cuanto se ofrecía a la vista. Pero, mirándolo con fijeza, desde más cerca, no era difícil ver traslucirse la realidad. No todo el mundo se movía con rapidez y propósito; cual andrajosos fantasmas, docenas de hombres y mujeres ociosos contemplaban apoyados en la barandilla de los pontones con mirada perdida en las aguas sucias del mar, apenas dándose cuenta del paso de las rápidas embarcaciones que cruzaban por su campo visual. Todos ellos estaban morenos, curtidos por el sol, y parecían gozar de salud, pero eran individuos flacos y desmirriados, y su apatía nacía de una absoluta falta de esperanza. Al verlos, Greville sintió un estremecimiento. Hacía mucho tiempo desde la última vez que había estado en Los Angeles, y ya se había olvidado del problema de los vagabundos de la costa.

Ahora los tenía enfrente. Aquí estaba la gente que había renunciado a la vida, viendo un futuro estremecedor, un futuro que sólo les deparaba más superpoblación, más estrecheces, más hambre, por lo que no encontraban razón en malgastar sus esfuerzos para diferir lo inevitable. En todas partes había gente así, más o menos tolerada —en las pululantes ciudades chinas se les llamaba «los abandonados a la suerte», en Europa, *fainéants* o *Leergeistige* o vagos. En Nueva York no se les veía fácilmente; la ciudad era grande, y se confundían entre la enorme masa de gente. Pero aquí, en la Costa del Oeste, eran vagabundos de la playa, y la bondad del clima les permitía vivir a la intemperie.

Greville se fijó particularmente en uno de ellos, un hombre bastante bien parecido, que debía frisar la cuarentena y que permanecía apoyado en un montón de rollos de cuerda en el otro extremo de la pequeña plataforma de helicóptero en donde él esperaba. El hombre llevaba una camisa con una manga rasgada y unes pantalones de tela azul; tenía los ojos cerrados contra el sol. Durante todo el tiempo que Greville estuvo allí, el hombre no hizo movimiento alguno, salvo la respiración.

¿Adicto? Este pensamiento cruzó la mente de Greville. ¿Habría este hombre abandonado su hogar, familia y trabajo porque los sueños felices habían destruido en él su interés por las cosas reales? Estuvo tentado á acercársele y preguntárselo, pero suspiró y se quedó en el mismo sitio. Suponiendo que fuera un adicto en fase avanzada y pudiese ser identificado y devuelto a su casa... no se le podría obligar

á, permanecer en ella a la fuerza, no tendría interés para con los suyos y representaría una crueldad incesante para dos que estuvieran a su alrededor. En cuanto a la curación, bien patente estaba en su memoria el recuerdo del epitafio del caso A-HD-107: «Fallecido en el Sanatorio de los Angeles Piadosos».

La entrada del edificio de la granja marina — construido sobre pontones— olía acusadamente a pescado. Greville, intentando ignorar el fuerte olor, se encaminó hacia la mesa del recepcionista.

—¿Quiere hacer el favor de decirme si está visible el doctor Wald? —le preguntó—. Me llamo Greville, del Departamento de Narcóticos.

El recepcionista le miró fijamente un momento, luego le señaló una silla y desapareció detrás de un tabique aislado dé ruidos. Greville permaneció sentado pacientemente en medio del hall, desde donde podía contemplar el agua de los estanques experimentales que reverberaba los rayos del sol.

—¿Greville?

Al oír su nombre levantó en seguida la cabeza. Una mujer alta y delgada vestida con uniforme de verano había atravesado sigilosamente el hall y estaba enfrente de él, el rostro sereno, más adusto, Greville asintió.

—Soy la doctora Fizer —dijo la mujer—. Estoy a cargo de esta granja. ¿Qué desea?

—No quería molestar a nadie —dijo Greville, intuyendo que algo no iba bien—. Yo sólo...

Ella le interrumpió con una sonrisa sombría.

—Cualquiera que pregunte por el Doctor Franz Wald nos molesta. El recepcionista tiene órdenes de informar en tal sentido a cualquiera que pregunte por él. Supongo fue usted quien llamó a la Oficina Central tratando de localizarlo.

—Sí, fui yo.

—¿Me permite sus documentos de identidad?

Greville los sacó y se los entregó; ella los estudió y devolvióselos, asintiendo. Recostándose en una silla y cruzando las piernas, ella prosiguió:

—Bueno, ¿qué desea usted del Doctor Franz Wald?

—Simplemente hacerle unas pocas preguntas. Emplearé en ello el mínimo tiempo posible.

—¿Algo relacionado con los adictos a los sueños felices?.¿Algo que tenga que ver con los animales de experimento desaparecidos cuando él estaba trabajando en el laboratorio?

—En parte, sí.

—Comprendo. Bien, pues voy a pedirle que cambie de parecer y se marche. —La doctora Fizer levantó una mano para impedir lo que Greville iba a decir—. Oiga, esta es una rama de la Oficina de Alimentación y Agricultura. Nuestra misión está principalmente ocupada con problemas alimenticios. Sin duda sabe usted que la mitad de la población del mundo apenas puede comer; tal vez sepa que si el cultivo del mar hubiera estado en un nivel apropiado a finales de siglo esto no habría ocurrido. Por consiguiente, tenemos treinta años de trabajo atrasado que es preciso hacer.

—Todavía no comprendo...

—Déjeme terminar. El Doctor Wald es un bioquímico de primer rango. Su trabajo consiste —así lo suponemos— en estudiar diversos aspectos de la extracción de alimentos del agua del mar por los mariscos. Es un trabajo que requiere de toda su atención. Precisamos los resultados que él nos puede conseguir. /

—¿Pero qué tiene esto que ver...?

—¡Cállese de una vez! Cuando supimos que el Doctor Wald había sido destinado a este Centro nos alegramos mucho, ya que su reputación le había precedido. Le pasamos un programa de investigaciones completamente planeado, pendiente de su resolución a causa de falta de personas idóneas para ello. ¡Pero durante sus seis meses de estancia entre nosotros sólo hemos conseguido de él un mes de trabajo... porque no quería hacer nada más excepto sus condenados sueños felices!

—¿Quiere insinuar que es adicto? —preguntó Greville, con la duda de si se le habría escapado algo de lo que la doctora Fizer había dicho.

—No. Al menos no creo que lo sea... aunque si ello no interfiriera su labor no me importaría. —La doctora Fizer hablaba con tono lúgubre—. Lo que quiero decir es que, mientras creíamos que estaba empeñado en el proyecto que se le había asignado, malgastaba la mayor parte de su tiempo teorizando acerca de los sueños felices. Y hasta que le obligamos a cambiar de idea, estuvo invitando aquí a adictos a esa droga, pagándoles un dólar por cada visita. Lo único que puedo decir en su descargo es que les pagaba de su propio bolsillo. Y ahora, cuando al fin hemos logrado sujetarlo a control, viene usted, del Departamento de Narcóticos con la pretensión de hacerlo volver de nuevo a las andadas.

—Lo siento —dijo Greville tras una pausa—. Creo que si usted, valiéndose de su autoridad, se lo propone, puede impedirme ver al Doctor Wald. Aquí, naturalmente. Pero esto sólo significaría que yo

tendría que esperar hasta que el doctor terminara su trabajo y saliera a la calle.

—¿Pero cómo? Si su Departamento se siente tan interesado en saber lo que el Doctor Wald opina sobre los sueños felices, ¿por qué lo enviaron aquí? ¿Por qué nos complicaron con un costoso proyecto y ahora quieren arrebatarnos a nuestro hombre-clave?

—No tenemos intención de llevárnoslo —puntualizó Greville—. Pero es preciso le diga, doctora Fizer… que a menos que lleguemos al fondo del problema de los sueños felices, mucha gente de valía va a desaparecer, y no seremos precisamente nosotros quienes nos la llevemos.

—¿Qué quiere decir?

—Esto: ¿Cómo podrá continuar su programa de investigaciones si a partir de ahora, en dos años, su personal empezará a emigrar a los pontones de la costa para sentarse allí a tomar el sol y pudrirse como los demás vagabundos? El hábito se va extendiendo, y los agentes de las Naciones Unidas no somos menos humanos que las demás personas.

Los ojos de la doctora Fizer se dilataron. Dijo:

—¿Habla en serio o se está burlando de mí?

—Ya han desaparecido dos agentes de Nueva York. Dios sabe dónde, pero nosotros sabemos por qué.

La doctora Fizer se levantó lentamente, moviendo con pesar la cabeza.

—Bien —dijo de pronto—. Le conduciré hasta el Doctor Wald.

CAPITULO XV

Wald era un hombre alto y delgado con una cabeza pequeña, redonda y ojos de mirar penetrante. Permanecía encorvado sobre una alberca en cuyo fondo había colonias de mariscos; era una de quizá cincuenta que en hilera aparecían adosadas a la pared del laboratorio de temperatura controlada.

No se volvió cuándo Greville entró en el laboratorio.

—¡Por favor, Ilse, no interrumpas! —espetó—. ¡Estoy muy ocupado!

La doctora Fizer se acercó a Greville y le dijo al oído:

—Parece que está realmente interesado, ¿ve?

Greville no contestó. Contemplaba, fascinado, lo que el Doctor Wald estaba haciendo. Tentaba con un tubo brillante en cuyo extremo había unas agudas pinzas, las mandíbulas de una ostra. Junto a las pinzas, había un diminuto gancho provisto de cebo: tres veces las cerró. La cuarta vez, Wald hundió en la abertura las pinzas y dio suelta al dispositivo para mantenerlas abiertas, de modo que el cebo cayó al fondo e inmediatamente retiró su instrumento... con la muestra de la secreción que buscaba.

—¡Ah! —exclamó, y se apartó el pelo de los ojos—. Estupendo, Ilse, lleve esta muestra a analizar...

Entonces se dio cuenta de quién había entrado en la habitación.

—Ahora se lo llevo, Doctor —dijo la doctora Fizer alargando la mano—. Este señor es el Agente Greville de! Departamento de Narcóticos. Insiste en hablar con usted. .

—¿Es preciso ahora? —Los oscuros ojos de Wald se clavaron escrutadores en el rostro de Greville, cual las pinzas que se habían hundido entre las conchas de la ostra—. Bueno, si se trata de otro animal de experimento desaparecido del laboratorio del Instituto, yo no soy el responsable. Y si no se trata de eso. no me interesa.

Se volvió y cogió una toalla para secarse la húmeda mano.

La doctora Fizer, demostrando claramente que se alegraba de marcharse, cogió las pinzas con la muestra para analizar y salió de la estancia. Greville se humedeció los secos labios,

—Lamento importunarle. Doctor Wald, pero...

—Mire —le interrumpió Wald coleando su toalla en un gancho de la pared—. Mi relación con los narcóticos ha terminado. Esto me lo hicieron saber muy bien. Yo debiera haberlo sabido mucho antes de que me expulsaran del Instituto.

—Sí —dijo Greville—. Fue algo relacionado con la- desaparición de unas ratas, ¿verdad? Barriman le echó a usted la culpa por alguna razón. Evidentemente, usted no fue responsable del robo del chimpancé desaparecido recientemente, lo que sugiere que Barriman tenía algún... algún prejuicio contra usted.

Wald soltó un bufido:

—¡No me diga! ¡Ahora resulta que alguien me rehabilita!

—Como usted quiera —dijo Greville y se apoyó en el borde del tanque más próximo a él.

—¡No se apoye ahí! —rugió Wald—, Coja una silla si es que está cansado de estar de pie... detrás de usted tiene varias.

Greville se irguió.

—Lo siento. Lo que busco es la razón de ese prejuicio. Tengo entendido que usted mantenía una teoría especial sobre los sueños felices. Las teorías corrientes no nos han conducido hasta ahora a ningún resultado positivo. Tratándose de la química de los estupefacientes, soy bastante lego en la materia. Soy un investigador, eso es todo. Pero me gustaría saber sus ideas.

—¡Pregúnteselo a Barriman! —espetó Wald—. Él las ha oído a menudo.

—Vine aquí para saber la versión de usted, no la de él —replicó Greville.

Durante un momento Wald permaneció ensimismado, como si estuviese luchando consigo mismo. Al fin se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? —dijo—. Deme una de esas sillas y tome usted otra.

Greville lo hizo y se sentó.

—¿Lego, dijo? —Wald gruñó tras una pausa.

—Sí.

—¿Qué sabe usted sobre los aspectos biológicos de la estupefacción por drogas?

Greville frunció el ceño.

—Bien, esencialmente es un asunto de trastornos del metabolismo. Los factores sicológicos comprometidos no son determinantes particularmente... pues, por ejemplo, el componente oral del fumar puede ser satisfecho por otras compensaciones orales. Pero el efecto del tabaco sobre el sistema de almacenaje de azúcar del hígado es determinante y crea síntomas específicos de enajenación.

Wald movía afirmativamente la cabeza.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Veo que conoce lo básico. ¿Qué me dice de la neuroquímica, de los procesos cerebrales, del

mecanismo de la percepción...? ¿Está usted al corriente de esto?

—No mucho.

—Bueno, entonces empezaremos aquí. Usted piensa, ¿verdad? Usted percibe impresiones del mundo exterior en forma de señales cifradas a través de los nervios; el nervio óptico, los nervios de la piel, sus energías; sus nervios cinemáticos le dicen dónde están sus miembros, y así sucesivamente. Usted no percibe nada directamente. Todo su conocimiento del universo, incluyendo su cuerpo físico, existe... bien le llamamos existencia... en la forma de esas señales que pueden ser almacenadas en las células del cerebro como energía electroquímica. ¿Me sigue hasta ahora?

Greville asintió. Wald hablaba de un modo harto didáctico, cual un cansado profesor enseñando a su quincuagésima clase el mismo elemental tema.

—Se puede alterar este sistema de almacenaje que llamamos memoria de muy diversas maneras: por ejemplo, mediante la hipnosis, se destruye la potencia de absorción. Es posible estimular el recuerdo total con Id acción de suaves corrientes eléctricas en el cerebro. Se puede alterar también la misma percepción, y la clase de drogas que producen alucinaciones son las que lo hacen.

Se inclinó hacia delante, los ojos fijos en Greville, y su voz se hizo más cálida, como si estuviese ahora dominado por un entusiasmo del que antes carecía.

—Lo que intento hacerle ver es esto: Nuestro total conocimiento del universo, lo que presumimos es la realidad externa... si es que existe... depende absolutamente de los complejos compuestos activos que forman nuestros nervios y las células de muestro cerebro

—¿Quiere decir que la realidad externa es una invención de nuestro...?

—¡No, no no! —interrumpióle Wald en tono exasperado—. El Berkelianismo es una opinión completamente hipotética que es inconsistente con la experiencia humana. Soy práctico cuando se trata de la realidad, o como la quiera llamar. La humana experiencia indica que hay algo externo en nuestro sistema nervioso que actúa sobre los órganos de percepción, y, sea lo que fuere en su propia esencia, debemos aceptar que está ahí. ¡Pero no nos apartemos de la cuestión!

Ahora, admitirá usted que cada característica que atribuimos al mundo externo, hasta donde nos es posible, es subjetiva en el sentido de que su identidad depende del recibo y almacenaje de impulsos nerviosos cifrados en nuestro cerebro. En «realidad» digamos, a la vista de un ser puramente inmaterial que podemos hipotetizar como

percepción de la luz y otra radiación e incluso sustanciar y recordarlos como ellos mismos más bien que como impulsos cifrados... a la vista- de este ser imaginario, pues, la naturaleza del agua de ese tanque es agua-naturaleza. Pero, para usted y para mí, es una colección de características. ¿Me sigue? Es azul-verdosa, es líquido, húmeda, salina, fría al tacto y así sucesivamente. Podríamos definir las características con más precisión, si la analizáramos, midiéramos su temperatura, peso, volumen, densidad, índice de refracción... pero nada de lo que pudiéramos hacer o concebir fijaría su naturaleza en nuestra mente de ninguna forma excepto una serie de impulsos cifrados.

Greville dijo de pronto, tímidamente;

—Creo... creo que sé dónde apunta usted.

Los ojos de Wald le miraron escépticamente.

—Bueno, dígamelo. Probablemente está equivocado.

—Usted dice —declaró Greville, formulando sus palabras con cuidado, y haciendo pausa en las frases para comprobar su lógica— que cualquiera que sea la naturaleza del mundo externo, es dúctil en cuanto a la humana percepción se refiere. Nuestra idea del mundo depende de símbolos que a su vez dependen de los constituyentes reales de nuestro sistema nervioso. Desde este punto de vista, un... bueno, un hombre drogado con mescalina, por ejemplo, experimenta un mundo que no es menos real por ser una opinión particular.

—¡Vaya! —exclamó Wald en tono admirado—. Finalmente encontré a alguien con sentido. Prosiga.

—Ahora ya no sé continuar —reconoció Greville, sintiendo húmedas las palmas de sus manos, como si estuviese a punto de hacer una tremenda revelación—. Me dijeron que estuvo usted recibiendo aquí a adictos a los sueños felices para hacerles preguntas. ¿Fue para confrontar con ellos esas ideas que tiene?

—¿Adictos a los sueños felices? ¿Tenía necesidad de molestar a esos pobres diablos? Estuve ignorando a Holmesitas para ver cuánta verdad hay de lo que van contando, y, francamente, hay muy poca, todo son embustes... —Se calló abruptamente—. ¿Quién le informó de ello?

—La doctora Fizer

—No es capaz de identificar a un Holmesita a dos palmos de sus narices. No tiene en la cabeza más que sus amados peces. Hay gente que llama a eso devoción. —Wald soltó una forzada carcajada.

—Pero... ¿ha hablado usted con adictos?

—Sí, así ha sido, y ellos se han mostrado complacientes conmigo, no es probable que les pague su cooperación denunciándolos a un

agente del Departamento de Narcóticos, ¿verdad? —replicó Wald.

—No me entendió usted. Lo que me interesa saber es si alguno de ellos ha manifestado algo sobre un nuevo color, que puede o no llamarse varm.

—¿Varm? No sé lo que significa. —Wald hablaba con impaciencia—. El color es una de las principales cosas afectadas que hay que esperar… al fin y al cabo es el subjetivo más fundamental de las impresiones sensorias. Pero el contenido incidental de la visión del soñador no importa. ¿Todavía no ha comprendido lo que importa?

Greville movió la cabeza negativamente.

—¡Pero hombre! —rugió Wald, pegando una palmada sobre la superficie del tanque junto a él, espantando a un grupo de vistosos peces de la más próxima pecera—. ¿Qué distingue a los drogados por los sueños felices de los demás que se entregan a drogas que producen efectos alucinantes? ¡Su acción específica sobre las células cerebrales, naturalmente! ¡Su acción acumulativa cuando se depositan en los tejidos! —Sonó un timbrazo estridente al fondo del laboratorio y Wald se puso en pie, estudiando su reloj—. No puedo concederle más tiempo, Greville. Debo efectuar mis gráficos diarios, y no quiero tener que estarme aquí demasiado tiempo para terminarlos. Voy a tener que aguantar las quejas de Fizer porque no lo eché de aquí en seguida.

Greville se levantó también, lentamente.

—Deseaba hacerle otras preguntas —empezó a decir.

—¿Para qué? —Wald se había vuelto de espaldas y tenía en las manos un largo termómetro extraído-del tanque; estudiaba el hilo de mercurio con concentrada atención—. Deseaba usted mi estúpida teoría y se la he dado… o al menos lo he intentado. Si desea algo con «sólida base científica» —miró en derredor brevemente, y Greville pudo ver que en su boca había un rictus irónico— vaya a preguntárselo a la gente que no ha sido expulsada del Instituto. Kathy Pascoe es una chica muy inteligente; si Barriman no se la quita de encima, aún está a tiempo de reconocer lo que es evidente.

—La conozco. Estuve allí la noche en que fue robado el chimpancé.

—¡Robado! —repitió Wald y se volvió, encarándose con Greville-—. ¿Todavía cree que un Holmesita robó ese bicho? Creí que era más inteligente. He hablado con Holmesitas, con docenas de ellos, y ninguno tenía inteligencia suficiente para realizar un truco como ese. ¡Y no fui yo quien robó esas condenadas ratas! ¿Qué podría yo hacer con un puñado de roedores comidos de pulgas? Al parecer, Barriman va a llegar hasta…

A Greville no le interesaba saber la opinión qué sustentaba Wald

sobre Barriman. Así que interrumpiólé:

—Y bien, ¿qué pasó entonces con el chimpancé?

—Lo mismo que con los adictos a los sueños felices —dijo Wald con acrimonia. El timbre del fondo del laboratorio sonó otra vez, con más insistencia, y el doctor añadió—: Salga de aquí, Greville. Si digo más de lo que pienso, me va a llamar usted estúpido y ya he oído bastante de boca de Barriman para no olvidarlo en lo que me resta de vida.

CAPITULO XVI

Greville optó por caminar en vez de tomar un helicóptero que lo alejara de la granja marina. Necesitaba tiempo para meditar lo que Wald le había contado. Seguía una serie de pasarelas que flotaban precariamente y que separaban los estanques experimentales uno de otro; vio que era posible alcanzar un largo muro de contención contra la erosión y que siguiéndolo llegaría a una arenosa playa en la que estaban echados una docena de hombres y mujeres. No se hallaban allí para tomar el sol, según podía ver, pues llevaban puestas las ropas. Sin embargo, no podía preocuparse menos dé lo que estaban haciendo allí.

Su ánimo se fue calmando a medida que caminaba. Claramente, Wald mantenía algo tan desorbitado como las teorías de los Holmesitas. Sus raciocinios podrían sólo ser superficiales... ¿no sería un juicio apresurado? Wald disponía de pruebas de su lado —negativas más que positivas, pero pruebas— y Greville dudaba de su propia capacidad para criticar la base filosófica de su teoría. Explicaría muchas cosas...

Uno de los hombres que había estado tumbado estaba ahora en pie cogiendo un puñado de guijarros. Greville, abriéndose paso hacia el muro siguiendo las vacilantes pasarelas, le dirigía de vez en cuando alguna mirada.

Wald le había dicho que fuera a ver a Kathy Pascoe. Esto era lógico. Localizar la oficina de Racionalización del Transporte más próxima y buscar algún medio de locomoción que lo llevara a Pueblo o algún sitio cerca del Instituto...

El hombre de enfrente tenía sus guijarros en las manos y caminando por el muro se detuvo a unas pocas yardas del agua del mar. Luego se sentó, las piernas colgando, y empezó a tirar lejos de sí los guijarros, uno a uno. Los demás no se hablan movido de su sitio. La atención de Greville se desvió inmediatamente para estudiar el problema que se le presentaba ahora de cómo pasar junto a aquel hombre sin caerse del muro. No, no podía pasar. El hombre tendría que dejarle paso.

Greville saltó de la última pasarela al muro de contención. El hombre sentado allí no demostró haberlo visto; aparentemente se le habían terminado los guijarros, pero no se le veía intención de leyantarse para ir en busca de más. Era un típico tipo de vagabundo de playa, con el pelo desgreñado, la barba crecida y ropas que, aun cuando limpias, parecía que habían sido lavadas con su dueño dentro

metiéndolas en el mar. Mantenía quietadla cabeza; ni siquiera la movió para mirar a Greville una vez éste estuvo a un paso de él.

—Por favor, déjeme pasar —dijo Greville con cuanta calma pudo. El hombre no demostró haberle oído. Pero Greville disponía de poca paciencia después de su conversación con Wald; con un pie tocó la pierna del hombre aquél.

—¡Déjeme paso! —repitió.

Ahora, lentamente, parecía que la niebla que turbaba la mente del individuo se empezaba a disipar. Al fin volvió la cara y miró a Greville, los ojos muy abiertos y sin vida y la boca ligeramente abierta. No delató el menor signo de reconocimiento, pero Greville se vio tan sorprendido que estuvo a punto de perder pie y caer al agua.

—¡Agnew! —musitó—. ¡Cielos, tú eres Richard Agnew!

La única reacción del otro fue encogerse, siguiendo sentado, de modo que a Greville le quedaba espacio del muro para continuar su camino hacia la costa.

—¡No, no es posible que te quedes aquí! —Greville se inclinó y le cogió por el cuello de la camisa, obligándolo a levantarse—. ¡No te permito que hagas ver que no me conoces! ¡Yo sé muy bien quién eres! ¡Y, lo que es más, ahora que te he encontrado, te voy a llevar al mismo sitio de donde te escapaste!. Te creíste que atravesando el Continente ibas a desaparecer como los demás... vaya, qué mala suerte, ¿verdad?

Se dio cuenta del disgusto y cólera que rezumaba su voz, tan cambiada que no parecía la suya de verdad.

—No te vale. Agnew —prosiguió—. No intentes engañarme... ¡Hace mucho que te conozco para no reconocerte!

En tanto hablaba, iba recordando cosas. Sí, no cabía duda alguna... éste era el Agnew que había desaparecido el otro día de Nueva York. Pero era una versión deformada del hombre a quien desde hacía tanto tiempo conocía, algo sin personalidad, vacío...

Agnew miraba pasivamente a Greville. Este le cogió del brazo con intención de llevárselo hacia la playa, y entonces se produjo una explosión de dolor en su cabeza. El mundo empezó a girar a su alrededor y sintió el agua invadirle los pulmones. En su cráneo repercutía el eco del violento golpe que Agnew le había propinado. Y no fue precisamente con el puño; debía haberle quedado un guijarro en la mano y lo empleó para dar más contundencia al golpe. Cuando Greville se recuperó lo suficiente para quitarse el agua de los ojos y mirar hacia la playa, pudo ver a Agnew corriendo como un animal salvaje por entre las dunas, hasta desaparecer de su vista.

Hubiese sido inútil correr tras él con tanto terreno de ventaja. Los vagabundos tendidos apáticamente en la arena habían hecho caso omiso de cuanto sucedió en sus cercanías, naturalmente. Y, además…

Greville se inclinó hacia delante y expulsó el agua salada que había tragado cuando cayó del muro.

Censurándose por su propia estupidez, se irguió y contempló su empapado uniforme pegado a su cuerpo y sus zapatos llenos de agua. Empezó a caminar hacia la playa. Había puesto la mano en el hombro de Agnew. Habíase visto cara a cara con un adicto a los sueños felices que había atravesado el punto de indiferencia… encontrándose con que estaba todavía lo suficientemente interesado para no querer ser llevado al sitio de donde huyó.

Al recordar la vacuidad de aquel rostro, Greville se estremeció. De grado o por fuerza, Agnew debía haber sido conducido a Nueva York para que todos aquellos que lo conocían pudiesen contemplar lo que los sueños felices habían hecho de él. Después de esto, Greville sabía muy bien que no "habría peligro de ser tentado por la droga. Ni siquiera por el placer de ver el varm.

El esfuerzo que tuvo que hacer para expulsar el agua de sus pulmones y estómago y el dolor de cabeza combinados hicieron que su avance hacia la playa fuese lento e incierto. Al poco, sin embargo, oyó el ruido de un coche que pasaba cerca, y al llegar a las dunas que había junto a la playa vio que estaba a la vista de una carretera principal. Se encaminó hacia allí y esperó en su borde la llegada de un coche que venía hacia él.

Hizo señas y el coche se detuvo de un violento frenazo, haciendo luego marcha atrás; era un automóvil abierto conducido por una mujer de mediana edad y saludable aspecto ataviada con un exiguo traje de verano, a estilo californiano.

—¿Pero qué le ha pasado a usted? —exclamó ella observándole intrigada mientras él se le acercaba—. ¡Pero si está empapado y sangrando!

—¿Sangrando? —Greville se llevó los dedos a la parte de la cabeza que le dolía y los retiró manchados de rojo. No se había dado cuenta de que estaba sangrando—. No tiene importancia —dijo—. ¿Querría usted…?

—Suba en seguida y le llevaré a casa de un médico —dijo la mujer —. ¡Claro que no es nada! ¡Pero si la tiene por el hombro y la espalda!

—¿Tiene teléfono en el coche? —dijo Greville pacientemente.

—¿Cómo…? Ah, sí, lo tengo.

—Por favor, déjeme usarlo. Se trata de un asunto de las Naciones

Unidas, algo muy urgente.

La mujer titubeó sólo un instante. Luego abrió el compartimiento del salpicadero, extrajo el aparato y se lo entregó a Greville. Mientras él hacía la llamada, ella le contemplaba con una expresión de asombro.

—Comuníqueme con la policía estatal, Departamento de Narcót… no, anúlela: con la división de Personas Desaparecidas. Dese prisa… derecho de prioridad de las Naciones Unidas, agente del Departamento de Narcóticos, Greville al habla.

La voz imperturbable del operador de la central reconoció la orden. Unos segundos después otra voz anunció su comunicación con la policía.

—Habrán recibido noticias sobre la desaparición de un hombre llamado Richard Agnew de Nueva York. Un empleado de las Naciones Unidas. Probablemente la recibieron anteayer o el día antes.

—Es posible —convino el operador policial con voz aburrida—. Ahora tenemos tantos…

—¡No me importa si no saben dónde meterlos! —espetó Greville—. Este Agnew es importante. Le hablo desde un coche situado en la carretera paralela a la costa, a la altura de la Granja Marina Experimental número 5 de la Oficina de Alimentación y Agricultura. Hay aquí un trecho de playa descuidada con algunos vagabundos.

—La playa de Paternóster —dijo el operador de la policía—. No puede ser en otra parte.

—Bien, pues. Acabo de ver aquí a Agnew y traté de llevármelo. Pero me golpeó con una piedra y caí al agua y entonces huyó. Este asunto pertenece al Departamento de Narcóticos y reclamo primerísima rapidez.

—¡Pero hombre, sea razonable! —dijo el operador—. Estamos ahora tan abrumados…

—Dije primerísima rapidez, y no bromeo. —Greville sacó su pañuelo y se lo llevó á la cabeza para contener la hemorragia; la mujer del coche le vio hacerlo y le ofreció una caja de apósitos, que él aceptó agradecido

—Tengo que comunicar con Nueva York sobre este asunto —dijo el operador estólidamente.

—¡Pero qué…! ¡Bueno, adelante! Hable con el Director señor Lamancha del Departamento de Narcóticos y él le calentará las orejas.

—Oiga usted, pelotillero, de las Naciones Unidas —dijo suavemente el operador—, no nos gusta que nos manden tipos de su calaña. Me comunicaré por los canales de rigor, y por lo que acaba de

decir, me tomaré el tiempo que me parezca. Y deseo que cuando le pegaron con esa piedra le hayan dado bien fuerte.

Se cortó la conexión. Al cabo de un momento volvió la voz del operador central.

—Monitor al habla. ¿Ha terminado su comunicación con la Policía Estatal?

Desde considerable distancia, Greville dijo lo que opinaba de la Policía Estatal, pero antes de terminar se tambaleó y dejó caer el auricular.

—¡Eh! —exclamó alarmada la mujer del coche—. Entre en seguida que le voy a llevar a casa de un médico.

Greville la obedeció sin chistar No era conveniente enfadarse por lo que acababa de ocurrir. Era simplemente su mala suerte que le había hecho tropezar con alguien que odiaba a los agentes de las Naciones Unidas; pero esto significaba, de momento, que la posibilidad de encontrar inmediatamente a Agnew se había desvanecido en el aire. Además, sabiéndose descubierto, Agnew muy bien podría salir del Estado.

Mientras el coche corría velozmente por la carretera, empezó a dudar de si efectivamente sería Agnew a quien había visto.

Una vez curada su herida se dirigió a la oficina de Racionalización del Transporte, puesto que no había razones que le aconsejaran permaneciera allí para dedicarse a la búsqueda de Agnew, con intención de que le prepararan la ruta hacia el Instituto. Le ofrecieron exactamente lo que esperaba… un pasaje en helicóptero de carga hasta Pueblo. Era de noche cuando llegó. En Pueblo había un camión que estaba cargando cajas para el Departamento de Investigaciones Puras del Instituto, y así efectuó el resto del viaje. Mientras viajaba en su cabina, Greville reflexionaba sobre las paradojas del mundo moderno. Si alguien quería atravesar un continente o un mar, podía realizarlo fácilmente en un vehículo de gran velocidad, y generalmente no era preciso esperar demasiado tiempo. Si uno deseaba efectuar un corto viaje, entonces era necesario esperar mucho y aprovechar lo primero que se presentaba.

Naturalmente, mayor número de personas necesitaban hacer viajes cortos. Esta era la razón.

Frente a la caseta de vigilancia junto a la puerta principal dio las gracias al conductor y se apeó. Uno de los vigilantes de turno, nervioso al parecer, solicitó sus tarjetas de identidad y luego las del conductor y se encaminó hacia la puerta para abrirla. Extrañado,

Greville dirigió la vista hacia las luces encendidas de las ventanas.

Evidentemente, algo estaba aquí ocurriendo. Llegaban a sus oídos voces irritadas y veía moverse unas sombras a la luz de un brillante reflector fotográfico.

Empezó a roncar el motor del camión y sus ruedas se pusieron en movimiento arrancando polvo con sus suaves neumáticos. Greville intentó seguirlo; luego cambió de parecer y llamó al vigilante.

—¿Qué ocurre?

Antes de que el hombre pudiese contestarle, abrióse la puerta de la caseta de vigilancia y apareció de pronto Martínez, se detuvo, y gritó a los que había dentro de la casa:

—¡Les repito que todo son falsedades!

Cerró la puerta y empezó a caminar, temblando violentamente. Pasó junto a Greville sin verle, los ojos desorbitados.

—¡Martínez! —gritó Greville—. ¿Qué pasa?

El hombre de Seguridad volvióse lentamente, el rostro encendido de rabia.

—¿Qué diablos hace usted aquí? Dijo que se dirigía a Los Angeles.

—Y fue así —Greville no quería dar detalles—. ¿Qué pasa, aquí?

—El stock de Barriman de sueños felices ha desaparecido de la caja fuerte de la caseta de vigilancia. Intenta acusarme de haberlo vendido a un adicto. Vaya y compruébelo usted mismo. Yo ya estoy harto de ello.

Detúvose en aquel momento un coche a unas pocas yardas de ellos. Greville miró hacia allí y automáticamente vio salir de él al Doctor Desmond, con su famosa cresta de albo cabello reluciendo a la luz de las ventanas.

—¡Martínez! —dijo con viva voz Desmond—. ¿Qué hace usted ahí fuera? Le dije que esperara a que yo llegase.

Martínez escupió al suelo, junto a los pies de Desmond y se alejó. Sorprendido, Desmond no hizo movimiento alguno para detenerlo. Otro de los enormes camiones de Investigaciones Puras se acercaba por la carretera y su conductor gritó para que le abrieran las puertas. Desmond se apartó apresuradamente y se introdujo en la caseta.

Tras un momento de vacilación, Greville le siguió al interior

La caseta de vigilancia consistía en una sola y larga habitación En su centro había una silla situada frente a una serié de controles y diales, sobre los cuales se veía una pantalla de televisión. Las paredes estaban llenas de dispositivos de alarma, tanto audibles como visuales; había un mapa equidistante del contorno del Instituto y un grupo de teléfonos con y sin pantallas, una de las cuales aparecía en brillante

rojo con las palabras: EMERGENCIA SOLAMENTE Detrás de la silla había una caja fuerte de casi cinco pies de altura, de un tipo que Greville reconoció... la perfección jamás igualada en seguridad. Ningún soplete, ninguna sierra por perfecta que fuese, nada conocido hasta la fecha sería capaz de producirle el menor rasguño. Con explosivos se podría volar un edificio antes de reventar semejante caja.

Ahora tenía la puerta entreabierta; con el empleo de una linterna para iluminar su oculto mecanismo, había un técnico que estaba, examinando su cerradura. Las otras personas que se hallaban en la habitación estaban compuestas por Barriman, Kathy Pascoe y un grupo de hombres de la Seguridad encabezados por un sargento con cara pálida que denotaba preocupación, que miró optimista a Greville cuando entró, confiando sin duda en que Martínez había decidido volver.

Tanto Kathy corno Barriman le miraron sorprendidos. Pero no dijeron una palabra.

Desmond demandó al sargento:

—¿Falta algo más de la caja?

—No, señor. Ahí dentro hay la nómina del personal, algunos objetos de valor depositados por particulares y catorce libras de polvo de oro gastado que se debe devolver a Los Alamos. Lo único que se han llevado son los sueños felices.

—¿Cuándo fue descubierto el robo exactamente?

Barriman intervino entonces:

—Martínez insistió en que yo guardara ahí la droga. He ido sacando lo que necesitábamos cada tres días. Esta mañana no calculé bien la cantidad... me faltaban cuatro granos. Me di cuenta de ello hace cosa de una hora y tardé algún tiempo tratando de localizar a Kathy por si acaso ella hubiese administrado el resto a los animales... quiero decir, en caso de que yo no hubiese cogido muy poco esta mañana y ella hubiera empleado más de lo que yo creía.

—No lo hice —dijo Kathy, y añadió—: Te lo hubiese dicho de haberlo hecho, Mike.

Barriman se limitó a encogerse de hombros.

—¿Está bien la cerradura? —dijo Desmond con voz rasposa. El técnico que estudiaba la cajá levantó la cabeza, el rostro resplandeciente de sudor.

—Perfecta —repuso con cansada voz—. Es ajustable hasta seis personas. Ahora está dispuesta para solamente tres... el jefe, usted, señor y el doctor Barriman. Lo que puedo afirmar es que no ha sido

tocada desde que la cambié para incluir al Doctor Barriman.

—Que fue cuando fueron depositados aquí los sueños felices... el mismo día del robo del chimpancé —dijo el sargento limpiándose el sudor de la frente.

De un modo extraño, en el interior de Greville sonó la voz burlona de Wald, diciendo: «¡Robado! ¿Todavía cree que fue un Holmesita quien robó ese bicho?».

La idea del paquete de sueños felices disolviéndose en el aire debía parecer graciosa de verdad, pero no estaba el ánimo de Greville para andarse con bromas.

Desmond miró a Barriman desconcertado. Los labios de Barriman se fruncieron.

—Esto nos reduce a una posibilidad—declaró—. Martínez tiene que ser quien abrió la caja. Sargento, ¿ha estado Martínez aquí solo en algún momento?

El sargento pareció turbarse.

—Sí, señor —admitió—. Esta tarde nos mandó practicar unos ejercicios de tiro en el otro lado.

—¿Y los supervisó desde aquí?

—Sí, señor. Eso es al menos lo que debía hacer.

—No sé lo que opinará usted, Desmond —dijo Barriman con voz áspera— pero si yo supiera que tenía que salir de aquí trasladado en cualquier momento, pocas ganas me quedarían de organizar un ejercicio rutinario de tiro.

Se estableció un momento de silencio, pues excepto el ruido que hacía el técnico manipulando en las piezas de la cerradura, nada se oía

—Muy bien —dijo al fin Desmond—. Sargento, confine a Martínez en su habitación. Mike, a usted le toca comunicar a Nueva York lo qué hemos decidido.

Greville se escurrió en cuanto pudo. Nadie podía apartar suficientemente la atención del misterio que envolvía a la droga desaparecida para preguntarle qué es lo que hacía allí; parecían suponer que estaba trabajando en cualquier misión oficial y les satisfaría esperar para ver cuál era.

Se fue paseando hasta el límite de los terrenos que delimitaban el Instituto y se sentó en una roca, levantando la vista al claro oscuro cielo y su mente se concentró en Wald y en Agnew, en Martínez y Barriman. Luego, cansado de meditar, cambió de posición y encendió un cigarrillo. Contempló su encendida punta, que le asemejaba un diminuto Marte.

En aquel momento oyó pasos a sus espaldas y se volvió.

—¿Nick? —dijo la voz vacilante de Kathy—- ¿Es usted?

—Sí.

Ella se le acercó y se sentó en la roca, a su lado, sin pronunciar palabra. Sólo era perceptible la respiración de ella. Al fin Kathy se movió y aclaró su garganta.

—¿Qué hace usted ahora aquí? —preguntó.

—Vine a hacerle a usted algunas preguntas.

Ella le miró sorprendida e inclinó a un lado la cabeza.

—¿A mí? —dijo extrañada—. ¿Qué clase de preguntas?

—Sobre los sueños felices. Hoy estuve en Los Angeles y vi a Franz Wald.

Una pausa. Su voz temblaba cuando habló de nuevo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo está? No me sorprendería que estuviese condolido y amargado, lo mismo que Joe.

—No parece usted convencida de que Joe se llevara la droga —comentó Greville.

—Pero no sé qué otra persona pueda habérsela llevado —repuso ella como desalentada—. A menos que... no sería totalmente absurdo. No comprendo nada este asunto.

Ella se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Mire, o bien la droga fue robada para vendérsela a los adictos... pero no puedo imaginarme a Joe haciendo una cosa así...

—Ni yo tampoco —interrumpió Greville.

—O bien la robaron para sabotearnos nuestra serie de experimentos. Tenemos algunos macacos que parece se están aproximando al mismo punto crucial de crisis que alcanzó Tootsie. Retrasamos un par de ellos... oh, no quiero molestarle con tecnicismos, pero le diré que con dos o tres dosis durante cosa dé una semana habrían alcanzado la crisis. Carentes de droga, ésos pobres animales se van a poner muy enfermos y nuestros experimentos habrán sido en vano. ¿Por qué desearía Joe hacer una cosa así? ¡Ojalá Mike tuviera más imaginación!

—¿Qué quiere decir?

—En nuestro oficio las cosas ocurren según rígidas reglas. Todo cuanto se le ocurre pensar para explicar la pérdida de la droga es que Joe ha debido robarla. No le interesa saber si Joe querría robarla. Llegó a la conclusión de que un Holmesita robó de un modo u otro a Tootsie, a pesar de todas nuestras precauciones. No está dispuesto a escuchar ninguna otra explicación. No tiene ninguna imaginación. Esta fue la razón de su desavenencia con Franz, usted lo sabe.

Preocupado, Greville la miró fijamente.

—¿Hay alguna otra explicación?

—Franz tenía una… había las ratas, recuerde. Debe usted saberlo, si estuvo hoy hablando con él sobre los sueños felices.

—¡Pero tiene la absurda creencia de que la gente se desvanece en el aire, y eso es absurdo!

—¿Absurdo? —dijo Kathy mirándole fijamente—. ¿Más absurdo que Tootsie esfumándose del laboratorio estéril? ¡Ahora me viene a la memoria el recuerdo de Franz argumentando con Mike sobre esto! Mike decía: «¡No creo que ningún científico de renombre conceda un momento de atención a esto!» —Hizo un esfuerzo para imitar la voz de Barriman cuando se sentía ofendido—, Y luego añadía: «¡Sé que usted es un avezado biólogo, Franz, pero aun así debe estar enterado de la ley de la conservación de la energía!». —La joven soltó una risita sarcástica.

—De todos modos, no es cierto —dijo Greville tras una pausa.

—¿Qué es lo que no es cierto?

—La idea fie Franz Wald. Esta tarde tuve la prueba de ello.

Greville explicó brevemente a la joven su encuentro con Agnew en Paternóster. Cuando terminó su relato, la joven suspiró.

—Honradamente, no me importa si Franz tiene o no razón… lo que sí me interesa es que es un hombre dispuesto a mirar los hechos cara a cara. No puedo lograr lo mismo de Mike Barriman.

—¿Es que quiere creer que la gente se desvanece físicamente? —preguntó Greville.

—No, pero si se puede dar una explicación a eso, la aceptaré. Mike preferiría morir. —Rió con risa falsa.

Greville estaba pensando su respuesta cuando una voz sonó en la noche, estremecedora, como si un gigante, echando atrás la cabeza, hubiera gritado con todas sus fuerzas.

—¡Greville! ¡El agente Greville debe presentarse inmediatamente!

—¿Qué diablos…? —murmuró Greville. Arrojó la colilla al suelo y se puso en pie.

—Procede de la caseta de vigilancia —dijo Kathy, levantándose también—. Iré con usted… pues de todas formas debo ir en esa dirección.

Se encaminaron silenciosamente hacia la carretera, dirigiéndose a la caseta de vigilancia. Finalmente, Kathy levantó la cabeza y dijo:

—Nick, ¿está seguro de que fue Agnew el que vio hoy?

—Sí —dijo secamente Greville—. En varias ocasiones hemos trabajado juntos. Le reconocería en cualquier parte. ¿Por qué?

—Tootsie no se dirigió a la costa para convertirse en vagabundo de playa.

La cabeza de Greville empezaba a resentirse del golpe recibido de Agnew. El aserto de Kathy contenía un tanto de razón. Prefirió callarse.

—¿No es bastante difícil que se haya usted tropezado con el único adicto a la droga a quien personalmente conoce y que ha desaparecido? —prosiguió Kathy, con un tono de voz abstraído, casi soñador.

—¡Es que tenía que suceder a la corta o a la larga! —espetó Greville—. Con un número cada vez más crecido de desapariciones, es inevitable que un día u otro nos encontremos con algunos de los que se han marchado, a pesar de cuantos intentos hagan para ocultarse.

Una brillante luz se encendió a sus espaldas y tuvieron que apartarse de la carretera en rápido movimiento para dejar pasar a otro enorme camión de Investigaciones Puras. Al parecer esta noche había muchos. Después de la interrupción, Kathy permaneció en silencio hasta que llegaron cerca de la puerta; se estaba cerrando tras el camión. En el momento en que el guardián se volvía para apartarse de ella, les vio acercarse.

—¿Es usted él agente Greville? —inquirió.

—En efecto.

—Tiene un mensaje ahí dentro. ¡Sargento! —añadió a pleno pulmón, e inmediatamente surgió un sargento con cara de preocupado en el umbral de la caseta.

—¿Greville? Hay un mensaje para usted de Nueva York. —Alargó la mano para entregarle un papel—. Hace unos pocos minutos que llamaron por teléfono. No me di cuenta de quién es usted, así que lo copié en este fono-memorándum.

—Gracias —dijo Greville y leyó lo que decía el papel con el ceño fruncido. Lo remitía Lamancha, y rezaba:

«Si es que no quiere obedecer las instrucciones de Speed y hacer las cosas como debe, hay algo más adecuado para usted que crear problemas en la Costa Oeste. Inmediatamente al recibo de este mensaje debe ir a Isolation, Kansas, y ponerse en contacto con el agente rural Vassily Marek. La misión de usted es buscar la pista que nos lleve hasta la joven Mandylou Hutchinson, que hoy ha desaparecido de allí».

Greville dobló el papel y miró al sargento.

—¿Qué pasa con la desaparición de esa joven? —dijo.

—Creo que no debe estar enterado todavía —dijo el sargento—. Es

una muchacha que estaba bajo la vigilancia de Marek y Rice. Por lo que ellos cuentan, parece que ha desaparecido de la faz de la Tierra.

Kathy estaba detrás de ellos, escuchando. Cuando el sargento terminó de hablar, ella se adelantó y expuso:

—¿Como Tootsie? ¿Igual que nuestro chimpancé?

—¡Sí! —afirmó el sargento acariciándose el mentón—. De acuerdo con lo que ellos dicen, exactamente igual que el chimpancé.

CAPITULO XVII

—Parece que hemos fallado lamentablemente — dijo Marek con voz tensa. Se había adueñado del desierto almacén de zapatos situado bajo la oficina de Lumberger, haciendo de él su cuartel general; los escaparates estaban cerrados con tablas, y la luz que se filtraba entre las rendijas allí donde las tablas no se unían perfectamente parecía danzar fantasmagóricamente en el interior.

Greville se movió nerviosamente en su incómoda silla. Le seguía doliendo la cabeza y la noche anterior apenas había dormido. Dijo melancólicamente:

—Por lo que veo esos adictos desaparecen cuando lo creen conveniente, y nadie puede explicarse cómo lo hacen, lo mismo que pasa con ese chimpancé que se evaporó del laboratorio estéril del Instituto.

El colega de Marek, Peter Rice, le dirigió una curiosa mirada.

—¿Qué quiere decir exactamente? —preguntó, limpiándose la rolliza y sudada cara con el pañuelo. En el viejo almacén hacía un calor de horno.

Bonita pregunta. Greville no estaba tan seguro. Cuando expuso su idea tenía la impresión de que la comprendía; al considerarla luego ya no le parecía una explicación lógica. En sus ojos apareció una enigmática mirada que hizo que Marek exhalara un suspiro.

—Bueno, bueno. Usted sabe lo que ocurre aquí... claro, puesto que gracias a su paso por esta ciudad nos enteramos nosotros de que hay adictos a esa droga.

—No me fue difícil averiguarlo —dijo Greville secamente.

—También nosotros lo comprobamos —indicó Marek secándose las manos—. Pero este asunto no es de mi incumbencia, ni tampoco corresponde a Peter. Nuestro trabajo consiste en analizar las cosas y descubrir qué privaciones sociales conducen como compensación al enviciamiento de las drogas.

—Aquí —señaló Rice— no hay mucho que estudiar. Las privaciones sociales saltan al paso de uno. Estos chicos no tienen nada. Pero nada.

Marek le miró y luego clavó la vista en Greville.

—Pero este no fue el motivo de que nos mandaran aquí. Nos comisionaron para que tratáramos de identificar a todos los adictos de la ciudad y limitarnos a seguir nuestras pistas hasta que pudiese ser enviado alguien con la misión de seguirlos.

—Eso ya lo hicimos —dijo Rice. Se agachó y sacó de un cajón una caja cerrada. Abrióla y extrajo un montón de papeles—. Aquí tenemos detalles de casi cuarenta adictos, todos jóvenes de menos de veinte años. Es triste, ¿verdad?

Greville cogió la hoja de papel de encima y la estudió someramente.

—Parece un buen trabajo —dijo frunciendo el ceño—. ¿Y esa chica, Mandylou Hutchinson?

—Peter, tráeme las fotos.

Rice sacó otra caja cerrada. Esta contenía docenas de fotografías. Eligió una y la entregó a Greville, junto con una lente de aumento. La foto mostraba un grupo de cuatro jóvenes soleándose en un reseco terreno.

—Esta es Mandylou —dijo señalando a una muchacha a la derecha del grupo que estaba echada en el suelo, boca arriba, los ojos cerrados, los brazos y piernas abiertos a los rayos del sol. Greville la reconoció inmediatamente como la joven que le mostró sus cicatrices la primera vez que él llegó a la ciudad.

Greville puso le lente de aumento encima de la fotografía. Vio claramente los puntitos que había en las piernas de la joven. Observó las piernas de las demás jóvenes. Definitivamente, Mandylou tenía más cicatrices que las otras... pues habría muy bien cien marcas en sus piernas.

Apartó de sí la foto con semblante sombrío.

—¿Qué sucedió realmente con esta chica? —demandó—. Dígamelo con cuidado. La historia que oí anoche en el Instituto era increíble y creo que debió deformarse durante la transmisión.

Rice soltó una sarcástica carcajada.

—No tiene que ser así necesariamente.

—Cállate, Peter —dijo Marek de mal humor—. Bien, la muchacha ha desaparecido realmente. ¿Vio los coches de la policía al entrar en la ciudad?

Greville asintió.

—¿Han venido con la misión de buscarla?

—En efecto. El padre de la chica... que se llama Quincy Hutchinson... es el dueño del depósito frigorífico de la ciudad. Todos los granjeros de las inmediaciones guardan en él sus excedentes, cuando los tienen. Bien, pues el invierno pasado tuvo algún problema con los rateros, de modo que los granjeros se reunieron y acordaron costear un sistema de alarma para el depósito. Hutchinson tiene su vivienda encima, y el modo de tener la seguridad de proteger el

depósito y su domicilio es tener todas las entradas conectadas con la alarma. Cada noche cierra las puertas y conecta la alarma, habitualmente cuándo entra en casa Mandylou.

—¿Acostumbra a llegar tarde? —inquirió Greville.

—A veces, sí —dijo Marek secándose la frente—. Las cosas han cambiado en los últimos años. Procedo de una pequeña ciudad como ésta. Los chicos aquí tienen muchísima más libertad y clandestinidad que yo jamás tuve. Sin embargo, creo que es una de las pocas cosas que se les puede dar por no andar escasa.

De nuevo soltó Rice su sarcástica carcajada.

—El caso es —prosiguió Marek— que ayer mañana Mandylou no estaba en su dormitorio.

—¿Estuvo en él la noche anterior?

—¡Ya lo creo! —exclamó Rice—. Lo sé perfectamente. La vigilé mientras se iba a dormir.

—Créame, Greville —añadió Marek— desde que decidimos que Mandylou era la adicta a los sueños felices más avanzada, no la dejamos dar un paso sin vigilarla.

—Y además —dijo Rice, moviéndose en su asiento como si le molestase el sudor que impregnaba su cuerpo—, cuando ella entró, la alarma estaba en buen funcionamiento y se oye bien en la habitación del viejo. No es posible alcanzar la llave sin entrar en ella y despertar por tanto a Hutchinson. ¡La llave está bajo su almohada!

Greville sintió como si unas frías manos le acariciaran el cogote. Recordó el comentario del sargento de seguridad de la otra noche: «Sí, exactamente igual que el chimpancé».

Permaneció silencioso.

Marek echó un vistazo a su reloj.

—Creo que tenemos dos horas todavía antes de que se decidan a venir por nosotros. Tenemos que actuar en seguida. Debemos marcharnos.

—¿Qué quiere decir —demandó Greville.

—Primero: Mandylou Hutchinson era una buena chica y no consentiría en aceptar una droga. Segundo: Mandylou tiene que haber sido raptada. Tercero: hemos estado vigilando a Mandylou… no pudimos ocultarlo. Cuarto; a los agentes de las Naciones Unidas se les quiere en esta ciudad tanto como a las serpientes venenosas. —Abrió los brazos—. He visto al capitán de la policía al mando de la unidad procedente de Great Bend. Le vi anoche. Se llama Simonson. Nos quiere tanto como los Hutchinson o cualquier otra persona de la ciudad.

—¿No acepta otra posibilidad que la del rapto?

—En estos momentos, no. No estará satisfecho hasta que nos haya arrestado por sospechas de complicidad en el rapto —dijo Marek frunciendo el ceño.

—Si quisiera hacerlo —dijo Rice entonces— ya lo hubiese hecho. Creo que está esperando que la , gente se encargue de nosotros.

Greville miró a uno, luego al otro.

—Parece que el estar demasiado tiempo en compañía de Lumberger les ha desmoralizado —dijo.

—Lumberger aguanta aquí desde hace más de cuatro meses —repuso Marek secamente—. En mi opinión, ha resistido bastante bien.

Greville dejó pasar por alto la observación.

—Bueno, vamos a casa de Hutchinson. ¿Estará allí el capitán de la policía?

—¿Simonson? Sí... opera desde allí. Ahora debe estar probablemente esperándole'. ¿Le detuvieron durante su camino hacia aquí?

—Hay un par de policías vigilando la carretera por la que vine. Detuvieron mi coche y comprobaron mis tarjetas de identidad.

Marek asintió. Parecía preocupado.

—¿Debemos llevar algo? —preguntó.

—Sí, cuantas fotografías puedan de Mandylou mostrando sus cicatrices.

—Así lo haremos —dijo Marek encogiéndose de hombros—. Pero si cree que las fotografías van a convencer a los Hutchinson, está en un error.

Rice rió con una risa que evidenciaba su desilusión y se encaminó hacia la puerta. Al abrirla se detuvo en seco, como paralizado, y luego, de pronto, se lanzó afuera exhalando un grito de indignación. Desde el exterior se oyó otro grito... un alarido de alarma... y el ruido de pasos precipitados.

Greville y Marek corrieron hacia la salida. Afuera, en la soleada calle, Rice estaba agachado junto al motor del enorme coche amarillo de las Naciones Unidas que Greville había pedido prestado al Instituto para que Jo trajera aquí.

—¿Qué pasa? —rugió Greville.

—¡Esa canalla de jovenzuelos...! —murmuró colérico Rice—. Llegamos a tiempo. ¡Mire!

De debajo del coche sacó un lío hecho de trapos y paja impregnados de petróleo. Señaló con el pie una caja de cerillas que había entre el polvo, a unas cuantas yardas del coche, abandonada por

su dueño al huir.

—Querían incendiar el coche —dijo Marek. Miró a Greville y añadió con voz ronca—: Cuando dije que creía que teníamos todavía dos horas no lo pensé bien.

—Vamos a casa de Hutchinson —dijo Rice, apartando lejos los impregnados trapos—. Será mejor que tengamos el coche donde lo podamos ver, pues de lo contrario lo intentarán de nuevo.

. Era fácil decir dónde estaba la casa de Hutchinson, incluso sin molestarse en leer el anuncio que había en su fachada que decía: DEPOSITO FRIGORIFICO — PRECIOS REDUCIDOS — 50.000 PIES CUADRADOS DISPONIBLES PARA ALQUILAR. Había gente afuera contemplándola... personas de diferentes categorías que parecían del mismo color del polvo de la calle.

Greville trató de no encontrarse con sus miradas acusadoras cuando salió del coche y se dirigió hacia ellas, caminando entre Marek y Rice. Había algo en aquel grupo de personas que le extrañó. No se veía entre ellas a ningún joven. Era ésta la generación de mediana edad.

Los pétreos rostros de aquellos hombres se volvieron para observar a los recién llegados; el grupo se separó unas pocas pulgadas para dejarlos pasar en fila india y luego se cerró otra vez detrás de los tres.

La planta baja de la casa consistía en una amplia habitación provista de balanzas, pilas de envases vacíos de plástico y una plataforma a nivel del suelo que servía para bajar a los sótanos los géneros que habían de ser guardados en él. Hacía frío en esta sala a causa de la refrigeración de abajo.

Al entrar vieron a una mujer vestida con el uniforme de la policía estatal sentada junto a la plataforma. Su rostro denotaba determinación. Dirigió la fría mirada a los agentes de las Naciones Unidas.

—¿Qué desean? —preguntóles.

—Queremos ver a Simonson. Y a los Hutchinson —indicó Marek con glaciales palabras—. Este es el agente Greville, del Cuartel General de las Naciones Unidas, Departamento de Narcóticos. Están interesados en el caso presente.

—¿Ah, sí? —dijo la mujer mirando con ceño—. Bueno, adelante. En este momento el capitán está interrogando a uno de los amigos de la joven, pero creo que podrán esperar detrás.

No se levantó para indicarles el camino... limitándose a señalarles una puerta al fondo, con un dedo que parecía un hueso reseco.

Detrás de aquella puerta habia la oficina de Hutchinson. Estaba su

interior lleno de policías. Estaban sentados en sillas, cajas y cuanto valía para sentarse. Cuatro de ellos jugaban a los dados en una mesa; los otros dos permanecían callados. De nuevo Marek explicó el motivo de la visita, Uno de los policías .repitió lo que la mujer de la sala había dicho.

—Está interrogando a uno de los amigos de Mandylou. Tendrán que esperar.

No pudieron conseguir nada más. Permanecieron de pie esperando. Greville se sintió tentado a protestar, pero entonces recordó las caras de la gente que esperaba afuera de pie. Decidió mantenerse callado.

Pero sólo tuvieron que esperar unos pocos minutos. Luego se abrió una puerta al fondo de la oficina y apareció un muchacho de unos dieciocho años, el rostro mostrando su preocupación profunda. Pasó sin detenerse entre los policías y salió afuera.

Detrás de él salió un hombre con los distintivos de su empleo de capitán en su sudada camisa... un hombre grueso, de escasa y canosa cabellera, cuyos ojos miraban penetrantemente. Se apoyó en la jamba de la puerta y echó mano al bolsillo del pantalón.

—Este es un granuja —dijo con acrimonia—. No sabe nada de esto, no le importa aquello. Pero está fuera de sospechas, no cabe duda. Bueno, levántense... vamos a hacer otra redada.

—Hay alguien que quiere verle, capitán —dijo uno de los policías, sin apartar los ojos de los dados. Simonson clavó su penetrante mirada en los tres agentes de las Naciones Unidas.

—¿Estos? Estos no son nadie... no son más que gandules de las Naciones Unidas —dijo, y se echó a reír. Eran unas palabras zahirientes, una risa mordaz. Greville sintió que la indignación hacía presa en su espíritu.

—¿Es usted Simonson? —dijo, irguiéndose. El tono de su voz dio resultado; sugería de algún modo anchos hombros y un puño cerrado. Simonson sacó la mano del bolsillo, trémulamente.

—Así me llamo —convino.

—Bien, pues. Una palabra más como las que ha dicho y le rompo a usted los huesos. Le parto la crisma, y no bromeo. —Greville sacó sus documentos de identidad del bolsillo de la camisa y los colocó bajo las narices de Simonson—. Cuartel General del Departamento de Narcóticos. Nueva York. Autorización especial del Director Theodore Lamancha. Hasta ahora ha llevado usted este caso como un estúpido. Y ahora, métase esto en la mollera: algunos de los que estamos en las agencias de las Naciones Unidas ganamos nuestro puesto haciendo lo razonable en el momento adecuado, y yo soy uno de ellos. Mi trabajo

son los traficantes de drogas y sigo vivo y voy a continuar mi misión. Tengo la intención de mantenerme en mi sitio. ¿Está claro?

Una mirada de incredulidad se dibujó en el rostro de Simonson. Luego el rubor coloreó sus mejillas.

—¡Oiga usted...! —empezó a decir preso de irritación. Los policías presentes volvieron la cara para mirar a Greville.

—No puedo perder tiempo —dijo Greville—. Necesito hablar con usted. A solas. En el mismo sitio donde interrogó a ese chico, por ejemplo. ¿Dónde está... arriba?

Pasó por delante de Simonson y se encontró frente a unas escaleras. Empezó a subirlas. Sin mirar atrás, intuyó que Simonson, Marek y Rice le seguían.

Al final de las escaleras había una puerta abierta que conducía a un living. Greville cruzó el umbral y se encontró frente a un hombre que debía frisar los cuarenta y cinco años vestido con un traje oscuro de trabajo. Detrás del hombre, Greville pudo ver una puerta que daba acceso a la cocina, en la que se hallaba una mujer de parecida edad, vestida de negro, que estaba haciendo algo en un plato que había sobre la mesa.

—¿Es usted el señor Hutchinson? —espetó Greville. El hombre le miró fijamente.

—En efecto —confirmó con sombría voz,

—Soy el agente Greville, de Narcóticos —empezó a decir Greville, e iba a continuar cuando sonó un' grito en la cocina y el ruido de un plato al romperse. A la mujer le había caído el plato que tenía en las manos La mujer se asomó a la puerta, los ojos brillándole intensamente, enrojecidos.

—¡Narcóticos! —dijo con firme voz—. ¡No es verdad! ¡Mandylou es una buena chica!

Greville inspiró profundamente y se volvió cara a la puerta cuando los demás penetraban en el living... Simonson silencioso y visiblemente desconcertado, Marek y Rice cambiándose maliciosas sonrisas. Dijo:

—Las fotografías, Marek. Debemos aclarar esto cuanto antes.

Mientras Marek presentaba las fotos y la lente de aumento, la señora Hutchinson salió de la cocina, con un gesto de determinación en la boca. Se detuvo a un paso del umbral, puso los brazos en jarras y su actitud, demostró que estaba dispuesta a negar que dos y dos son cuatro.

—¿Ha visto estas fotos, Simonson? —dijo confirme voz Greville. El capitán las miró y denegó con la cabeza.

—Marek, ¿se las ofreció para que las viese?

—Naturalmente. Pero no quiso ver ninguna de ellas.

—Mi hija es una buena chica —dijo la señora Hutchinson entonces.

—¡Bien, pues! —Greville cogió una de las fotos y la pasó al capitán Simonson junto con la lente—. Eche un vistazo a las líneas de puntos de las piernas de Mandylou —ordenó—. No le pido su opinión sobre ellas. Afirmo que son cicatrices de sueños felices.

—¡Bah! —dijo Simonson, dejando la foto sobre una mesa que tenía al lado. Sus perspicaces ojos se clavaron en los de Greville y Greville sintió que la iniciativa amenazaba escapársele de las manos, una precaria iniciativa desde el primer momento.

—¿Qué le hace suponer que sabe más que yo sobre mi propia especialidad? —dijo ácidamente Greville.

—Son las señales de una erupción —gruñó Simonson—. Así me lo dijo la señora Hutchinson. Muchos jóvenes de aquí las tienen... probablemente causada por una deficiencia vitamínica.

—¡Exacto! —exclamó la señora Hutchinson.

Simonson se acercó un paso más a Greville.

—Y ahora, escúcheme bien —dijo con voz rasposa—. Tal vez en Nueva York y Los Angeles y en ciudades grandes como esas tengan ustedes muchachos que se entreguen a las drogas. Pero aquí tenemos buena gente. Lo sé... pues soy de esta ciudad. Y ya nos causan ustedes, granujas de las Naciones Unidas, bastantes quebraderos de cabeza para que vengan ahora aquí a calumniar a nuestros muchachos. ¡Mandylou fue raptada,, y, tal como se presentan las cosas ahora, estoy bien seguro de saber quién se la llevó!

Greville se sintió un momento desconectado de la realidad, como si el mundo entero se hubiese librado de pronto de su eje de lógica y sentido común. Sólo quedaba una cosa que hacer. Se volvió para encararse con sus colegas.

—¿Cuál es la habitación de Mandylou? —espetó.

—Enfrente mismo de ésta —replicó Marek.

—¡Déjenme paso! —exclamó Greville, y pasó entre Marek y Rice, dirigiéndose con vivo paso hacia la habitación de la joven.

Una sola mirada le bastó para demostrarle que su suerte estaba allí dentro. Era una habitación ordinaria de adolescente, con sus paredes pintadas de vivos colores y decorada con media docena de cuadros. Estaba descuidada hasta un extremo que le hizo pensar a Greville que Marek tuvo razón al pronunciarse sobre la soledad que disfrutaban los jóvenes de Isolation: si la señora Hutchinson se hubiese acostumbrado a tener la habitación limpia, habría anticipado lo que Greville tenía

ahora que hacer.

A sus espaldas la oyó gritar:

—¡Impídanselo! ¡Impídanselo!

Se fijó en un pequeño mueble que había junto a la cama. Tenía varios cajones. No en el de arriba... probablemente en el último. Lo abrió. Estaba lleno de ropa blanca, calcetines y pañuelos. Lo vació sobre la cama.

Y allí estaba, ahora a plena vista... un tubito con un poco de polvo oscuro en su interior.

Lo cogió y giró sobre sus talones, encarándose con Simonson.

—¿Ve esto? —rugió,

—¡Y qué! ¡Claro que lo veo! —replicó Simonson con rabia—. ¿Pero con qué derecho...?

—Lo que hay aquí dentro son sueños felices — declaró Greville gélidamente—. ¡Probablemente usted no sabía cómo es esta droga, señora Hutchinson... o la hubiera arrojado lejos de aquí!

El rostro de la mujer se tornó pálido.

—No es cierto —dijo. Pero la determinación había desaparecido de su voz, lo mismo que el color de su rostro.

—Muy bien. Entonces creo que no tendrá inconveniente en que le administremos una pequeña cantidad. Marek, si el depósito de la basura no ha sido vaciado desde ayer probablemente encontrará en él la jeringuilla de la joven. Vaya a verlo ¿quiere? Y traiga un poco de agua, y...

—¡Ya basta! —dijo de pronto Hutchinson, y su cara pareció derrumbarse cual la tierra seca al impulso del viento fuerte—. De acuerdo, creo que debe ser cierto.

Su esposa ocultó el rostro entre las manos y empezó á sollozar.

Greville se metió el tubito en el bolsillo y se limpió las manos, frotándoselas.

—Ahora podemos empezar —dijo con voz que denotaba su satisfacción—. Y, a menos que usted y su esposa deseen ser juzgados por ocultar pruebas materiales, Hutchinson, será mejor que esta vez digan la verdad. ¡Y tenga bien presente esto, Simonson! —añadió, clavando sus chispeantes ojos en el capitán de la policía—. De ahora en adelante este caso lo llevo yo. ¡De acuerdo con los hechos!

—Yo... —dijo Simonson. Greville le interrumpió:

—Y no me venga, más con ese cuento de que por aquí hay buena gente. Cuando se trata de drogas y adictos a las drogas, nadie es mejor que otro, y usted será mejor que de lo grabe bien en la memoria y no se le olvide en ningún momento, ni cuando se vaya a la cama. Bueno...

¡a trabajar!



CAPITULO XVIII

Pero cuando se hubo enterado de las pruebas que Simonson había reunido durante las anteriores veinticuatro horas, sus propias palabras resonaron profundas e irónicas en su memoria.

—¡De acuerdo con los hechos!

Estupendo. Pero cuando los hechos no están de acuerdo con el sentido común, o la lógica, ni con nada… ¿qué?

Estaba fuera de duda que Mandylou llegó a casa anteanoche, que se despidió de su amigo, que avisó a sus padres de su llegada y que se fue a la cama. Entonces, Hutchinson conectó la alarma y dejó la llave, como de costumbre, bajo la almohada. Aun cuando tanto él como su esposa hubiesen estado drogados, había más de veinte personas que habrían oído el timbre de alarma, que estaba dispuesto para sonar no solamente en el dormitorio del matrimonio sino también en lo alto de la fachada del edificio.

Estaba ahora empezando a comprender por qué Kathy se sentía atraída hacia las teorías de Franz Wald. Si no había interpretado mal las explicaciones del científico, éste sostenía que el resultado final de la acumulación de sueños felices en el cerebro era un cambio en la percepción de la realidad por el adicto. Pero a partir de aquí era todo demasiado abstracto y metafísico para que él lo comprendiera. Mientras existiese una posibilidad que pudiera explicar la desaparición de Mandylou, tenía que explorarla.

Una a una fueron fallando las posibilidades. Aunque hubiese logrado salir de su casa sin poner en funcionamiento la alarma, aún habría tenido que salir de la ciudad. La policía había recorrido los alrededores de la ciudad. No faltaba ningún coche. La única línea de transportes públicos —los omnibuses que hacían el viaje hasta Great Bend— había sido inspeccionada. Y así sucesivamente.

El joven a quien Simonson estuvo interrogando cuando llegó Greville era el mismo que acompañó a Mandylou a su casa la noche en que ella desapareció. Se llamaba Hank Darby y era hijo del agente local encargado de la. reparación de maquinaria agrícola, cuyo taller estaba situado en las afueras de la ciudad. El negocio no le marchaba bien a consecuencia de la escasez de piezas de recambio.

—¿Quiere que lo traiga otra vez? —sugirió Simonson. No le gustaba cooperar con Greville, pero lo hacía hasta cierto punto.

—No —dijo Greville, y se levantó—. Lo iré a ver personalmente… necesito respirar un poco el aire de afuera. Marek, Rice… quiero que

repasen todas sus fotografías e identifiquen para el capitán todos los adictos que hay en la ciudad. Averigüen cuántos de ellos están cerca del centenar de dosis. Y asegúrense de que ninguno de ellos salga de la ciudad.

Hank Darby estaba sentado en una rueda de tractor abandonada. Le había costado bastante a Greville llegar hasta él sin ser visto, pero al fin lo había conseguido. Y el polvo le facilitaba el silencio de sus pasos mientras se acercaba al muchacho.

—¿Eres Hank Darby? —díjole al detenerse.

—Así me llaman —contestó el chico, sin levantar la vista.

Greville buscó en su bolsillo. Sacó el tubito de sueños felices que había encontrado en el dormitorio de Mandylou. Lo sopesó en la mano y luego lo lanzó con precisión al regazo del joven.

Hank fijó la vista en el tubito, pero no intentó cogerlo.

—¿Qué es esto? —dijo con tono de voz que contenía mucha suspicacia.

—Pensé que ahora sería mucho más útil para ti que para Mandylou —dijo Greville con voz tranquila—. Estaba en su habitación.

El muchacho cogió el tubo y levantó la pecosa cara para mirar a Greville extrañado.

—Usted es el agente de las Naciones Unidas à quien Mandylou mostró las piernas —dijo.

—Así es —convino Greville apoyándose en una vieja trilladora que tal vez tenía veinte años y que estaba allí para ser reducida a chatarra. Había mucha chatarra en este gran taller… más que maquinaria útil.

—Y bien —dijo Hank precavidamente—. ¿Qué quiere?

—Hacerte más preguntas de las que deseas, Hank —dijo Greville encogiéndose de hombros—. Y saber si quieres lo mismo que Mandylou o no.

Observó atentamente la cara del muchacho para leer la reacción que sus palabras habían provocado. Su resultado fue que si la misteriosa desaparición de Mandylou había sido tomada en serio por Hank y sus amigos —lo bastante en serio para asustarlos— iba a conseguir cooperación de ellos. Pero no se había atrevido todavía a considerar las otras consecuencias.

Hubo una larga pausa antes de que Hank contestase. Luego el chico murmuró algo casi imperceptible:

—No lo sé. ¡No lo sé!

—¿Qué pasa con los que se entregan a los sueños felices, Hank? ¿Dónde van?

—¡Tampoco lo sé! —protestó el muchacho. Greville detectó el

miedo en su voz.

—¿Qué crees tú que ocurre? ¿Qué dice la gente? Eso te interesa personalmente, Hank. Antes de venir a verte conté tus cicatrices en una fotografía tuya que está en mi poder. Conté hasta ciento dos pinchazos, casi tantos como Mandylou. Te estás acercando, ¿verdad?

Una nueva pausa. Greville se puso en pie y se limpió el polvo que la trilladora había dejado en su ropa al sentarse.

—Un momento por favor —dijo Hank. Greville le miró—. Señor, ¿qué le ha sucedido a Mandylou?

—Esto está mejor —dijo Greville. Vio una caja vacía de madera a unos cuantos pasos y fue a buscarla, Se sentó en ella, encarándose con Hank—. Se ha esfumado. Por lo que sabemos, se ha esfumado completamente. No es posible que lo hiciera. Pero lo hizo.

—¿No se está burlando de mí? —inquirió Hank cuyos ojos chispeaban de ansiedad.

—Es espantosamente cierto —dijo Greville, deseando fervientemente que no lo fuera.

—Oh, Dios mío —musitó Hank.

—¿Esperabas tú eso, Hank? —prosiguió Greville cruelmente—. ¿Es esto lo que realmente pensaste había ocurrido?

—¡No! —gimió el muchacho con tanta vehemencia que Greville pensó que la negativa no era para quien le escuchaba, sino para sí mismo—. Yo… yo me figuré que quizá su padre la habría sorprendido inyectándose y que ella huyó a ocultarse en cualquier sitio para evitar que él le pegara. El la pegaría, de verdad. Pero si él no lo hiciese, de seguro que lo haría la señora Hutchinson. —Se humedeció los labios —. Yo no la quería denunciar a la, policía y que le pegaran por emplear la droga. Pero… pero ya hace más de un día y pensaba que se dejaría ver en las afueras de la ciudad. Tenemos sitios en donde acostumbrarnos a vernos… —Sus palabras se hicieron ininteligibles.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —dijo con severidad Greville. Al no recibir respuesta, se inclinó hacia delante—. Escucha, Hank, no te vamos a hacer nada, ni a ti ni a tus amigos, sólo porque seáis adictos a los sueños felices. ¿Escuchas las noticias? ¿Lees alguna vez un periódico? Entonces debes estar enterado de que hay tantos millones de adictos en todo el mundo que no nos es posible cogerlos a todos.

»De todos modos, Hank, no es ningún crimen. Es más parecido a una enfermedad. Claro, ya sé que es atractivo el escapar de este triste mundo de escaseces y superpoblación y todo lo demás. ¿Pero qué sucede si todo el mundo opta por inhibirse? ¿Qué puede ocurrir si no trabaja nadie porque todo el mundo se decide a ver visiones

placenteras en vez de entregarse a la difícil labor diaria? Por esto tenemos que impedirlo, Hank.

Estaba empezando a vencer la resistencia del muchacho. Con gran alivio vio que Hank asentía reluctantemente.

—No sé cómo decirle, señor. Créame. Es una cosa difícil de explicar con palabras... que no concuerda, ¿sabe? Uno se entrega a eso y sigue y sigue, sin preocuparse de nada.

—¿Cómo es, Hank? ¿Qué sacas tú de eso?

Hank se encogió de hombros.

—Como usted dijo... inhibición, creo. Se duerme uno y entonces vienen los sueños. Es algo qué le hace a uno querer dormir más de lo posible, si me comprende. Permanecemos mucho tiempo tomando el sol, tratando de dormir. Últimamente he intentado obtener los sueños sólo pensando fuerte y lo he conseguido. Mandylou también lo puede hacer. Diga... ¿es malo?

Greville se sintió horrorizado. Las palabras del muchacho le habían traído a la memoria el recuerdo de Agnew. Pero de súbito aquella imagen fue desplazada por la de Tootsie en su jaula, absolutamente inmóvil. Se podía decir que la mona estaba «pensando fuerte». Pero mantuvo impávido el rostro.

—Es malo, Hank. ¿Qué ves en esos sueños?

—Veo buena hierba. Ríos. Abundancia. Y muchos grandes animales, como los que dicen cazaban los indios. Búfalos, ¿verdad?

Greville estaba empezando a sentir escalofríos, a pesar del calor. Dijo:

—¿Y...?

—Eso es todo —dijo Hank desalentado y abrió los brazos—. No tiene mucho sentido, creo. No es lo que se ve, es algo más... bueno, la sensación de que hay mucha extensión de terreno por la que correr.

En la mente de Greville se formó una idea temible. Preguntó de pronto:

—¿Ves varm en tus visiones, Hank?

—¿Cómo?

—Un color como el que jamás viste en ninguna parte. Flores de ese color.

—No, nunca vi eso —repuso Hank. Pero entonces, antes de que Greville pudiera sentir el alivio que esperaba, prosiguió:

—Pero Sandy Grogan dijo algo parecido. Y también alguien más, cuyo nombre ahora no recuerdo. Otra chica, ¿sabe? ¿Por qué me lo pregunta? Todo es diferente en los sueños... incluso el aire parece tener un olor distinto.

De nuevo Greville sintió que un escalofrío le recorría el espinazo. Se alegró de su decisión de no proseguir esta clase de preguntas capciosas: no se puede describir el color, y de todas formas el contenido de las visiones corresponde a los psicólogos, ya que mi trabajo es algo diferente...

—Hank, ¿cómo empezó el hábito en Isolation?

El muchacho titubeó.

—Señor, dijo usted que no iba a hacer nada, ¿verdad...?

—Los que se entregan a los sueños felices se labran su propio castigo.

—Sí —dijo Hank, cuya cara se ensombreció—. Estoy de acuerdo con usted. Bueno, empezó hace cosa de un año. Mandylou hizo una visita a San Francisco, a casa de unos primos. Poco tiempo después tuvimos una reunión en las afueras de la ciudad, en un viejo granero... tal vez lo haya visto usted. Hace muchos años que está vacío. Y ella vendió unas cuantas dosis a algunos de nosotros. Cinco dólares. Insistió en el precio de cinco dólares. Pero luego fueron solamente dos.

—¿No te importa inyectarte tú mismo?

En el rostro del muchacho apareció una sonrisa burlona.

—¡Quiá! Aprendimos cómo hacerlo en la escuela, para las vitaminas.

—¿Conseguías siempre tus dosis por medio de Mandylou?

—Oh, no —contestó el muchacho frunciendo el ceño—. ¡Oiga, es muy extraño! Nunca había pensado en ello. No sé si hay alguien que mantenga el abastecimiento... parece que siempre hay uno u otro que tiene un poco.

—¿Has visto alguna vez a la persona que da la casualidad que tiene un poco?

—Oh... pues... sí, creo que sí. Compré cincuenta dólares a un individuo de Topeka cuando estuve allí el otoño pasado. Vendí algo a Jud Crane y a Dan Himmelweiss, y..., bueno, también a Mandylou.

—¿Quién es el individuo de Topeka a quien le compraste eso?'

—¡Vaya, no lo sé!

—¿Alguien con quien te tropezaste por casualidad?

—Bueno, no fue así exactamente. El acudió a una reunión de amigos entre los que estaba yo. Pero no recuerdo su nombre ni lo he vuelto a ver más.

Greville suspiró.

—Pero el suministro debe venir de algún sitio —dijo—. No crece en los árboles, ¿verdad?

Hank sonrió débilmente.

—Hay personas que así lo creen —afirmó—. Había ese hombre llamado Johnny Happydreams, y...

—Sé esa historia. No me la repitas, por favor. —Greville se secó el sudor de la frente, sintiendo en la piel la sequedad del polvo que se había pegado en ella—. ¿De dónde procedía la última cantidad que obtuviste?

—De Jud Crane.

—¿Dijo Jud de dónde lo consiguió?

—No, pero hace dos semanas que estuvo en Great Bend con su padre.

—¿Acostumbra Jud a tener ese polvo con más frecuencia que los demás?

—No que yo sepa —contestó Hank denegando con la cabeza—. En cierta ocasión, cuando se nos había terminado, Mandylou escribió, o tal vez telefoneó... bueno, el caso es que se puso en contacto con sus primos de San Francisco y llegó una cantidad por correo. Por lo que se ve, hay mucho de eso en las grandes ciudades. Aquí, uno conoce a alguien y obtiene un poco, y... —Se encogió de hombros.

Evidentemente, a Hank no le parecía importante el origen de la droga. Pero estaba pensando en algo que le tenía completamente abstraído. Greville se movió nerviosamente en su improvisado asiento.

—¿En qué estás pensando, Hank? —demandó.

—Es que... —Hank se quedó mirando el suelo fijamente—. Yo, y Jud y Dan y la novia de Dan, Sandy Grogan, todos tenemos casi un centenar de pinchazos o quizá más. Y cerca de este número es peligroso...

—¿Qué intentas decir, Hank? —preguntó Greville, tratando de mantener tranquilo el tono de su voz, haciendo un gran esfuerzo.

Pero el muchacho era incapaz de mirarle a los ojos.. Casi musitó su respuesta.

—Nadie lo dice, pero todo el mundo lo sabe. Se oye algo en algún sitio, otra cosa en otro lugar y se van reuniendo insinuaciones. Después de los cien pinchazos no se dura mucho. Y entonces...

—¿Entonces, qué Hank? ¿Qué sucede? —Greville inclinó hacia delante, los ojos de intenso mirar.

—Lo mismo que a Mandylou —Hank exhaló un profundo suspiro y se puso en pie de un salto, el rostro ahora sin expresión—. ¿Y sabe usted una cosa? Debería sentirme asustado, terriblemente asustado. Pero creo que es maravilloso desaparecer de este miserable mundo.

Giró sobre sus talones y corrió velozmente hasta perderse de vista,



dejando a Greville atónito con el pecho oprimido por el peso de sus palabras.

CAPITULO XIX

Ocho días. Ningún progreso. Igual que tropezarse con una pared. Greville apartó un montón de informes tomados de los drogados de Isolation, todos ellos tan vagos —y tan indefiniblemente hostiles— como lo que Hank le había dicho con ocasión de su primer encuentro.

No, igual que tropezarse con una pared, no. Más bien como intentar coger la bruma. Estaba casi seguro de tener la respuesta; luego, al cerrar la mano, se encontró con que se había disuelto en el aire.

Como Mandylou. Como el chimpancé. Como...

La telefonista que le habían enviado del Instituto levantó la cabeza al dar él el golpe furioso contra la mesa ante la cual trabajaban.

—Póngame con la Granja Marítima Experimental número cinco —gruñó—. Estación de la Costa Oeste. Deseo hablar con el doctor Franz Wald.

—¿Prioridad de llamada? —preguntó la joven, tomando nota.

Greville asintió, y ella volvió la atención al teléfono. El había diferido una y otra vez esta llamada, porque veía en ella algo así como una renuncia a la lógica. Pero ahora, fracasada toda idea racional, se vio con fuerzas para acudir a Wald y sus incompletas teorías. Durante días y días se había estado reafirmando con el recuerdo de Agnew en la playa, pero el dolor de la herida de la cabeza fue desapareciendo a medida que pasaba el tiempo y, una vez desaparecido, no le quedó ningún lazo válido emocional que lo ligara a una explicación sensata acerca del desvanecimiento de los adictos a los sueños felices.

La primera vez que se sintió desanimado llamó a Al, a Nueva York, y las palabras frías y sensatas de Al reafirmaron su confianza. Hablaron entonces sobre Agnew.

—Sí —le dijo Al—, hemos encontrado a otras dos personas que le vieron lo bastante cerca para identificarle como un ser vivo. No, no lo hemos vuelto a localizar. Probablemente su encuentro con usted le hizo huir. Sí, de ocurrir alguna novedad se lo comunicaremos inmediatamente.

—Su comunicación —dijo entonces la muchacha. Greville se despertó de su abstracción y contempló la pequeña pantalla.

No fue la cara de Wald la que apareció en ella, sino la de la doctora Fizer.

—Soy Greville, doctora Fizer —indicó él—. Si todavía tiene instrucciones de impedir la comunicación con Wald, lo siento, pero es

preciso que…

—Wald no está aquí —interrumpió la doctora Fizer.

—¡Cómo!

—Nos lo quitaron el día en que usted llamó… sin darnos explicaciones. Le dijeron que partiera inmediatamente para ocupar un nuevo cargo en la división de Investigaciones Puras. No tenemos su dirección, excepto la del Instituto. Y hemos perdido el proyecto en el cual estaba empeñado. —Su voz contenía profunda amargura.

—¿No opuso resistencia?

—Alguien de Investigaciones Puras le convenció para que no lo hiciera. Marchó como un cordero y dejó su trabajo tal como estaba… ni le dejaron siquiera preparar una memoria para su sucesor. Si es que alguna vez encontramos un sucesor.

Interrumpióse la comunicación.

Durante un momento Greville permaneció contemplando la oscura pantalla, tan oscura como su propia mente. La intensidad de la noticia le había dejado pasmado, vencido ante su peso.

La puerta exterior se abrió en aquel momento y apareció en el umbral Marek, cuyo cansino aspecto traslucía su estado de ánimo. El recién llegado se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Hay una delegación de destacados ciudadanos ahí afuera que quiere verle, Nick —dijo.

Greville se movió en su asiento.

—¿Quiénes son y qué quieren? —dijo.

—Son Darby y Crane, y Hutchinson, naturalmente. Y también Dan Himmelweiss. Quieren hablar con usted.

—Hágalos pasar —suspiró Greville—. Mire a ver si les encuentra por aquí algo que sirva de asiento.

Se introdujeron silenciosamente, tensos, recelosos y se sentaron siguiendo la indicación de Marek. Esperaron a que Marek se retirara y que Greville empezase a hablar.

—Buenos días —dijo al fin Greville. Dan Himmelweiss, propietario de un vacilante comercio, fue quien abrió la conversación por parte de los visitantes.

—Señor Greville, hace ya una semana que está aquí —dijo.

—Ocho días —corrigióle Hutchinson.

Una pausa. Greville murmuró su impaciencia.

—Se trata de esto —dijo finalmente Hutchinson juntando sus manos—. Creo que hemos tratado de engañarnos a nosotros mismos. Recuerdo cuando nos enseñó aquel tubito de… drogas que halló en el cuarto de mi hija.

—¿Hay algún modo de impedirlo? —dijo de pronto Darby—. Eso es lo que queremos saber.

Y Crane, un individuo pelirrojo, de lento hablar, repitió la demanda.

—Señor Greville, usted nos ha hecho ver que nuestros hijos se han entregado á esa droga. Tiene que decirnos cómo podemos impedirlo.

—Intenté hacerlo pegándole a mi hijo —dijo entonces Himmelweiss—. Pero él no hizo caso. ¿Es que tenemos que atarlos como si fuesen animales? ¿Debemos vigilarlos día y noche como criminales? ¡Es imposible!

—¿Hacen ustedes algo para impedirlo? —terminó Crane.

Greville se sentía desesperado. Contempló una tras otra las atezadas caras de aquellos hombres, pensando en lo mucho que debían estar sufriendo. Dijo, después de un esfuerzo:

—No, lo siento. Pero, por lo que hasta ahora sabemos, el intentar curarlos impidiéndoles inyectarse la droga es peor que la enfermedad.

En las caras de aquellos hombres se traslucía la incomprensión. Había en ellas un desánimo evidente.

—Les corresponde a ustedes el hacerlo —dijo Himmelweiss tras una pausa—. Si nos han hecho ver que nuestros hijos... nuestros propios hijos... están entregados a eso, entonces son ustedes quienes tienen que detenerlos.

De pronto Greville se sintió irritado, muy irritado. Esta era también una de las razones de la enfermedad del mundo... esta ciega apelación a la autoridad, esta abdicación de la responsabilidad personal. Sus puños cayeron como mazas sobre la mesa, provocando con ello una nube de polvo.

—¡Ya está bien! —clamó—. ¿Es que debemos realizar milagros de la noche a la mañana? ¡Durante un año lo han tenido ustedes delante de sus narices y no han hecho nada, absolutamente nada! ¡Y ahora me piden que les arregle el resultado de su propia negligencia!

Inspiró profundamente, viendo que su acusación había calado hondo en sus espíritus, lo bastante para que ninguno de los cuatro se atreviese a contradecirle y prosiguió con voz más tranquila.

—¿Es que quiere que su hijo muera loco, Himmelweiss? Eso es lo que sucede a los adictos avanzados si les quitamos las dosis y los ingresamos en un sanatorio. Es un hecho evidente, aunque sea duro decirlo, y es por esa causa por la que desistimos de ingresar en ellos a los drogados. Estamos empeñados en resolver este problema, tanto en el Instituto como aquí, pero...

—¿Dónde está mi hija? —dijo secamente Hutchinson—. ¿Dónde

está?

—Pregúntele a Simonson —replicó Greville—. Está buscándola con sus hombres por todo el Estado. Si ha huido, podrán encontrarla.

—¿Pero es que ha huido? —dijo Hutchinson con voz que denotaba su profunda desesperación—. ¿Cómo pudo haberlo hecho?

La implicación que contenían sus palabras era tan espantosa que Greville se vio incapaz de responder en seguida.

—Tiene razón —dijo entonces Darby con una voz que crujía lo mismo que una de aquellas inútiles máquinas agrícolas que él trataba de reparar en su taller—. Últimamente mi hijo se ha estado portando de un modo extraño. Tal vez sea debido a que añora a Mandylou, porque los dos estaban siempre juntos. Pero quizá ni sea así. Puede que esté esperando… irse.

Así que ellos habían llegado a la conclusión que Greville había estado eludiendo lo mejor que pudo. El impacto fue estremecedor durante un momento. Su voz no delataba convicción alguna cuando dijo:

—No sé lo que quiere usted insinuar, Darby. Esa idea es absurda.

—¡No, no lo es! —exclamó ardientemente Himmelweiss. Se inclinó hacia adelante y sacó un papel del bolsillo—. Había un hombre llamado Holmes que…

Se calló cuando Greville soltó una carcajada ribeteada de un algo de histeria, y se quedó inmóvil con el ceño fruncido, sintiéndose insultado, hasta que cesó la risa.

—Lo siento, señor Himmelweiss —dijo Greville cuando pudo—. Pero en nuestro Departamento hemos oído tantas estupideces sobre los Holmesitas y tantas mentiras que olvidé que había personas que todavía creían en esas patrañas. Perdóneme por haberme reído de usted.

Himmelweiss permanecía inmóvil con el papel entre sus fuertes dedos.

—A decir verdad —prosiguió Greville— me alegro de que viniese usted esta mañana, señor Darby. Tal vez haya usted oído hablar del doctor Michael Barriman. Es el jefe de investigaciones sobre drogas del Instituto de las Naciones Unidas en Sandy Gulch. Viene aquí esta mañana y está interesado en alguien que pudiese acompañarle allí para someterlo a un estudio especial. Pensé en su hijo, Hank. Podría ser su única esperanza.

Todos miraron á Darby. Al cabo de un momento, Crane dijo:

—¿Y por qué Hank? Mi Jud está casi tan ausente como él.

—Pero no es igual —dijo Greville con tono de voz que indicaba su

determinación de no admitir más preguntas.

Darby suspiró:

—Bueno. Deseo que vaya. ¿Cuándo será?

—Hoy… probablemente este mediodía.

—Bueno —repitió Darby, con voz que contenía profunda desesperación.

Una vez solo, Greville hundió el rostro entre las manos. No alzó la cabeza cuándo se abrió la puerta, pensando se trataría de Marek o Rice que volvían de la calle. Pero fue la voz de Lumberger lá que le despertó de su ensimismamiento.

—He preparado un poco de café, Greville —dijo— ¿Quiere?

Greville levantó una mano. Lumberger se hallaba en el umbral con una bandeja en la que humeaban varias tazas.

—Sí, gracias —dijo—. Es usted muy amable.

Lumberger se acercó con cierto nerviosismo y dio una taza a la telefonista y luego otra a Greville antes de ocupar uno de los asientos dejados libres por los visitantes. Después ofreció a Greville un cigarrillo que éste aceptó.

Desde su llegada a la ciudad, Greville se había tropezado pocas veces con Lumberger. Sólo cuando subía arriba a lavarse tenía ocasión de verle; vivían y comían en el mismo almacén desierto en el que trabajaban ambos. Lo había visto ocasionalmente durante el trayecto de ida o vuelta a los lugares de experimentación, pero apenas había hablado con él.

Dijo:

—Se ha mantenido usted bastante solitario estos días, a pesar de su manifestación de que se encontraba demasiado solo.

Lumberger forzó una sonrisa, carente en absoluto de gracia.

—Es la costumbre —dijo—. Y además, no quería interrumpirle. Pensé que mi trabajo era muy malo, pero, ciertamente, no lo cambiaría por el suyo.

Greville apuró el contenido de su taza.

—No es ahora demasiado agradable —convino.

—Rice me dijo que Barriman viene hoy aquí — prosiguió Lumberger—. ¿Es el famoso Barriman, el bioquímico?

—En efecto —contestó Greville mirando su reloj—. lie espero de un momento a otro. Quiere llevarse a uno de los chicos de aquí al Instituto y estudiarlo cuando llegue a la crisis.

—¿Y qué sacarán de eso?

—Seguramente se volverán locos —dijo Greville—. Creo que eso es

lo que a mí me ocurriría.

—¿Por qué? —preguntó como asustado Lumberger—. ¿Frustración tal vez?

—No es eso exactamente —suspiró Greville—. Las cosas no concuerdan ahora más que antes. Creo que podría convertirme en Holmesita en vez de volverme loco… o quizá sea lo mismo.

—No le comprendo —dijo Lumberger tras una pausa.

—No me sorprende —dijo Greville ácidamente.

Oyóse en aquel momento el ronquido de un motor; Greville se volvió pensando tal vez fuese el coche o helicóptero que había de traer a Barriman. Pero era un ruido m-uy fuerte… más parecido al del motor de un pesado camión. Lumberger también lo oyó y se levantó y en su rostro había una expresión que parecía indicar se alegraba de una excusa para interrumpir la conversación.

—Debe ser mi cargamento —dijo—. Es una remesa especial de aditivos para la tierra que espero hoy, y por el ruido del motor creo que no me equivoco. Voy a verlo.

—Gracias por el café —dijo Greville.

Cuando Lumberger se marchó, Greville se quedó allí sentado, pensativo. Era algo parecido a una pesadilla estar en aquel momento en Isolation. Lo que estaba sucediendo formaba en miniatura un paralelo con el modo en que las Naciones Unidas se vieron herederas de los problemas mundiales. Al principio el tratamiento que los agentes de las Naciones Unidas recibían de los ciudadanos sugería que, desde los niños a los más viejos, todos consideraban a la agencia mundial como una vasta organización fantasma; primero habían tratado de asustarle, con insultos y desprecios, y ahora venían a él a implorarle hiciera lo imposible. Igualmente, las naciones habían estado luchando durante largas décadas para no rendir sus soberanías a la autoridad mundial, la única que podía vencer problemas de ámbito internacional; luego capitularon lo mismo que un balón al estallar, pero cuando ya era demasiado tarde.

De pronto, incapaz de resistir el opresivo ambiente que se respiraba en el local púsose en pie y se encaminó hacia la puerta. Afuera, Lumberger estaba conversando con dos rudos camioneros, cuyo articulado camión pintado de amarillo estaba cargado de cartas, paquetes y embalajes marcados OAA o SALUD MUNDIAL o como una hilera detrás del cargamento: INVESTIGACIONES PURAS - MERCANCIAS EXPERIMENTALES - NO EXPONER AL AIRE.

¿Qué contendrían aquellas cajas? ¿Algún descubrimiento milagroso para salvar al mundo? Greville se acercó paseando hasta el camión, y

observó que algunos muchachos —más jóvenes que aquellos que habían promovido este terrible problema de la intoxicación— estaban jugando y riendo detrás del mismo.

Pero antes de que pudiese satisfacer su curiosidad se oyó el ruido de otro motor y levantó la vista para ver otro coche idéntico al que le habían prestado en el Instituto dirigiéndose hacia él por la carretera. Estaba descubierto a causa del calor; reconoció a Kathy Pascoe al volante, acompañada de Barriman

Esperó hasta que se detuvo el coche y entonces les saludó como a viejos amigos, casi sorprendiéndose del calor que ponía en sus palabras.

Pero en seguida se dio cuenta de que ninguno de los dos estaba de demasiado buen humor. El lindo rostro de Kathy aparecía ceñudo, ensombrecido, y la expresión de Barriman demostraba agresividad. Había tensión entre ellos.

Greville no hizo comentarlo alguno mientras los acompañaba al interior del almacén y les ofrecía asientos, buscándoles al mismo tiempo un lugar conveniente para que dejaran sus documentos y equipo. Detrás se oyeron pesados pasos, presumiblemente los de los camioneros mientras subían los sacos de aditivos para la tierra de Lumberger.

Greville se dejó caer en una silla y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Kathy miró con ceño a Barriman.

—Sólo una ligera diferencia de opiniones —dijo Barriman con resignado tono de voz.

—¡Diferencia de opiniones, dice! —exclamó Kathy con súbita vehemencia—. ¡No, Mike, tú no puedes quitártelo así de encima! No puedes alardear de ser un científico y luego aplicar las reglas cuando te convienen... tienes que aceptar todas las pruebas o ninguna.

—¡Cállate de una vez! —replicó con rabia Barriman—. ¡Dentro de poco serás capaz de acusarme de haber robado la droga de la caja fuerte!

—¡Estoy completamente segura de que Joe no lo hizo!

Se estableció un tenso silencio. La telefonista miró hacia ellos con una vaga expresión de sorpresa, se levantó y salió de la habitación

—Eres víctima del calor y del exceso de trabajo, Kathy —dijo al fin Barriman—. Olvidaré lo que has dicho. Por esta vez. Nick, me habló usted de ese chico, un tal Hank Darby. ¿Puedo verle?

Greville dirigió una última mirada al enfurruñado rostro de Kathy y se encaró con Barriman.

—Sí, naturalmente. Hace un momento obtuve el permiso del padre para llevarlo al Instituto.

—¡Estupendo! —exclamó entonces Kathy—. Supongo que cuando se esfume de su cama en medio de la noche, igual que Tootsie, dirás que yo lo he raptado.

—Kathy, ¡ya es demasiado! —amenazó Barriman.

—¡Es que tú sólo has tenido una respuesta para lo que ha pasado hasta ahora!

Greville, en parte perplejo y en parte asustado por lo que Kathy había dicho, se levantó.

—Ah… Hank acostumbra a pasar el día en los alrededores del taller de reparaciones de su padre. Enviaré a Vassily o Peter para que se lo traigan.

—No, no envíe a nadie a buscarlo —dijo entonces Kathy poniéndose en pie—. Me gustaría encontrarlo en su habitáculo, por así decirlo, antes de llevárnoslo al Instituto. Mike ¿me acompañas?

Barriman denegó con la cabeza, sin mirarla a los ojos.

—Estoy medio muerto de calor, y quizá te calmes un poco si te separas de mí un momento. Te espero aquí.

—Entonces la acompañaré yo, Kathy —dijo Greville—. Nos hemos hecho grandes amigos últimamente. Tal vez mi presencia sirva para vencer su carácter reservado.

—Estupendo.

Caminaron en silencio durante un rato, levantando con los pies el polvo del camino. Greville permanecía pensativo, considerando una muy importante pregunta. Finalmente, al no encontrar otra solución, intentó gastarle una broma:

—¿No se estará volviendo Holmesita, verdad Kathy?

—¿Qué? —dijo ella!, mirándole desconcertada.

—Como dijo eso de Hank Darby esfumándose de la cama en medio de la noche…

—Estoy convencida —dijo ella tras una pausa.

Greville se quedó parado en seco, casi tambaleante. Se recuperó en seguida y reemprendió el camino, lentamente.

—No quería creerlo —dijo Kathy después—. Me he visto arrastrada a ello. Principalmente a causa de la tozuda actitud de Mike. El otro día. traté de ponerme en contacto con Franz Wald para hablar de esto, pero ha desaparecido, y nadie sabe dónde está.

—Ha sido destinado otra vez a Investigaciones Puras —dijo Greville lentamente.

—¿Lo cree usted? —dijo Kathy con ironía—. No sé cómo puede

creerlo. No existen pruebas. Me es imposible averiguar su paradero. Hay correo para él en el Instituto, pero nadie sabe dónde debe mandarlo.

Greville sintió que un estremecimiento de temor le invadía todo su ser. Dijo:

—Pero yo...

—Si es que me va a decir lo del hombre que encontró en California desaparecido de Nueva York, también puedo indicarle algo: ¿No le parece una coincidencia demasiado extraña? Piense que hay en el mundo ocho mil quinientos millones de habitantes. ¿Admitió ese hombre ser Agnew o bien dijo ser cualquier otro? ¿No sería acaso alguien que se parecía mucho a Agnew?

Greville inspiró profundamente y dejó que el aire saliera poco a poco de sus pulmones. Dijo:

—Bueno, veamos... Dígame cómo puede ocurrir

—Probablemente Franz se lo dijo. Alterando permanentemente la constitución química del cerebro, cambiando así el modo en que percibimos y nos afecta el mundo exterior.

—Yo... —Greville se mordió el labio—. ¡No, no lo puedo admitir! ¡Eso significaría que habríamos de prescindir de todas nuestras ideas sobre el pensamiento libre!

—No, de ningún modo. ¡Todo lo contrario! — Ahora Kathy hablaba con vehemencia, recalcando sus palabras con gestos—. ¡Significa que ya no estamos apresados por lo que nos rodea!

—Usted quiere decir que las relaciones entre los seres humanos son objetivas porque pueden ser afectadas por la experiencia subjetiva debida a la absorción de sueños felices. Alguien alcanza el punto crítico, cesa de reaccionar ante el mundo de los demás y se desvanece objetivamente. —Titubeó—. Pero... ¡diablos! ¿Y la discusión que recuerdo me informó usted sostuvieron Barriman y Franz? ¿Qué hay de la conservación de la energía? Seguramente esto hace trizas esa ley.

—Esa energía sería desplazada, no destruida —replicó ardientemente Kathy.

La joven miró a Greville con curiosidad, clavando en su rostro sus verdes ojos.

—Nick, ha pensado usted mucho en esto, ¿verdad? No sabía que ésta era su especialidad.

—No lo es. Soy un investigador, eso es todo... mi trabajo es estudiar todos los datos, lo mismo que hacen los científicos. —Con el puño cerrado se dio un golpe en la palma de la mano, delatando su desesperación—. Como le ha ocurrido a usted, yo también me he visto

arrastrado. A pesar de cuanto he luchado contra ello. Mire, ahí está el taller de reparaciones de Darby. Hank acostumbra a salir después de comer a solearse junto a esa vieja trilladora. ¡Hank!

No hubo respuesta. Continuaron avanzando, y pasaron junto a la vieja máquina que con sus corroídos dientes de metal parecía forzar una sonrisa burlona, y Greville se sintió preocupado.

—¡Sí, ahí está! Deseo de corazón que sólo esté dormido. Me dijo que últimamente es capaz de conseguir los sueños sólo con «pensar fuerte». Como Tootsie su último día… ¿recuerda?

—¿Quiere acaso decir…? —De súbito Kathy se detuvo y se tapó la boca con la mano, cual si quisiera con ello impedir un grito de su aterrorizada garganta. Greville quedó clavado en el suelo y en su faz apareció una mirada de espanto.

Un momento antes, Hank Darby se hallaba tendido al sol, el dorso al descubierto y con la cabeza apoyada en una vieja chaqueta. Y ahora sólo estaban sus pantalones dispuestos en la forma en que habían estado sus piernas; en la chaqueta era visible la huella de su cabeza.

Y nada más, excepto polvo.

CAPITULO XX

Al fin Kathy se decidió a avanzar, caminando como si estuviera soñando y se arrodilló junto al lugar en donde había estado el cuerpo de Hank. Sus manos palparon la tierra.

—¡Es... cierto! —dijo con voz entrecortada—, ¡Compruébelo! El suelo está más fresco en donde estuvo Hank echado.

Tal vez Kathy estuviese en posesión de más pruebas que él, razonó estupefacto Greville. Tal vez esta fuese la razón por la que ella se vio capaz de moverse, en tanto él permanecía como clavado en el mismo lugar. Se humedeció los resecos labios con una lengua que también estaba seca y habló con enronquecida voz:

—¡Pero es imposible... es imposible!

Ella, arrodillada en el mismo lugar donde había desaparecido el muchacho, replicó:

—Nick, si no vamos a admitir lo que evidencian nuestros sentidos, ¿qué es lo que vamos a aceptar como cierto?

Habría alguna explicación lógica, pensaba * Greville, pero de momento se sentía demasiado anonadado para encontrarla. Dijo:

—Yo... yo creo que será mejor que se lo digamos a Barriman.

—¡Magnífica idea! —dijo ella irónicamente, sacudiéndose el polvo de las manos—. Dirá que estamos agotados por exceso de trabajo y que sufrimos una insolación. —Titubeó unos instantes—. Quizá esté en lo cierto. De todos modos, tendremos que decírselo.

Se volvieron y emprendieron el camino de regreso. Su paso era más vivo ahora. Cuando alcanzaron la carretera emprendieron rápida carrera, y, al llegar cerca del almacén en donde se había-establecido provisionalmente el cuartel general de la ONU, Greville no pudo contenerse y gritó a pleno pulmón:

—¡Barriman, Barriman!

La gente que había visto correr a la pareja empezó a seguirlos desde prudente distancia. Los dos camioneros, que habían terminado de descargar los aditivos para la tierra de Lumberger, así como Lumberger en persona, les miraron desde la entrada del almacén, en donde estaban tomando una cerveza antes de que el camión reemprendiera la marcha.

La puerta del almacén estaba, naturalmente, cerrada. Jadeantes, Kathy y Greville se detuvieron frente a la misma y Greville metió la mano en su bolsillo para sacar la llave, pero, antes de que pudiera conseguirlo, abrióse de par en par la puerta y apareció en el umbral la

figura de Barriman, cuyos ojos parpadearon ante la luz exterior.

—¿Me llamaban? —preguntó.

—¡Ha desaparecido! —dijo estúpidamente Greville—. ¡Se ha volatilizado en el aire!

Barriman miró a uno, luego al otro.

—¿Qué? Dijeron que iban en busca de ese joven. ¿Dónde está?

—¡Le estoy diciendo que ha desaparecido!

Una expresión peculiar, indescriptible, cruzó el rostro de Barriman. Dijo:

—Eso es ridículo, y ustedes lo saben. ¡Supongo que ahora me dirán que lo han visto desaparecer!

Greville se dispuso a confirmarlo a pleno pulmón; se contuvo antes de expresar con palabras su pensamiento. Se sintió presa de una pesadilla llena de frustración, y un loco deseo de levantar su puño y descargarlo contra la cabeza de Barriman a fin de meterle la verdad en el mismísimo cerebro, se apoderó de todo su ser.

—¿Qué le dije? —recordóle Kathy con voz que denotaba infinito cansancio. Pero él apenas la oyó. El sentimiento de frustración había dado rienda suelta a una avalancha de recuerdos que él había mantenido con éxito a raya desde su segunda visita a Isolation.

Varm.

«Al fin y al cabo, el color es el más subjetivo de nuestros...» Interrumpió el hilo de sus recuerdos, pero no antes de que su memoria le recordase el tono didáctico, seco, de Franz Wald: «Una pregunta infantil: ¿Cómo sabe usted que lo que ve de color rojo es lo que yo veo de color rojo? No lo sabe. Ni tampoco si un chimpancé ve eso mismo de color rojo».

En alguna parte de su mente se mecía una fórmula autohipnótica que le podría librar de este flujo de recuerdos. La podía ahora utilizar, si lo quisiera.

Pero no lo hizo.

La tumultuosa y violenta sensación de frustración fruto de su incapacidad de hacer ver a Barriman la verdad, combinada con el calor del ambiente, le tentaba. Le impedía querer olvidar la visión de un mundo espléndido, rico, lozano, un mundo lleno de promesas de riqueza. Un mundo lleno de esperanzas para un planeta superpoblado y superdesarrollado.

Volvió de pronto a la realidad. Pasaron quizás unos pocos segundos. Recordaba que Kathy había dicho algo, y ahora ella estaba mirando desafiantemente a Barriman.

Lumberger y los dos camioneros se hallaban ahora junto a ellos

escuchando, en la expresión de sus rostros una máscara de incredulidad. Lumberger exclamó:

—¡Pero eso es imposible!

—¡Naturalmente! —convino con viva voz Barriman—. Ustedes tienen más sentido que estos dos... Será mejor que los apartemos del sol... ¡están delirando!

—¡No es cierto! —gritó Greville con voz exaltada— Repito que vimos cómo ocurría. Vayan a comprobarlo con sus propios ojos al taller de Darby, si les place. Verán allí las ropas del pobre muchacho tal cual estaban cuando desapareció.

En el rostro de Barriman apareció una expresión compasiva y sus ojos cambiaron una rápida mirada con Lumberger

—No sirve de nada, Nick —dijo Kathy furiosa—. Se las arreglará para que resulte que fuimos nosotros quienes robamos las ropas y las dejamos en el suelo. Es imposible meterle la verdad en su cabezota.

«Hay que meterle la verdad a la fuerza en el cerebro», pensó Greville. Y, sin darse cuenta, se encontró con que le estaba diciendo:

—No es imposible, Barriman. ¿Debo decirle cómo puede verificarse?

Él temor se dibujó súbitamente en la cara de Barriman, que pronto desapareció reemplazado por una actitud de irónica calma, como si se dispusiese a escuchar a un pobre lunático. Contestó:

—¡Sí, claro! ¡Díganos cómo puede suceder!

Greville inspiró profundamente.

—Los sueños felices... usted mismo lo dijo... son especialmente aptos para servir como material Rara las células del cerebro de los animales altamente desarrollados. No son lo mismo que el compuesto que tenemos en nuestros propios cerebros. Realizan la misma función, ¡pero no son lo mismo! Nuestra percepción de la realidad externa depende de las reacciones electroquímicas de nuestro sistema nervioso. Recordamos lo que sucede exteriormente... la luz, el calor, el movimiento de nuestro cuerpo.,., no como a ellos mismos, sino como símbolos cifrados.

Miró de refilón a Kathy y vio que ella asentía con vehemencia,, el nerviosismo reflejado en su mirar. Cuando él se detuvo, ella dijo—:

—¡Sigue Nick, por favor... lo estás haciendo muy bien!

El sintió complacido el tuteo y prosiguió:

—En este sentido, pues, cualquier cosa que en el mundo exterior es como «real» es dúctil a nuestra percepción humana. En tanto nos proporciona impresiones consiguientes, podemos considerarla como realidad inalterable...

-—Claro, claro —le interrumpió Barriman—. Ahora supongo que usted...

—¡Cállese! —replicóle Greville con la misma voz que había hecho que Simonson se aviniese a cooperar—. ¡Métase esto en la mollera! ¡La composición del cerebro de un habituado a los sueños felices está cambiada! La memoria continúa, naturalmente... los sueños felices almacenan los símbolos cifrados tan bien como lo hace la noetina corriente. ¡Usted mismo lo dijo! Y a causa de esto, los que se administran sueños felices sí perciben una realidad diferente y sí desaparecen!

Barriman abrió los brazos.

—¡Esta es la estúpida teoría de Wald vuelta al revés y aumentada! —gritó fuera de sí—. Kathy, ¿cómo puedes tú, una experimentada científica, creer tan truculentas tonterías, tanta basura subjetiva, tanto...? —Empezó a tartamudear ininteligiblemente.

Greville miró a su alrededor. Mientras hablaba, Marek y Rice habían vuelto... pero no solamente ellos. Vio a Darby, Crane, Himmelweiss, Hutchinson y a otros ciudadanos, que en silencioso grupo esperaban de pie frente a la entrada del almacén. Lumberger miró a los adustos rostros de aquellos hombres; tornóse pálido de pronto y retrocedió colocándose detrás de los dos rudos camioneros, como en busca de protección.

—¿Qué hay de cierto en lo que se cuenta por la ciudad? —demandó Marek, rompiendo el momentáneo silencio que se había establecido—. ¿Ha desaparecido alguien más?'

—Sí, quiero saberlo —dijo entonces Darby, avanzando un paso. Sus ojos se clavaron en los de Barriman, pasaron a fijarse en los de Greville y luego escrutaron el rostro de Kathy, fijándose nuevamente en los de Greville—. Alguien ha dicho que mi hijo ha desaparecido.

Greville se pasó la mano por la frente.

—Yo... yo lo siento —dijo con voz apenas audible.

—¿Entonces es verdad?

—Sí, lo es —dijo Greville haciendo un esfuerzo—. Vi cómo sucedía. También lo vio la doctora Pascoe, aquí presente.

—¿Y no lo impidieron? —La voz de Darby era casi un sollozo.

—¡No era posible, hacerlo! —gritó Greville a pié-no pulmón, cual si intentase una vana defensa propia—, ¡Eso es lo que sucede a los que se entregan a los sueños felices durante demasiado tiempo! Kathy —dijo con tono de voz suplicante— ¡deben existir otros casos de personas que vieron desaparecer ante su vista a adictos a esta droga!

—Vuestro Departamento debe tener constancia de ellos... no el

nuestro. Probablemente intentaron demostrar que los testigos estaban locos, o bebidos.

—Siga, señor. Cuéntenos algo más. —La voz de Darby denotaba peligrosa calma.

¿Qué más sabía él? ¿Qué clase de consuelo le podría ofrecer?

—No comprendemos todavía todo esto —dijo finalmente Greville —. Debe ser algo parecido a la muerte, 'tal' vez sea como irse a un mundo diferente.

—¡Escuchad la voz del predicador! —dijo una voz desde detrás del grupo. Greville miró automáticamente hacia donde procedía y observó que el grupo había sido reforzado ahora por gente joven. Vio a Jud Crane y a su padre; a Dan Himmelweiss, hijo, con el suyo y a la joven Sandy Grogan.

—No quiero oír hablar de la ida a otro mundo —dijo secamente Darby—. Quiero a mi hijo. Aquí, en este mundo, que para mí es bastante aceptable. ¡O lo era, hasta que ustedes, granujas de las Naciones Unidas vinieron a estropearlo!

Un clamor de aprobación coreó sus palabras. Greville sintió que Kathy se apretaba contra él. Sus manos se encontraron. El oprimió la de ella reconfortándola. Luego la soltó y se separó de ella y avanzó lentamente, con el puño cerrado, hasta que el mismo estuvo a un dedo de las narices de Darby. El hombre no se movió. Se limitó a mirar hacia abajo.

.—¿Ve esto? —dijo Greville con rasposa voz—, ¡Este es el camino equivocado! ¡Esto es lo que hemos tratado de evitarles a ustedes y a sus hijos! ¡Esto es lo que hemos intentado darles en su lugar!

Abrió el cerrado puño y alargó la mano para coger del fondo del cargamento del camión de la ONU una caja, de regular tamaño.

—¿Que se ha estropeado este mundo? ¿Quién lo echó a perder? ¿Nosotros? ¡Naturalmente que fuimos nosotros! ¿Qué creen ustedes que son las Naciones Unidas... alguna especie de monstruo? Están formadas de hombres y mujeres, Darby, como usted y como yo y su esposa e hijos. Tenemos ahora demasiada gente en el mundo, así que hay escasez de bienes y a veces no hay bastante para cubrir nuestras necesidades.

»¿Pero sabe usted cómo arreglaban esto antiguamente? —prosiguió Greville—. ¿Qué le parecería una guerra, Darby, para matar unos cuantos millones que sobran... incluyéndole a usted? ¿Qué tal le sentaría que a ese hijo suyo le hubiesen enviado a pudrirse en un agujero en el suelo, en alguna parte de la que jamás oyó hablar ni nunca le importó nada? ¿Eso es lo que quiere? ¡Magnífico!

Con toda su fuerza arrastró hacia sí la pesada caja que pegó contra otras de delante marcadas con las palabras MERCANCIAS EXPERIMENTALES; el golpe provocó que se rompiera una tabla de una de las cajas de primera fila.

—¿No prefiere las cosas tal como están ahora? ¿No le gusta que sus hijos no tengan los dientes podridos de tanto comer golosinas y la mente embrutecida por los crudos y ensangrentados shows de la Televisión? ¿Cómo están sus dientes, Darby?

Los labios del hombre se separaron, y Greville exclamó:

—¡Me lo suponía! ¿Son postizos, verdad? ¿Qué edad tiene? ¿Cuarenta y dos o cuarenta y tres? Los dientes de sus hijos están sanos, y sus piernas rectas, no encorvadas por el raquitismo, sus vientres no están hinchados por la pelagra como lo estaban los de los niños de antes, cuando las cosas andaban mal y faltaban los alimentos. No hay demasiado actualmente en este nuestro mundo de ahora, excepto gente. Pero lo que hay va a parar a la gente que lo necesita, y este es nuestro trabajo, nuestra obra.

Retrocedió un paso, respirando jadeante. .

—¡Escúchenme! —continuó repasando todos los rostros, la cabeza ligeramente hacia delante, cual si se dispusiera a dar un brinco—. Mi propia esposa sigue el camino que siguen sus hijos. ¿Creen que me duermo en mi trabajo cuando existe la oportunidad de detenerla?

Los hombres se intercambiaron miradas. Darby retrocedió unos pasos, el rostro mostrando su desconcierto. Hutchinson le puso una mano en el hombro, tratando de reconfortarle.

—Bien —suspiró Greville—. Yo ya he dicho lo que tenía que decir. Ustedes saben que es cierto. Les toca a ustedes portarse como es debido.

Se produjo cierto movimiento entre el grupo. Algunos empezaron a alejarse.

Leda, pensó Greville sombríamente. Pero no pensaba en la Leda de verdad, sino en la Leda con la que creía haberse casado. Así que él había mentido al servicio de la verdad tal cual la veía. Y bien, ¿qué importaba eso?

Y entonces los ojos de Marek se posaron en la caja con la tabla levantada que había en el camión. No abrió la boca, sino que se dirigió hacia ella.

Y como su actitud era algo extraña, todos los ojos le siguieron en sus movimientos. También los de Greville. Por un momento, el agente de las Naciones Unidas no pudo dar crédito a lo que veía. Vio que de aquella caja salía un hilo de moreno polvo cual si fuese arena.

—¿Qué diablos...? —dijo alguien con trémula voz.

Marek puso un dedo en el hilo de polvo. Miró luego lo que le quedaba en él. Lo frotó, olfateó, humedeció su pulgar y puso unos cuantos granos en la humedad.

Se volvió lentamente, ofuscado, confuso, y dijo antes de haber tenido tiempo de pensar en las consecuencias:

—¡Son sueños felices! ¡Un gran cargamento de sueños felices transportado en un camión de las Naciones Unidas!

CAPITULO XXI

—¡Al coche! —dijo de pronto Kathy, en voz baja, y como Greville no parecía moverse, le dio un tirón de brazo con sorprendente fuerza. En cuestión de segundos se alejaron del grupo, apenas antes de que el primer grito de odio y execración se elevara al cielo; antes de que la gente hubiese recobrado el aliento y se decidiese a actuar, ellos ya estaban dentro del coche con el motor en marcha.

Y se hallaban corriendo a toda velocidad por la carretera antes de que la multitud hubiese empezado a destrozar el camión.

—¡Kathy! —gritó Greville—. ¿Dónde me llevas? ¿Y qué le ocurrirá a Barriman y los demás? Esa gente les...

—Al diablo con Barriman —dijo Kathy entre dientes—. Al diablo los otros. No me importa ya Mike en absoluto... estoy harta de él. No me importan demasiado los demás. Me preocupas tú, por lo que le dijiste a Darby, porque aceptas la evidencia cuando se te ofrece, como hacen los hombres honrados. Pero los demás pueden irse al infierno.

—¡Pero tienes que volver! —gritó Greville—. ¡Kathy, si no les ayudamos a escapar de esa turba los lincharán!

Ella volvió la cara y le miró, los verdes ojos chispeantes.

—¡Vi mucha policía en la ciudad! Se salvarán si entran en el almacén... hasta que le peguen fuego. Podemos llamar al Instituto en la próxima ciudad para que envíen por helicóptero una patrulla antimotín. Espero que Vassily y Peten salgan bien parados, con sólo unos cuantos rasguños. Pero deseo que a Barriman le ajusten las cuentas bien.

El odio que rezumaban las palabras de la joven con respecto a Barriman asustaron a Greville. Expresó con temor esta única palabra:

—¿Por qué?

—¿Todavía no te lo imaginas, Nick? Ese camión procedía del Instituto y llevaba sueños felices. No me vas a decir que Joe Martínez cargó ese polvo, ¿verdad? Joe está arrestado bajo acusación de robar sueños felices de la caja fuerte de la caseta de vigilancia. Pero no fue él quien lo hizo. Y el pobre doctor Desmond no diferenciaría los sueños felices de una pila de inmundicia. ¿Quién queda después de esto, Nick?

Greville se recostó en su asiento, la vista fija en la recta cinta de la carretera que tenían por delante.

—Explícate —dijo.

—Pues bien. Empezó con Franz Wald y los primeros animales que

desaparecieron... las ratas. Franz no lo vaticinó, pero dedujo la correcta conclusión sobre el efecto de reemplazar con sueños felices el material de que están compuestas las células cerebrales. Barriman le despidió. Pensé... ¿cómo podía no pensarlo, siendo Barriman un hombre de gran reputación...? pensé que debía tener grandes motivos para su decisión, y, de todos modos, era concebible en ese caso que alguien habría dejado libres deliberadamente a esos animales. No trabajábamos bajo severas medidas de seguridad. Pero esto no era aplicable a Tootsie ni a la desaparición de sueños felices de la caja fuerte.

—¿Quién preparaba las cantidades de las dosis para los animales de experimentación? ¿Tú o Barriman?

Ella le miró antes de responder; el coche se deslizaba ahora por una gran curva traqueteando •un poco porque el piso de la carretera no estaba en buenas condiciones.

—¿Lo empiezas a comprender, verdad? Era él quien lo hacía. Estoy segura ahora de que impedía deliberadamente que nuestros experimentos dieran resultado alguno... primero despidiendo a Franz cuando estaba cérea de la verdad y calculando erróneamente las dosis que había que suministrar a cada animal, de modo que nuestras investigaciones se hubiesen paralizado totalmente de no habernos traído tú aquella remesa extra de Nueva York; luego robando el polvo de la caja cuando otros monos estaban a punto de seguir el mismo camino que había tomado Tootsie, y acusando a Martínez para así encubrirse él...

—¡Pero cielos! —la interrumpió Greville—. ¡Un cargamento de sueños felices en un camión de las Naciones Unidas es... es insensato!

—No, no lo es. Todo concuerda. ¿Acaso no dijo Mike una y otra vez que esa materia sólo puede ser producida por alguien que tenga acceso a unas instalaciones de gigantesca capacidad productora? Siempre se las ha arreglado ingeniosamente para atraer nuestra atención hacia ciertos hechos, de modo que pudiese sostener equivocadas conclusiones basándose en ellos. Se ha rodeado de un aire de devoción para con la ciencia... me ha tenido engañada y a sus pies durante mucho tiempo, hasta hace unos cuantos días. ¿Cómo sino así podrían los sueños felices en tan vastas cantidades? ¿De qué otra forma podrían ser distribuidos en todo el mundo? ¿Cómo sino a través de una amplia red de transporte que distribuye los suministros más esenciales del mundo?

—A través de las agencias de las Naciones Unidas —dijo Greville lentamente.

—Naturalmente.

Greville pensó entonces en el día en que llegó por primera vez a Isolation, cuando Mandylou Hutchinson se vanaglorió ante él de que ella y sus amigos se habían entregado a la droga. Y le vinieron a la memoria las palabras de despecho que ella pronunció: «¡Las Naciones Unidas no nos dan esto!»

Si ella lo hubiese sabido…

—¡Pero cielos! —exclamó él con desesperación—. ¡Es imposible ocultar toneladas de esta material ¡La gente debe saberlo, debe darse cuenta de su distribución!

—Naturalmente que se dan cuenta., ¿Pero no leíste lo que decía la caja que rompiste accidentalmente,? Decía INVESTIGACIONES PURAS - MERCANCIAS EXPERIMENTALES - NO EXPONER AL AIRE. He visto centenares de cajas como esa saliendo del Instituto. ¿Quién se atrevería a mirar su contenido? Sería espantoso si tú, por ejemplo, contaminaras una nueva variedad de bacterias higroscópicas destinadas a un campo de experimentación del suelo.

—¿Crees que se realiza por medio de la gente de Investigaciones Puras?

—No me es posible encontrar otra mejor explicación.

Llegaron a la vista de una pequeña ciudad. Kathy dijo de pronto:

—Nos detendremos aquí, buscaremos un teléfono y llamaremos al Instituto. Creo que tendremos que enviar a alguien a detener a esa turba Me pregunto cuánto tiempo tardará Mike en recobrar su aire de dignidad y negar todo cuanto ha ocurrido.

—No puede ser mantenido secreto durante mucho tiempo —dijo Greville—. Muy pronto habrá demasiada gente presenciando-desapariciones de adictos… demasiada para que esas desapariciones puedan ser silenciadas.

—Hace mucho tiempo que debía haber ocurrido esto —dijo Kathy disminuyendo la velocidad del coche para entrar en lá pequeña ciudad —. ¡Todo esto es una conspiración en la que necesariamente tienen que estar comprometidos miles de empleados antiguos de las Naciones Unidas! Y sin embargo ha sido un misterio por más de dos años.

—¿Por qué lo hacen? —dijo Greville con las manos crispadas, una expresión de angustia. en los ojos.

Kathy detuvo el coche junto á un almacén tan descuidado como el de Isolation. Encogióse de hombros.

—Tú lo indicaste hace unos minutos al decir que no había mucho de nada en este mundo… excepto gente.

—¿A quién se lo podemos comunicar? ¿Quedará alguien?

—Desmond tal vez —dijo Kathy saliendo del coche.

—¿De qué serviría? ¿No es acaso un… un fantoche?

—Oh, claro que lo es. Pero, a su modo, es un hombre honrado. Quizá sea demasiado inocente para estar envuelto en la conspiración. Podemos probar.

A pesar de la pobre comunicación que ofrecía el teléfono del almacén, la temblorosa pantalla del mismo presentaba claramente una vista de la caseta de vigilancia del Instituto, lo suficientemente clara para que ellos supieran que habían sido conectados bien.

Greville dijo:

—Se ha producido un motín en Isolation. Deben enviar allí a alguien en seguida…

—¡Lo sabemos! —dijo la voz del vigilante de turno con fiereza—. Se recibió aquí una llamada antes de que la turba cortase la comunicación, y hace unos minutos partió para allí una patrulla antimotín.

Greville sintió una gran sensación de alivio.

—¿Se sabe si están a salvo?

—No, todavía no… ¿Eso es todo? Estamos ocupadísimos.

—Póngame con el doctor Desmond inmediatamente. Se trata de un caso de emergencia.

—Lo intentaré —repuso el vigilante.

Mientras esperaba, Greville miraba a Kathy. La joven se hallaba de pie junto a la puerta de la cabina. Dijo él, tapando el micrófono del aparato:

—¿Estás segura de que es conveniente llamar a Desmond?

—¡No sé de nadie más! —espetó ella—. Es el jefe del Instituto… Creo que él puede…

—Yo pensaba en Al Speed —dijo Greville—. Mi colega de Nueva York, jefe de la terapéutica de la intoxicación por drogas.

—Tal como yo veo las cosas —dijo Kathy— los directivos de tu Departamento deben estar metidos en esto desde el principio.

Greville se dispuso a negarlo violentamente, pero se dio cuenta de que no le era posible hacerlo. Había muchas cosas que apuntaban hacia esta posibilidad. Pero ahora la voz irritada del doctor Desmond llenaba la cabina y su figura se movía en la pantalla.

—¡Doctor Desmond! Aquí el agente de Narcóticos Greville… acompañado de Kathy Pascoe. Tenemos pruebas concluyentes de que los sueños felices son transportados en camiones de. las Naciones Unidas como si fuesen mercancías experimentales.

Silencio sepulcral durante un momento. Luego, con voz trémula:

—¿Cómo dijo?

—¡Que son transportados por todo el país... probablemente por todo el mundo valiéndose de los medios de transporte de las Naciones Unidas! —dijo con firme voz Greville—. Y no es' esto todo. La doctora Pascoe y yo hemos presenciado personalmente la desaparición física de un adicto a los sueños felices. Debe existir una- vasta conspiración...

—¡Alto! —interrumpióle Desmond—. No lo diga por teléfono. ¿Desde dónde me llama?"

—Desde una pequeña ciudad entre Isolation y la línea divisoria del Estado... no me di cuenta de su nombre. ¿Kathy?

Kathy movió negativamente la cabeza y se fue a preguntarlo a alguien.

—¡No importa! —dijo Desmond—. Quédense ahí. ¿Tienen algo que pueda ser localizado desde el aire?

—Oh... sí. Nuestro coche es bien visible. Es el descapotable amarillo que Barriman se llevó hoy del Instituto.

—Bien. Diríjanse a las afueras de la ciudad, y deténganse junto a un trecho de carretera en donde pueda aterrizar un helicóptero y yo haré que alguien de confianza llegue hasta ustedes. No digan una palabra a nadie, ¿comprenden? ¡Esta es una noticia espantosa!

Se cortó la comunicación. Sorprendido ante la rápida reacción que había demostrado un hombre a quien consideraba un fantoche, Greville dejó el aparato y salió de la cabina.

Se encontró con Kathy y ella le dijo:

—El nombre de esta ciudad es...

—Demasiado tarde —contestó Greville y le contó lo que Desmond había ordenado—. Parece que tenías razón. No esperaba yo una respuesta tan contundente.

Kathy se pasó la mano por la cara.

—Demasiado contundente —dijo sombríamente—. Nick, no me gusta esto. Estoy muy asustada. Pero no podíamos hacer otra cosa, ¿verdad?

El zumbido del helicóptero parecía al de un abejorro en el aire cálido y claro. De pie detrás del coche, Kathy y Greville hicieron señales al piloto y vieron cómo él o un pasajero devolvía el saludo mientras el aparato se disponía a descender.

Greville cambió una tensa mirada con Kathy, forzando una sonrisa.

—¡Cruza los dedos! —dijo él.

Pero ella no le devolvió la sonrisa.

El helicóptero tomó tierra a unas veinte yardas de ellos, levantando una nube de polvo. Ellos se encaminaron hacia él. El piloto era desconocido para Greville, pero el único pasajero del aparato era el sargento de seguridad que habla estado presente cuando Martínez fue acusado de robar la droga de la caja fuerte. El sargento abrió la portezuela.

—¡Entren! —ordenó—. ¡Pronto!

Montaron en el aparato. En cuanto oyó cerrarse la portezuela, el piloto puso en marcha el motor y el aparato se elevó en el aire.

—¿Dónde vamos? —demandó Greville—. ¿Al Instituto?

El sargento de seguridad denegó con la cabeza.

Buscaba algo en sus anchos bolsillos del uniforme. Extrajo una cosa similar a una pistola.

—¡Nick! —gritó Kathy con temblorosa voz—. ¡Nick, me equivoqué! ¡Hemos sido engañados!

—Lo siento —dijo el sargento con sincera voz—. He recibido órdenes. —Y disparó dos veces la pequeña pistola.

Mientras el gas anestésico le envolvía cual una nube, Greville pensó que toda la Humanidad debía haberse vuelto loca.

CAPITULO XXII

¿Cuánto hacía que estaba aquí? ¿Una semana? ¿Dos? Greville había perdido la cuenta. Lo único que sabía era que se encontraba en el Sanatorio de los Angeles Piadosos... pues reconoció el monograma MA del uniforme del enfermero que le traía la comida. Pero el enfermero nunca decía nada, jamás contestaba a sus preguntas, nunca hizo nada excepto observarle y cuidarse de su alimentación.

—Si sigo aquí mucho tiempo —decía alguna vez Greville a las desnudas paredes— me volveré loco de verdad. Creo que por esto estoy aquí. Esto es lo que deben buscar.

Últimamente se sentid mordido por la sospecha, fruto de sus largas horas de solitaria meditación, de que ya estaba loco. Sus recuerdos parecían insensatos: visiones de una conspiración internacional organizada a través de las Naciones Unidas, la organización mundial abasteciendo de sueños felices a todos los adictos, enviándolos así... doquiera fueren; el recuerdo de Hank Darby esfumándose en el aire; las acusaciones de Kathy contra Barriman acusándole de archiconspirador... todo esto giraba en su mente cual las hojas muertas bajo un árbol en otoño.

¿Dónde estaba Kathy? ¿En otra habitación como la suya?

Abrióse de pronto la puerta, rompiendo el hilo de sus pensamientos. Vio al enfermero, pero el hombre, en vez de avanzar hacia él se echó hacia atrás para dejar paso a alguien. Greville vio sorprendido que se trataba de Al Speed.

Cerróse la puerta. Por un momento Al permaneció en el umbral indeciso, como si temiese un ataque... una retahíla de insultos, incluso un golpe. Cuando Greville le miró sin rencor, sin intención aparente de atacarle, sentado en su cama, Al se le acercó y se sentó en el otro extremo de la cama, los grandes ojos detrás de los lentes de contacto expresando su infelicidad.

Dijo:

—Nick, siento que haya tenido que ser así.

Greville se encogió de hombros y pudo decir haciendo un esfuerzo:

—He perdido ya las esperanzas —y pensó cuán melodramáticas sonaban sus palabras.

—Creo que podrá recuperarlas pronto —dijo Al.

Greville se levantó y empezó a pasear arriba y abajo por la estrecha habitación.

—Al, supongo que estoy loco. ¿Es así, verdad? Si no, ¿qué es lo que

estoy haciendo aquí, en el Sanatorio de los Angeles Piadosos?

Al no contestó su pregunta. Dijo simplemente:

—¿Cómo se encuentra?

—Decepcionado por el mundo —contestó Greville—. Desmoralizado completamente. He sido arrancado de todo cuanto conocía. Encerrado. He estado pensando sobre… bueno, ¿qué importa? El color varm. La desaparición de Hank Darby. Barriman. Sería a gusto un adicto a los sueños felices con tal de abandonar este mundo.

—Nick, lo siento —dijo Al moviendo con pesar la cabeza—. Pero este es un mundo injusto y no ha habido tiempo para hacer todo lo que debía haberse hecho para mantener bien el equilibrio.

Una pausa. Greville se humedeció los labios.

—¿Cómo está Kathy? —pregunto—. ¿Está aquí?

—Sí. Está bien. Acabo de verla.

—¿Y Leda?

—La… la dejamos marchar.

—¿Qué?

—La dejamos marchar. Esta es nuestra misión, Nick. Dejamos libres a todos los que podemos. Mire, eche un vistazo a esto.

Al sacó del bolsillo la hoja doblada de un periódico, la primera página. La dio a Greville, quien la desdobló con la intención de ver primero la fecha. Pero sus ojos no llegaron tan lejos. Se vieron detenidos por unos titulares que ocupaban todo lo ancho de la página.

¡EL NUMERO DE DESAPARICIONES SE CALCULA EN UN MILLON!

Y debajo, como subtítulo:

Un torrente de evasiones

Greville continuó leyendo, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, leyendo en voz alta, como si al hacerlo así pudiera convencerse de su realidad: «Fuentes autorizadas manifestaron en el Cuartel General de las Naciones Unidas en Nueva York que en el transcurso de las últimas veinticuatro horas han desaparecido un millón aproximadamente de adictos a los sueños felices. De éstos, medio millón corresponde a Asia y otro cuarto de millón a las Américas. Se teme que la próxima semana el número se duplique…»

Greville dobló súbitamente la hoja y cerró los ojos.

—Al, padezco alucinaciones. Debe ser eso.

—No, no lo es —dijo Al cogiéndole el papel de las manos—. Es un

periódico de hoy. Hemos sobrepasado la línea arbitraria que nosotros mismos establecimos y no cabe retroceder. Ahora podemos decir lo que hemos hecho e intentar justificarnos.

Se puso en pie y cogió a Greville de un brazo.

—Acompáñeme… hay alguien que quiere verle.

Humildemente, Greville hizo lo que le mandaban.

Al condujo a Greville hasta una habitación en cuyo interior había varias personas. Greville se hallaba como hipnotizado. Cuando su mirada repasó aquellos rostros, su sensación de irrealidad se redobló. Pues sus ojos le informaron que aquellos eran Barriman, Kathy… pálida, con una expresión de incredulidad parecida a la suya… y un hombre cuya olivácea tez, negros ojos y negro bigote era tal vez la figura mejor conocida del mundo.

¿Qué haría *él* aquí… Ismail Zafiq, de Afganistán, Secretario General de las Naciones Unidas?

—Siéntese, por favor —dijo Zafiq, con aquel peculiar acento que Greville tantas veces había oído radiar desde la tribuna de la Asamblea General—. Señor Speed, ¿estamos todos reunidos?

—Esperamos ahora al Doctor Wald —contestó Al—. Debe llegar de un momento á otro.

Greville cruzó la habitación y tomó asiento junto a Kathy, mirándola como aturdido. Ella movió la cabeza, pero no dijo nada. Un momento después se abrió de nuevo la puerta y entró Franz Wald, discutiendo con su compañero. Su acompañante era el doctor Desmond, del Instituto.

—¡Pero no pueden hacer esto! ¡Es un acto lunático, criminal! ¡Exijo mis derechos humanos!

La voz aguda, agresiva, de Wald, se detuvo en seco cuando él también reconoció al Secretario General. Miró a su alrededor con mirar incierto y luego rugió a Greville:

—¿También usted forma parte de esta conspiración de dementes?

—¡Por favor! —resonó la voz potente de Zafiq—. Siéntese, Doctor Wald. Le ruego no diga esas cosas hasta que esté enterado de los hechos. Luego podrá decir lo que le parezca.

Súbitamente se pasó la mano por la frente, y era evidente que estaba muy cansado. En voz más baja, añadió:

—En realidad, es por esto por lo que están ustedes aquí. Les pedimos que se constituyan en… en una especie de jurado, a fin de que puedan juzgarnos. Ustedes han sufrido muy directamente nuestros actos; debemos justificarnos ante ustedes solamente. Doctor Speed, ¿conocen todos ellos los hechos?

Al aclaróse la garganta, al parecer nervioso. Dijo:

—La doctora Pascoe y el señor Greville lo saben desde hace algún tiempo, pero el Doctor Wald no. Franz, mire esto por favor.

Le entregó la hoja de periódico que había mostrado a Greville, y Wald la cogió, leyendo ávidamente lo que en ella se decía.

—Convinimos —dijo Al en voz baja— que ocultaríamos la verdad hasta el día en que alcanzáramos el millón de desapariciones. Ahora, naturalmente es absolutamente imposible detener la riada. Esperamos que dentro de los tres próximos meses desaparezcan mil quinientos millones de habitantes de la población terrestre.

—¿Cómo? —dijo Greville sintiéndose desfallecer—. ¡Pero será un caos! ¡Habrá tumultos! ¡Locura colectiva! ¡Habrá…!

—Lo sabemos —dijo con tranquila voz Zafiq—. La más gigantesca campaña propagandística está hoy en marcha. Prevemos tumultos e histeria en las zonas más gravemente afectadas, pero tenemos constancia de todos los adictos a los sueños felices que detentan puestos clave en los servicios esenciales, y tenemos hombres dispuestos a hacerse inmediato cargo de estos puestos. El plan existe, y hasta el presente no nos han fallado esos hombres ni una sola vez. —Se recostó en su asiento—. Doctor Barriman, ¿quiere terminar el informe?

Greville sintió en la suya la cálida mano de Kathy; la apretó cariñosamente.

Barriman titubeó, buscando las palabras precisas. Finalmente las encontró.

—Todo se resume —dijo— en que estamos colonizando otros mundos.

CAPITULO XXIII

—Probablemente no ignoran ustedes el propósito que hizo que se creara la división de Investigaciones Puras de las agencias científicas de las Naciones Unidas —dijo Barriman pensativamente—. Su misión es explotar lo más rápidamente posible cualquier descubrimiento que pueda aliviar los problemas mundiales. Bien, evidentemente, su primer paso fue el de averiguar cuáles eran estos problemas, su envergadura y perentoriedad. Y esto exactamente fue lo que se hizo.

»El resultado de este estudio fue... alarmante. Los cálculos más optimistas revelaron que habíamos empezado con treinta años de atraso para enfrentarnos con la explosión del aumento de población hecho posible por la abolición de la guerra y los adelantos de la ciencia médica. ¿Qué íbamos a hacer con este mundo superpoblado? ¿Debíamos legalizar el canibalismo como propuso irónicamente el Secretario General Zafiq en su último informe mundial? ¿Ordenar la esterilización de todos aquellos inferiores a un Cociente de Inteligencia de cien? ¿Permitir que el- mundo cayera presa del hambre y la enfermedad para reducir la población? Bien, pues, hace cosa de diez años, cuando nos enfrentamos por primera vez con este espantoso problema, yo estaba dedicado a una investigación sobre los constituyentes físicos del tejido nervioso, y descubrí una sustancia que tenía propiedades extraordinarias. La llamé neuróloga, pero ustedes la conocen mejor como sueños felices. Al principio pensé que se trataba simplemente de otro de los conocidos compuestos que inducen a la aberración mental mediante su acción química... como esos asociados con la esquizofrenia, por ejemplo. Estaba muy equivocado

»Los sueños felices tienen la propiedad de, primero, inducir a visiones y, después, a hacer que el organismo se aclimate a aceptarlos como material celular idóneo. El fenómeno no carece de precedentes... existen vitaminas artificiales que difieren químicamente de las normales, pero que el organismo aprende a aceptarlas como sustitutos. Y el efecto final, como ustedes saben, es que el individuo no percibe ya el mundo que nosotros aceptamos como verdadero, ya no le afecta el mismo, y, a nuestro entender según nuestros sentidos, desaparece. Esto es lo que andaba usted buscando, Franz. Pero compréndalo, si le hubiésemos dejado que publicara su descubrimiento, hubiera echado a rodar todos nuestros planes.

Wald se movió nerviosamente, sin decir palabra.

—Yo era discípulo de Mike cuando se produjo el descubrimiento —

dijo entonces Al—. Ayudé a preparar la técnica para producir en cantidad el compuesto así como la cantidad adecuada de las dosis y otros problemas de menor importancia. Luego me encargué del trabajo de su distribución.

—Era fabricado bajo el disfraz de un proyecto de Investigaciones Puras, como ustedes saben — prosiguió Barriman— Las patrañas sobre «Johnny Happydreams» nos ayudaron en nuestros planes, pero nuestra mejor cooperación fue la que nos ofreció el Secretario General en persona.

—Usted exagera —dijo Zafiq.

—¡Nick! —dijo Al volviéndose en su asiento—. ¿Cuántas veces estuvo usted cerca de la realidad y la descartó porque parecía tratarse de propaganda Holmesita?

—Oh… muchas veces, creo —reconoció Greville.

—Zafiq inventó á Holmes —indicó Al—. Nunca existió tal personaje.

Silencio durante un momento. Greville asintió lentamente. Sí, fue realmente un buen golpe. Crear un culto desacreditado y desacreditando la verdad asociándola con el mismo.

—Nuestros planes —resumió Barriman— reclamaban que la droga diera cuenta de un mínimo de mil millones de personas dentro de los dos años de su descubrimiento. No lo hicimos, pero hemos fallado por sólo unos meses y parece que la cifra final será un cincuenta por ciento por encima de lo que calculamos. Hacer esto cuesta mucho… injusticia, sufrimientos, dolor… Pero, en fin de cuentas, creemos que lo hemos hecho bastante bien. Cuando pase el momento crítico podremos y curaremos a los adictos que no han desaparecido. La propaganda patrocinada por las Naciones Unidas nos ha proporcionado prodigiosos resultados… manteniendo ese precio fijo, por ejemplo, que confundió a tanta gente. Sabemos lo que hemos hecho y tenemos la confianza de que podremos hacer marcha atrás. Los próximos tres meses nos demostrarán si tenemos razón o no.

—Nick —dijo Al sin mirar a Greville—, ha sido muy duro ver sufrir a un amigo como usted. Sólo puedo decirle que era inevitable. ¡Y lo mismo le digo a usted, Franz! Tuvimos que comportarnos tal como lo hicimos para retardar el día de la revelación. ¿Recuerda el día que se tropezó con Dick Agnew en California, Nick?

Greville asintió. Tenía muy seca la boca.

—Clements era un adicto; lo sabíamos. Se le designó para que «atravesara la barrera» formando parte de los hombres responsables que hemos procurado mantener en el… el nuevo mundo. Agnew no lo

era. Agnew era un señuelo creado contra Franz Wald, no contra usted. Fue un accidente verdaderamente lamentable el que usted se tropezara con él; lo que yo deseaba era presentar a Franz pruebas concluyentes de que sus teorías eran falsas, demostrándole que un adicto «desaparecido» seguía vivo y en carne y hueso. Naturalmente, el plan fracasó al ordenar usted la persecución pública de Agnew, y todo cuanto pudimos hacer fue ponerles a Franz y a usted en algún sitio en donde él no pudiese comunicar a nadie más la peligrosa verdad.

—¡Pero... diantre! —exclamó Greville—. ¿Cómo sabe que no ha matado a toda esa gente?

—El mundo de los sueños felices es un mundo consistente, ¿no es cierto? Un mundo virgen, tan real como cualquier otro. Esta es una razón. —Al se humedeció los labios—. La segunda, que es más difícil de aceptar, es que hemos pedido a las personas que se internaron en él con los ojos abiertos, como Clements, que dejaran señales de su presencia. Y algunos adictos avanzados a los sueños felices han visto esas señales. Han comprobado por sí mismos que los hombres pueden sobrevivir y mejorar su situación en este nuevo mundo.

—Es efectivo —dijo Zafiq con satisfacción—. No es necesario comprenderlo... y, francamente, yo no lo comprendo.

Poco a poco, él y Barriman, que voluntariamente se habían sometido a juicio, se iban tranquilizando. Ahora, por primera vez, Al sonreía.

—Me hizo pasar un mal rato, Nick —dijo Al—, cuando me habló del color que llamó varm. No sé qué nombre le dan allá, pero no era cosa nueva para nosotros Uno de cada cien adictos más o menos lo ve inmediatamente, como le ocurrió a usted. La inmensa mayoría lo ve al final. En este nuevo mundo el espectro tiene ocho colores en vez de siete. Tuve que escoger los historiales que le dejé a causa de ello.

—¡Pero esto es criminal! —protestó de pronto Wald, arrojando al suelo él periódico que tenía sobre las rodillas—. ¡Es deportación! ¡Atenta contra los derechos humanos!

Las facciones pétreas de Zafiq permanecieron en calma. Dijo:

—Doctor Wald, con todo respeto he de decirle que olvida usted dos cosas. La primera es la situación real de nuestro planeta. Dejando a un lado los deliberados informes optimistas con que nos engañan las Naciones Unidas, la desnuda verdad es que dentro de cuatro o cinco años nos enfrentaríamos con hambre, o enfermedades, o la guerra. Aun cuando los proyectos de cultivo del mar —en los que está usted especialmente interesado— y de la guerra dieran el fruto apetecido, de

aquí a veinte años nos encontraríamos en la misma situación. Además, esto no es deportación —añadió apuntando al Doctor con un dedo acusador—. La naturaleza en sí misma de las visiones que obtienen los habituados a la droga invita a los que se sienten decepcionados por este mundo superpoblado, a los que sienten ambiciones que aquí no pueden satisfacer, a los que tienen ansias de mejorar su situación… y toda nuestra propaganda ha sido orientada hacia esa gente, y sólo han sucumbido los que se sintieron atraídos por esas sugestivas visiones. No es deportación, Doctor Wald, sino emigración.

Por primera vez desde su entrada en la habitación acompañando al Doctor Wald, Desmond levantó la cabeza y dijo con su habitual aire de incertidumbre:

—Ismail, presenta usted esto como un simple paliativo. Para mi representa mucho más. Me parece que hemos abierto una puerta en la mente humana que aunque ahora la consideramos como un medio para huir de una situación intolerable, día llegará en que abrirá paso a una nueva clase de progreso humano. Finalmente, tal vez encontremos el modo de dirigir nuestras percepciones; nos será posible pasar de una forma de percepción —o universo, si lo prefiere— a otra, con tanta facilidad como actualmente pasamos de un continente a otro por medio de los ingenios aéreos.

—Así lo espero —convino Zafiq moviendo afirmativamente la cabeza—. Pero de momento estoy demasiado ocupado con actuales problemas para pensar en eso. Somos los hombres a quienes la Humanidad reclamaba la solución de un problema insoluble, una solución mejor que la guerra, o el hambre, o la exterminación selectiva, o… —titubeó y sonrió maliciosamente— el canibalismo. Decimos que llevábamos treinta años de atraso para empezar algo, excepto esto. ¿Qué dicen ustedes? —Miró a Wald, luego a Greville y por último a Kathy y se detuvo y luego continuó—: Creo que hicieron lo que debían hacer.

Zafiq inclinó la cabeza.

La sensación era muy extraña. Naturalmente, antes de decidirse hizo que le explicaran el modo en que operaba la combinación química; sabía los efectos iniciales en el oído y la vista. Pero ahora que el proceso se iba adueñando de su cerebro, ahora que la sustitución había cobrado un gran incremento, era algo espantoso.

Pero sin embargo había aquella promesa…

La memoria, le habían asegurado, atravesaba el proceso porque el nuevo material celular ejecutaba la misma función que el antiguo. Por esto también la personalidad y los conocimientos adquiridos por el

individuo lo atravesaban también. Las afirmaciones de Zafiq eran ciertas. No eran generalmente los vagos y medianías los que se sentían atraídos por las visiones, sino los ambiciosos, los de ánimo resuelto, los audaces.

¿Dónde iba él? La pregunta no tenía un significado real. Ese otro mundo no estaba en ningún mapa. No importaba sin embargo.

A la corta o a la larga los filósofos encontrarían una solución adecuada para la definición de este acontecimiento. Hasta entonces, la gente tendría que aceptarlo, tal cual habían aceptado en el pasado otras cosas inexplicables.

Cuando finalmente llegó, era tan fácil como el despertar de un sueño. Pero era despertar en un mundo en donde el arco iris tenía ocho colores, cuyo aire contenía una sensación diferente, y el canto de un pájaro, que es lo que primero oyó, era algo como lo que jamás había oído antes.

Se levantó, maravillado. Hacía fresco, pero no frío. Miró a su alrededor. Habían árboles y también yerba, mucha yerba. Estaba de pie en un terreno llano, pero a poca distancia, hacia delante, vio una colina y a sus oídos llegó el rumor de agua y voces humanas al mismo tiempo.

Caminó en aquella dirección.

Cuando alcanzó la cumbre de la colina vio que abajo había una población. Estaba formada de casitas de madera. Sus ojos se posaron en un riachuelo cuyas aguas movían una aceña. Oyó el ruido de martillos golpeando madera y metal. No veía a nadie, pero á sus oídos llegaban claramente voces humanas. Descendió la colina y penetró en la pequeña ciudad. Debía haber aquí cientos de personas, pensó.

Se detuvo ante la puerta de la primera casita. De su chimenea se elevaba una columna de humo.

Y luego sucedió el segundo milagro. Apenas se había decidido a llamar a la puerta para preguntar qué era lo que debía hacer, cuando la misma se abrió y oyó que le llamaban por su nombre.

—¡Nick, Nick! ¡Eres tú, Nick!

Y Kathy estaba en el umbral, medio sonriente, medio llorando. Llevaba un sencillo vestido hecho de alguna fibra vegetal y sandalias entretejidas.

Por un momento ella intentó pronunciar lo que quería decir. Luego desistió de hacerlo, abrió los brazos y se echó al cuello de él.

—¡Nick, esto es maravilloso! —exclamó—. ¡Ya han hecho aquí muchas cosas! ¡Todavía hay muchas cosas que hacer!

Greville la miró, sonriente, y vio que los ojos con que ella le miraba eran… eran de color varm.

Ella se volvió, le cogió de una mano y lo llevó hacia la puerta.

—¡Ven y verás lo que he hecho! ¡He hecho vestidos, he estado cosiendo y tejiendo, he probado plantas y descubriendo nuevas drogas naturales… eh… oh, no puedo decírtelo todo! ¡Hay tanto… hay tanto de todo…!

Greville, un nuevo habitante de aquel nuevo mundo, la siguió alborozado.

FIN